



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Torres, Pablo Leandro

Itinerario intelectual y político de Luis Franco. Del modernismo tardío a las discusiones con el surrealismo (1898-1940)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Torres, P. L. (2026). *Itinerario intelectual y político de Luis Franco. Del modernismo tardío a las discusiones con el surrealismo (1898-1940).* (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina.

Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <https://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/6441>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Itinerario intelectual y político de Luis Franco. Del modernismo tardío a las discusiones con el surrealismo (1898-1940)

TESIS DE MAESTRÍA

Pablo Torres

pablo.l.torres86@gmail.com

Resumen

En este trabajo nos propusimos abordar la trayectoria literaria, política e intelectual de Luis Franco desde sus inicios a principios del siglo XX en la alejada Catamarca hasta inicios de 1940. Buscamos pensar distintas aristas de su itinerario intelectual como así también su inserción en el campo intelectual en la década de 1920, las características de su apuesta literaria, su acelerado proceso de politización en los años 30, tomando como uno de los ejes su inserción en el mundo de las izquierdas. Nos interesó analizar cómo este proceso lo conectó con otros intelectuales de su época, pero también queremos calibrar los trazos singulares que tuvo su recorrido. Nuestra intención fue abordar como un aspecto fundamental su producción historiográfica, atendiendo a las características que presentó su “lectura de la historia”, prestando especial énfasis a analizar como dialoga con el clima intelectual de su época. Siguiendo el itinerario literario y político de Franco intentamos pensar ciertas respuestas de algunas franjas de la intelectualidad de izquierda frente a contextos muy precisos que atravesaron a la sociedad argentina como el golpe de Estado de 1930 pero también algunos fenómenos internacionales que marcaron a fuego a buena parte de la intelectualidad de aquellos años.

Universidad Nacional de Quilmes
Maestría en Historia Intelectual

Tesis de Maestría

**Itinerario intelectual y político de Luis Franco.
Del modernismo tardío a las discusiones con el
surrealismo (1898-1940)**

Tesista: Prof. Pablo Torres

Directora: Dra. Laura Prado Acosta

Co-directora: Dra. Silvia Simonassi

Abril de 2024

Índice

Introducción	3
Capítulo 1 Los años mozos	13
Los inicios de la “Hermandad” y la inserción de Franco en el campo intelectual.....	21
La inserción en el mundo revisteril: los aportes en <i>Babel. Revista de arte y crítica</i> y <i>Martin Fierro</i>	31
Las tenues relaciones con el martinfierrismo.....	37
Consolidación de una voz poética y la apuesta de <i>La vida literaria (1928-1932)</i>	42
Capítulo 2 De Lugones a Marx	52
Los primeros combates por la historia: la publicación del “ <i>Gral. Paz y los dos caudillajes</i> ” y los artículos en “ <i>Trapalanda. Un colectivo porteño</i> ”.	57
El frustrado proyecto de una revista y los primeros contactos con el trotskismo.....	67
Entre Nietzsche, Thoreau y Trotsky: el marxismo de Luis Franco	76
España aparta de mí este cáliz	85
El trazo de algunas redes intelectuales y políticas: sus colaboraciones en <i>Flecha</i> , <i>Columna</i> y <i>Frente Obrero</i>	90
El intento de unificación del trotskismo y las colaboraciones de Franco en <i>Frente obrero</i>	99
Capítulo 3 Sinergias: la compleja relación entre y la política	104
Arte y política, una diada compleja	106
De regreso de a Octubre.....	116
Conclusiones	119
Bibliografía	126

Introducción

¿Por qué Luis Franco? ¿Por qué estudiar a un autor casi desconocido en nuestro enrevesado presente? ¿Por qué dedicarle tiempo, horas de vida a un intelectual que apenas se conoce, a un escritor al que solo algunos memoriosos lectores nombran? ¿Qué hay ahí de valioso? ¿Qué arcanos secretos o ingentes recompensas nos mueven a sumergirnos por años en los restos aguados de una vida? No es fácil toparse con los libros de Franco, no es un pensador que se ofrezca a cualquier distraído. Es un autor que circula casi como un murmullo inaudible, como un secreto a preservar, como una perla brillante que se destaca en el “índice oculto” de nuestra cultura. Luis Franco parece no hallar lugar o andarivel en el campo de la cultura argentina. Pero, ¿realmente nos hallamos ante un paria intelectual? ¿Ante un esquimal de la cultura?

¿Qué nos ofrece escrutar pacientemente la singladura vital, política e intelectual de este poeta? ¿Qué zonas de la cultura ilumina? La biografía de Luis Franco se presenta como un pequeño mirador o un lugar de entrada para pensar las transformaciones del campo intelectual argentino a lo largo del siglo XX, como caja de resonancia de la historia del país en general. A partir de su itinerario indagaremos en las mutaciones del campo intelectual en las agitadas décadas de 1920 y 1930, en las formas de inserción en dicho campo y las tensiones que lo estructuraban. También se analizarán las problemáticas relaciones entre la política y el campo intelectual, prestando especial atención al proceso de politización que experimentó este poeta en los años 30, con su consiguiente acercamiento al mundo de las izquierdas. Pero también nos detendremos en los debates estético-políticos que saturaron el mundo de la cultura en la década del 30. Reconstruir la huella de Luis Franco nos permite, entre otras cosas, acercarnos al mundo editorial de la Argentina de esas décadas. También nuestra intención es abordar su producción historiográfica, atendiendo a las características que presentó su “lectura de la historia”, prestando especial énfasis a analizar cómo dialoga esta con el clima intelectual de su época. La biografía de Luis Franco es también una llave privilegiada para recorrer el mundo de las izquierdas durante buena parte del siglo XX. Seguir su huella, como proponemos en esta tesis, sirve para recuperar fragmentos de los debates que animaron el convulso mundo de las izquierdas en los años 30, algunos girones de los avatares que siguió el marxismo en la Argentina. La trayectoria de este esquivo intelectual ilumina también una zona que todavía presenta ricas vetas para seguir siendo explorada, como es la de la intelectualidad trotskista o vinculada de alguna manera a esta cultura política

que marcó hasta el hueso el devenir de las izquierdas en el siglo pasado. En suma, a través del trayecto intelectual, político y vital de un hombre, se puede catar parte de los grandes dramas sociales de un determinado momento, trazar un siempre inacabado boceto de los debates que jalaron a una época. Con esto no queremos decir que la biografía de Luis Franco sea el modelo acabado de una época, ni que en su trayectoria se mineralizan todos los debates del pasado; pero su itinerario, creemos, nos sirve para complejizar en un sinfín de debates, para reconstruir tramas intelectuales y políticas, sensibilidades y búsquedas que contribuyeron a darle el tono a ciertas épocas (Devés, 2020: 23).

Pero si Franco constituye en la actualidad una figura esquivada, ¿desde qué trabajos podemos empezar a asir algunos aspectos de su biografía? ¿Desde qué textos podemos entrar a problematizar su trayectoria? Abordar la producción literaria, historiográfica y ensayística de Luis Franco es inmiscuirse en un terreno bastante inexplorado por la historiografía académica hasta el momento. Al adentrarnos en el estudio de la vida y obra de Luis Franco, una de las cuestiones que resultan llamativas es la notoria disparidad en la calidad como las temáticas de los distintos trabajos que abordaron aspectos de la obra de este intelectual. Sin embargo, hay algunas investigaciones que nos permiten realizar un primer acercamiento a su producción. Dentro de esos mojoneros se destaca el trabajo pionero de David Viñas, de la década de 1980, “Luis Franco: de Lugones a la heterodoxia” (Viñas: 2007). Este artículo fue un prólogo hecho por Viñas a unas de las reediciones que tuvo el primer ensayo histórico publicado por Franco en la década del 30: *El General Paz y los dos caudillajes*. Viñas analiza su inserción en el mundo intelectual a principios de los 20, su relación con la política, el apoyo de Lugones a la poesía de Franco como también el impacto que tuvo en este artista de Catamarca el golpe de estado de 1930. Otro artículo que resalta entre los pioneros es “Vida y muerte en la poesía de Luis Franco” de Jorge Tula (Tula, 2000). Este autor realiza un pequeño rodeo por la infancia de Franco en la pequeña Belén, para después pensar una diada que, desde su óptica, se torna clave para entender la vida de Luis Franco: libertad y naturaleza. Para este docente, la apuesta vital e intelectual de Franco está concebida en base al ideal de hombre libre, capaz de desligarse de todas las ataduras morales, religiosas y sociales que limitan y recortan la vida.

Dentro de la gama de investigaciones que abarcaron, desde la historiografía académica, algunos aspectos de la trayectoria de Luis Franco hay que detenerse en el sólido trabajo de Daniel Campione, publicado como estudio preliminar a la reedición de *La Pampa*

habla, trabajo de Luis Franco escrito en la década del sesenta y recuperado por la Biblioteca Nacional en su colección “Los Raros” en el año 2008. Lo primero que comienza marcando Campione en su investigación es el lugar marginal que hoy ocupa Luis Franco en el campo intelectual argentino. Para este autor, este espacio solitario que Franco ocupa fue producto tanto de ciertas excomuniones por gestos y posiciones políticas que tuvo, como también una decisión y una construcción que Franco trabajó con esmero a lo largo de toda su vida. Daniel Campione, además, trabaja de manera muy ajustada su proceso de politización, su inserción en el mundo de las izquierdas y la particular lectura de la historia que Franco fue ensayando. Lo más valioso que tiene este trabajo, entre los aciertos que presenta, es su vocación por auscultar algunos ademanes particulares de la interpretación histórica desarrollada por el catamarqueño. Cuando analiza su lugar en el campo intelectual y su proceso de politización, Campione solo analiza algunos de los sellos editoriales donde Franco publicó, sin reparar en otros espacios que fueron claves en su vida como las revistas culturales y ciertos grupos de afinidad política y artística.

Entre los trabajos dedicados a pensar aspectos de la trayectoria de este intelectual, hay que resaltar especialmente *Cartas de una hermandad*, de Horacio Tarcus (Tarcus, 2009). Esta documentada investigación nos ayuda a pensar a Franco en un arco de tiempo que se extiende de 1920 a 1950. A partir del “Estudio preliminar” preparado por Tarcus y de la selección de cartas podemos ir reconstruyendo sus años de formación, sus primeros contactos con el campo intelectual, sus discusiones con las vanguardias, su proceso de politización y la colaboración en algunas revistas importantes de los años 1930 y 1940. Uno de los aspectos que más dudas nos genera, es la hipótesis que Tarcus despliega en torno un Luis Franco politizado en la década de 1920, atravesado por ciertas visiones libertarias de la sociedad. Si bien hay elementos que marcan ciertos roces de esta política, sostendremos que durante los años veinte, estos se dan de manera tangencial. A lo largo de este trabajo, intentaremos mostrar que la politización de Luis Franco fue un proceso extremadamente lento, que terminó de mineralizarse en el correr de los años 30.

Otros trabajos valiosos para aproximarnos a algunos aspectos de la obra de este intelectual son los de Guillermo Korn y Omar Acha. El escrito de Korn “El hombre de los pájaros” apareció en 1997 en la revista *El ojo Mocho* (Korn, 1997). El primer valor de este ensayo es poner en discusión la obra del poeta en momentos donde casi ni se discutía. A fines de los años noventa, ni siquiera para las corrientes trotskistas la obra de

Franco ocupaba algún lugar dentro de su cultura política, de su acervo cultural. Korn destaca una serie de elementos valiosos para entender la obra ensayística y literaria de Luis Franco, desde su furioso ateísmo, su panteísmo hasta su concepción de lo que debía ser la labor histórica. Para el catamarqueño la faena histórica consistía en desmitificar la historia patria, desmalezarla de mentiras y ocultamientos. Esa forma de pensar la historia hace que, acertadamente, Korn lo emparente a la figura de Milcíades Peña, personaje con quien Franco mantuvo una amistad y una colaboración intelectual durante años. Además de estos aportes, Guillermo Korn intenta pensar la figura y la obra de Franco en concomitancia con la obra de otros dos personajes centrales como Samuel Glusberg y Ezequiel Martínez Estrada. Korn entiende que hay ahí, más allá de las diferencias, gestos y apuestas comunes que van desde el peso de la figura de Lugones en los tres, hasta temáticas, escritores y discursos que los emparentan permanentemente. También hay que reparar en los análisis que le dedica Omar Acha a la historiografía de Franco en su *Historia crítica de la historiografía argentina. Las izquierdas en el siglo XX* (Acha, 2009b). Acha reconoce en Franco ciertas afinidades con la producción historiográfica realizada desde el trotskismo –particularmente por Milcíades Peña-, pero sin confinarlo a la órbita política de esta corriente. Si bien la referencia a Franco en este libro es muy lateral, nos brinda la posibilidad de introducirlo en el intento más amplio que hicieron las izquierdas por ensayar una lectura propia de la historia de nuestro país, que disputase los sentidos con otros paradigmas político-intelectuales.

Por último, entre los trabajos dedicados centralmente a Luis Franco, se destaca el de Guillermo Parson: *Luis Franco: un intelectual oculto* (Parson, 2007). El primer valor de esta obra es el conocimiento y nivel de lectura que tiene el autor de la obra de Franco en su conjunto. Parson dedica el primer capítulo de su ensayo a trazar un somero recorrido de vida del poeta, en donde se pueden descubrir algunos vínculos políticos e intelectuales que Franco fue construyendo a lo largo de su vida. Posteriormente, analiza su concepción del marxismo, sus cruces con el trotskismo, su complicada y ambigua relación con el partido como forma de organización. Desde el título de su obra, Parson califica a Franco como un pensador oculto. Pero esta hipótesis central en su trabajo no es trabajada ni explotada a fondo. Sigue quedando abierta la pregunta de por qué Franco y su obra quedaron relegados al catastro desvencijado de la cultura argentina ¿Por falta de calidad y valor? ¿Por el hecho de que los grandes tópicos que estructuraron su obra fueron envejeciendo? Otra dificultad enorme que sortea Parson es, a pesar de reconocer

las tensiones entre Franco y la organización partidaria, el persistente anhelo por presentarlo, en última instancia, como un “intelectual orgánico” de partido. Sin embargo, desandando su trayectoria veremos cómo en esa compleja relación que Franco fue montando con las organizaciones políticas, lo que terminó por primar fue la incomodidad. A lo largo de su vida, el poeta fue sumamente celoso de su autonomía y de su libertad como intelectual.

Si los trabajos citados anteriormente se destacan por tener a Luis Franco en el centro de su reflexión, existe una gama de investigaciones que nos resultan de vital interés para pensar algunos aspectos parciales de su obra. Para analizar su lectura de la historia y las discusiones historiográficas que sostuvo este ensayista, no solo es clave el trabajo de Omar Acha antes citado sino también el libro de Alejandro Cataruzza y Alejandro Eujanian *Políticas de la historia* (Cattaruzza y Eujanian, 2003). En su libro, los autores problematizan la trama de relaciones entre la historiografía, la política y las letras, lo cual nos sirve como un posible vía de entrada para pensar esa relación, que es una de las características de la obra de Franco. Por otra parte, el trabajo nos permite situar la producción de Luis Franco en el contexto más amplio del desarrollo de la historiografía en la Argentina.

Las investigaciones de Horacio Tarcus *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondí y Milcíades Peña* y *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, si bien no tienen a Luis Franco como principal objeto de estudio, resultan un aporte medular para comenzar a bucear en torno a su obra, en tanto que ambos trabajos nos permiten situarlo en determinados marcos de sociabilidad política e intelectual (Tarcus, 1996b; Tarcus, 2002). Los dos libros, además, tienen como un valor fundamental el amplio conocimiento de su autor sobre el mundo de las izquierdas y la sólida base documental que los estructura, que nos ha servido para explorar vetas de la obra y la vida de Luis Franco. Por un lado, *El marxismo olvidado...* nos permite rastrear algunos aspectos de su trayectoria política, ubicando sus conexiones con el trotskismo, con las discusiones del campo de la izquierda y su acercamiento a la figura de Milcíades Peña. En cambio, el libro *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, nos permite analizar la figura de Samuel Glusberg, figura clave en los devenires políticos e intelectual de Luis Franco. Escrutando la vida de Glusberg, nos sirve para calibrar los espacios de sociabilidad y los proyectos revisteriles donde se formaron tanto Glusberg como Franco.

Siguiendo la línea de estos trabajos investigativos que si bien no hacen foco en Franco pero se vuelven de importancia para pensar aspectos de la trayectoria de este poeta en el campo intelectual, se destacan algunas investigaciones que hicieron eje en la historia del trotskismo en Argentina. En este sentido, no podemos dejar de consultar el trabajo de Osvaldo Coggiola quien trata de desmarañar el recorrido político y los postulados intelectuales que alumbraron al trotskismo argentino (Coggiola, 2006). De más reciente aparición, y publicados con el objetivo de profundizar y repensar la historia del trotskismo en Argentina, podemos incluir también los trabajos de Alicia Rojo y Hernán Camarero, quienes se han dedicado a estudiar la trayectoria de los primeros grupos trotskistas, desde fines de 1920 hasta la irrupción del peronismo (Rojo, 2012; Rojo, 2021; Camarero, 2020).

Retomando y utilizando como base la serie de trabajos que antes analizamos, esta investigación se inscribe en el marco de la historia intelectual, concibiendo a los intelectuales y a las creaciones culturales dentro del marco de una historia social y política que les da sentido, que las sustenta, que las hace inteligibles. A principios de 1980, en el contexto de la recuperación democrática y en medio de una profunda reconfiguración del campo historiográfico argentino, se comenzaron a oír con más fuerza algunos debates en torno a la historia intelectual. En ese clima de reinención del campo historiográfico, comenzaron a tomar forma algunas discusiones y o ajustes de cuentas con la llamada “historia de las ideas” como también a darse ciertas actualizaciones teóricas e historiográficas en sintonía con otros países del mundo. La historia intelectual inició un lento pero sostenido crecimiento en los ámbitos académicos, hasta su consolidación como campo específico desde mediados de la década de los 90 en adelante (Altamirano, 2005; Bruno, 2010; Myers, 2015; Acha, 2021; Canavese, 2021).

En los últimos años, la historia intelectual ha sabido construir una agenda investigativa bastante amplia, que incluye múltiples y variados temas que se entrecruzan en más de una ocasión. En este sentido, la historia intelectual se ha visto enriquecida ampliamente por el aporte de distintas vertientes como la historia del libro y la edición, la historia de las izquierdas, del mundo revisteril y también el campo en expansión de las biografías. Sin entrar en la discusión de si estos afluentes constituyen en sí mismos campos específicos y autónomos respecto de la historia intelectual, es claro que los desarrollos que se han dado en cada una de estas vertientes ha permitido abrir y complejizar ciertas

aristas de la historia intelectual, sobre todo para pensar las encarnaduras materiales del mundo de las ideas y la cultura.

Si este trabajo es un aporte a la historia intelectual, también lo es, en mucho menor medida, a la historia del libro y la edición en Argentina. En el despliegue de la investigación se pasa revista al desarrollo y los catálogos de algunas editoriales que modernizaron el campo de la edición en nuestro país durante la década de 1920. También creemos que esta tesis aporta al estudio de algunas revistas culturales y políticas que animaron la vida intelectual del país entre 1920 y 1940. A lo largo del trabajo las revistas ocupan un lugar central, permitiéndonos no sólo seguir la trayectoria de Luis Franco sino también poniendo de relieve espacios de sociabilidad y discusiones que alumbraron la vida intelectual durante esos años (Tarcus, 2020).

Este recorrido por la trayectoria vital e intelectual de Luis Franco no puede dejar de leerse también como un modesto aporte a la historia de las izquierdas en la Argentina. La historia de las izquierdas es un espacio que lleva décadas de desarrollo en nuestro país. Su crecimiento y sus sombras estuvieron en íntima relación con los vaivenes políticos del país y del mundo. Actualmente, la historia de las izquierdas es un campo fértil y en franca expansión; un campo en donde quedan muchas canteras que explotar y temas en donde ahondar. Un espacio de estudio que claramente se ha enriquecido a partir de las perspectivas de género y de la historia intelectual. Si dentro de este campo, el trotskismo ha merecido cierta atención, así y todo, el mundo de los intelectuales trotskistas o vinculados al trotskismo ha sido bastante menos explorado. En este sentido nuestra investigación intenta ser un aporte que contribuya a engrosar este mundo (Camarero 2013b; Camarero, 2019).

Este trabajo de investigación intenta inscribirse, además, en el marco de las biografías intelectuales. Para pensar la escritura de una biografía, tomamos como marco general, como soporte de este intento, el libro de François Dosse *La apuesta biográfica. Escribir una vida* (Dosse, 2007b). Como remarca Dosse, la “tentación” biográfica ha recorrido toda la historia humana. Pero durante un tiempo, la biografía fue relegada, apartada del campo de la historia como un género menor, como un tipo de narración y reconstrucción del pasado carente de “rigor científico”. Pero desde la década de 1980, sobre todo después de la caída del muro de Berlín, Dosse remarca que se ha dado una renovación notable de los estudios biográficos, y éste viene convirtiéndose en un campo fértil para el cruce y el habla entre distintas disciplinas que van desde la historia a las letras, pasando por la sociología. Pero escribir una biografía, escrutar la trayectoria

política e intelectual de un individuo inserto en un marco histórico, en un contexto dado, supone una serie de problemas a resolver. Si la historia siempre se escribe en presente, la biografía, como narración, participa directamente de esta cuestión. Los personajes radiografiados y sus producciones son tensados y aquilatados por las urgencias de nuestro presente, lo que puede llevar a forzar ciertas cuestiones o radicalizar preguntas y reflexiones que fueron mucho más allá del cosmos del biografiado y la época que lo sostuvo. Por otro lado, la empatía de quien escribe, se ve totalmente tironeada por el personaje elegido. De hecho, se corre el riesgo de una despersonalización del biógrafo en el marco del biografiado o viceversa. Además, en la escritura de la biografía resalta el autor, se hace patente la tensa relación de la díada ciencia y ficción que articuló el quehacer historiográfico. Dicho en palabras de Dosse: *“El terreno de la escritura biográfica se ha convertido hoy en día en un buen territorio de experimentación para el historiador que puede valorar el carácter ambivalente de la epistemología de su disciplina, la historia, inevitablemente, en tensión entre esos dos polos: el científico y el de la ficción”* (Dosse, 2007: 18). Lejos de pensar esta tensión como un límite, entendemos que la asunción de estas contradicciones, opera más bien como un ensanchamiento de las posibilidades de exploración de la historia. Cabalgar y asumir estas tensiones nos abre una serie de preguntas y cruces, mucho más fructífero que los que propone cierto “cientificismo frío” que no se anima ni siquiera a balbucear los “límites” de la disciplina y opera como un polo conservador que recorta cualquier intento de trazar nuevas brechas investigativas o diálogos epistemológicos.

Un artículo que nos sirve para seguir indagando y pensando el ámbito de la biografía histórica es “Biografía, historia biográfica, biografía-problema” de Paula Bruno (Bruno, 2016). La autora traza un paneo del desarrollo de la biografía e inserta en ese recorrido, algunas preguntas de primer orden para problematizar nuestra investigación. Al igual que lo hace Dosse, remarca que desde 1989 la biografía ha experimentado un notable crecimiento. En un mundo marcado por la crisis de los grandes paradigmas y en el marco de un campo historiográfico atestado de nuevas preguntas, la biografía se erigía como un terreno tanto de experimentación como un espacio que otorgaba ciertas certezas en el marco de la crisis. Pero además el crecimiento y consolidación del campo biográfico, se relaciona para Bruno, directamente con cuestiones vinculadas al mercado editorial. La biografía podía estar en crisis dentro del mundo académico, podía ser relegada como un género menor, pero seguía siendo demandada por un público que crecía y se renovaba. Esta necesidad del mercado permitió, para esta investigadora, una

interesante y nueva conexión entre las y los historiadores profesionales y un público amplio más allá de lo estrictamente académico. Paula Bruno pone en discusión algunos de los grandes dramas que atraviesa este renacimiento de la práctica biográfica. Desde una pregunta sencilla, como “¿Qué es la biografía?”, habilita a pensar algunos de los problemas más acuciantes. ¿Es la biografía un género en sí mismo? ¿Es un método determinado dentro de la historiografía, organizado en torno a una serie de supuestos y reglas? O más bien ¿la biografía es un recurso más, una ventana determinada para ver y pensar el pasado? Si para Bruno este cúmulo de preguntas está abierto y dinamizan la práctica biográfica, también su mirada sobre la biografía se asienta sobre una premisa fundamental. La biografía, como parte de la historia, no puede ser la mera narración de una vida y una época, sino que debe estar articulada en torno a problemas que estructuran la investigación del historiador.

Escribir una biografía, narrar una vida supone lidiar con una serie de riesgos y problemas. Para Pierre Bourdieu, el riesgo más común al que está expuesto quien pretende realizar una biografía, es justamente presentar una vida como un todo monolítico, un recorrido vital donde cada momento se engarza y da lugar al siguiente. De alguna manera el biógrafo debe cuidarse, para Bourdieu, de mostrar esa vida como algo sin fisuras, como si estuviera marcada por un origen y un “*telos*”. Lejos de eso las vidas se componen de fisuras, quiebres y sin sentidos. No se trata de presentar la biografía como un recorrido homogéneo sino como un relato que va zurciendo momentos y búsquedas desiguales. Presentar la biografía como un relato homogéneo, no es más que una “ilusión narrativa” para el sociólogo francés (Bourdieu, 2011).

Retomando el estado de la cuestión y pensando en las posibilidades de un estudio biográfico sobre Luis Franco, centrándonos principalmente en su participación pública más que en su faz privada, creemos que nuestro aporte estriba en varias cuestiones. En primer lugar, aportaría una mirada amplia y de conjunto sobre la trayectoria de este intelectual y las transformaciones del campo intelectual en Argentina. Si bien algunos de los trabajos académicos presentados en el estado de la cuestión aportan cuestiones medulares, son sólo trabajos parciales, que privilegian determinado momento y no una visión de conjunto. Esto impide pensar en la trayectoria Franco con una mirada de conjunto, prestando atención a los cambios y discontinuidades, a cómo el poeta fue asimilando distintas coyunturas políticas e intelectuales. En segundo lugar, nuestra investigación pretenderá descorrerse de la cuestión hagiográfica o anecdótico que recorre algunos ensayos sobre la vida del poeta. De ahí que consideremos necesario y

relevante un estudio pormenorizado de su obra, que sin descuajarlo de su contexto, de sus relaciones intelectuales y políticas, intente buscar las señas particulares de su obra, la singularidad de su mirada y las diversas tradiciones intelectuales que lo nutrieron.

Esta tesis está estructurada por tres capítulos. En el primero, titulado “Los años mozos” se reconocen dos grandes momentos: por un lado, su nacimiento en Belén, sus orígenes sociales y los primeros contactos con algunas lecturas; por el otro, su inserción en el campo cultural porteño a comienzos de los años veinte, a partir de su relación con Leopoldo Lugones, su participación en revistas como *Babel*, *Martin Fierro* y *La Vida Literaria* y la publicación de sus primeros poemarios. El segundo capítulo “De Lugones a Marx” tiene como eje su proceso de politización y su acercamiento al trotskismo, sus primeros ensayos históricos y la pregunta por el tipo de marxismo que va configurando Luis Franco. El capítulo 3 se titula “Sinergias: las colaboraciones de Luis Franco en los proyectos político-culturales de Samuel Glusberg. Debates en torno al intelectual, el arte y la política”. En él, analizaremos la participación de Franco en de las algunas revistas dirigidas por Samuel Glusberg centrándonos en recuperar algunos debates medulares sostuvo durante los años treinta. Analizaremos las forma en que pensó la relación entre arte y política, arte y revolución, atendiendo a las discusiones tanto con el surrealismo como con el realismo. Por último, pensaremos las lecturas que Luis Franco ensayó de la Revolución Rusa en los años treinta, atendiendo a la reivindicación de la figura de León Trotsky y, sobre todo, a las críticas a las derivas del estalinismo. Finalmente, agregaremos un conjunto de conclusiones donde buscaremos sintetizar algunos aspectos trabajados a lo largo de la tesis.

Capítulo 1

Los años mozos

“Lo más viril del hombre es la ternura”

Luis Franco, epitafio sobre su tumba.

Luis Leopoldo Franco nació un 15 de noviembre de 1898, en un pequeño pueblo situado al sudoeste de la provincia de Catamarca, llamado Belén. La Villa de Nuestra Señora de Belén fue fundada en 1681, en medio de una región atravesada y sacudida hasta el tuétano por la implacable resistencia de los pueblos originarios que se plasmó en las conocidas “Guerras Calchaquies”. Nombre de abiertas resonancias bíblicas el de este poblado catamarqueño, aldea que, según Franco, tenía *“tanto del Belén santo en tus olivos graves y en el sencillo encanto”*.¹ Fue en esta minúscula localidad donde Franco comenzó a nutrirse de los zumos secretos de la naturaleza que moldearían toda su obra, su visión de la vida y del mundo; fue ahí donde Franco disfrutó del transcurrir sencillo de la vida. Fue Belén el centro de sus primeros cantos, la materia prima que le ayudaría a forjar sus primeras constelaciones poéticas. Así la describía Franco en sus conversaciones con Carlos Penelas:

“Sí, nací en un pueblito que hoy es una villa de importancia, con pretensiones de ciudad, pero que entonces era sólo una aldea grande, tanto que había viñedos y alfalfares a media cuadra de la plaza única y las zorras salían a parir en el fondo de las viñas. Por otra parte y pese a cierto aspecto bíblico -aire seco, procesiones religiosas, ovejas y burros pacientes- tenía un marcado viso pagano o griego, no sólo por sus cañaverales y rosales y la ardentía de sus cigarras y de su cielo azul absoluto, sino también por el carácter báquico de sus carnavales que enrojecían de indignación la mollera del párroco.

C.P- Sé que está hablando de Belén, de Catamarca. Sé además que su nacimiento fue en 1898. Bien, en ese pueblo transcurre su infancia, ¿verdad?

L.F- A lo que creo recordar, la mía fue la común de un niño de aldea argentina, más afecto al petiso, a los cachorros de perro y a los pichones de pájaros y a la excursión a los cerros circundantes (...)” (Penelas, 1991: 12).

Luis Franco nació en el seno de una familia numerosa y medianamente acomodada de Belén, hijo del matrimonio entre Luis Antonio Franco y Balbina Acosta. La pareja tuvo

¹ Franco, Luis “Oda primaveral”, en *Caras y Caretas*, n° 1049, Año XXI, Buenos Aires, 9 de noviembre de 1918.

ocho hijos, cinco varones (Guillermo, Marcos, Luis, Arturo y Alejandro) y tres mujeres (María, Juana y Angélica, quien murió siendo una niña). El padre de los Franco fue un próspero comerciante y propietario de fincas en la zona, lo que permitió que los primeros años de la familia transcurrieran en un marco de relativa estabilidad. Había sido su abuelo paterno -un inmigrante y comerciante portugués, extremadamente piadoso, de quien paradójicamente Franco siempre sospechó que había ocultado su origen judío- quien amasó los primeros cimientos de la fortuna familiar, que sus hijos consolidaron y expandieron con la adquisición de tierras. En el marco de una familia tradicional del interior de Catamarca, los Franco mostraron ciertas particularidades. Ni su padre ni su madre fueron muy afectos a la tradición católica y fue en su hogar, donde los jóvenes tuvieron sus primeros acercamientos y flirteos con los libros y la cultura: *“Mi padre hombre de despejada inteligencia y de voluntad sin fatiga prosperó como comerciante y pequeño propietario alrededor de los veinte años, y se formó por su cuenta una modesta iniciación literaria, hasta leer libros en francés”* (Penelas, 1991: 12).

En 1902, cuando Luis Franco tenía apenas cuatro años, murió su padre, lo que abrió un período de incertidumbre y zozobra en la vida familiar. Balbina, convertida por la muerte de su marido en matriarca de la familia en un ambiente muy tradicional, decidió trasladarse a la capital provincial para que los hijos varones pudieran acceder a una educación secundaria. Los hermanos varones cursaron sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Catamarca, institución fundada en el siglo XIX que hasta hoy posee un papel rector en la cultura de la provincia. Muchos años después, en la década del 1970, Luis Franco dejaría una impresión algo sombría de su traslado a San Fernando y su paso por la escuela: *“Buscando profesión, una educación media a sus hijos, mi madre se trasladó a la capital de la provincia, pequeña ciudad levítica de campanas y sotanas, y politiqueros al uso disputándose los empleos en la burocracia provincial y nacional. Me aburrí tan desconsideradamente como un puma de jardín zoológico”* (Penelas, 1991: 16).

Durante los años de estudios secundarios, Luis Franco extrañó amargamente sus paseos por las montañas, el contacto estrecho con los desvelos que le proporcionaba la naturaleza. Pero también estos años marcaron un momento de febriles lecturas. Con su infinita curiosidad a cuestas, se sumergió en la lectura de Domingo Sarmiento, del viejo y el nuevo testamento, de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones, de Víctor Hugo, de

Miguel de Cervantes; calmó su sed de aventuras y espíritu de conocimiento, leyendo con fruición las anécdotas de viaje y los estudios de Florentino Ameghino.

En este tiempo, según Beatriz Correas, Luis Franco comenzó a hacer sus primeras publicaciones. En el diario “*El día*” de la capital catamarqueña, aparecieron algunas traducciones suyas de poemas del francés Paul Verlaine y del inglés Percy Shelley (Correas, 1962). En pleno garabateo de los primeros versos de su pluma y desesperado por volver a la soledad y la naturaleza indómita de Belén, Luis Franco rindió de manera libre los últimos años del secundario y partió de vuelta para instalarse en la casa familiar en Belén. Gozoso en la libertad de su pueblo, colmado de imágenes paganas, Franco continuó con sus lecturas y su proceso de escritura. De ese tiempo nacería su poema *Oda primaveral*.

En 1918, ya con veinte años, ganaría el premio de honor en un certamen literario tucumano presidido por el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre, quien no solo fue una de las figuras del modernismo latinoamericano, sino también una pieza clave de la cultura tucumana y del noroeste argentino, por la labor inmensa que desarrolló durante los veinte años que residió en la capital tucumana. El certamen que premiaba al mozo catamarqueño eran los “Juegos Florales”, concurso que se hacía regularmente en homenaje al “día de la raza”. ¿Qué fue para la revista “*Caras y Caretas*” lo más emocionante del festejo?: “*Y lo mejor de los juegos florales, a lo menos lo más extraordinario, fue el viaje de 60 leguas a lomo de mula que hizo el poeta laureado para recibir la flor natural*”. (...) *La historia del muchacho es interesante, mucho más que la crónica de los juegos... (...) Me cuentan, y creo apuntable el dato, que al momento de pisar el escenario el poeta laureado, causó una doble desilusión. Para un grupo que materializaba Belén como una población de rústicos campesinos, sin excepción, mal formados, de pelos hirsutos, con el consiguiente estigma profesional, es decir, cargados de hombro e inclinados el cuerpo hacia la madre tierra, perennemente, el muchachote gallardo, recio, desenvuelto, que se echó a recitar con voz entonada, les pareció poco pintoresco y algo agresivo*” (Correas, 1962: 15). A la descripción sin atenuantes que hace el periodista, remarcando la entrada del catamarqueño en esta velada que reunía a parte de la conservadora sociedad tucumana, le sigue un juicio risueño por parte del cronista: “*A mí me encantó. Sencillamente (...) Es un muchacho con esa fealdad necia y viril que hace atrayente a los hombres de carácter. No tiene ningunos de los atributos de los poetas rotulados. Ni melena, ni tez pálida, ni aire de*

tal. Me acordé de Horacio Quiroga en seguida”². Más allá del emparentamiento que traza el cronista con la figura de Horacio Quiroga –especie de embrujo de una filiación que se daría algunos años después, cuando el joven poeta se instale en Buenos Aires– vale meditar sobre una de las respuestas de Franco a una de las preguntas que le formuló el periodista: “*en noviembre me voy a dar examen a Buenos Aires, no por lo del título, que no me importa, sino por complacer a la vieja*”³. Luis Franco siempre gustó de realzar una imagen de *outsider*, casi de niño fue levantando una imagen orgullosa y autosuficiente de sí mismo. Entre los tantos detalles simpáticos que dejó este certamen, se halla otro más que merece ser narrado. Luis Franco llegó a lomo de mula a recoger el premio, acompañado por un peón de la finca paterna llamado Pedro Balboa, después de hacer un viaje de varios días, que incluyó el cruce de la Sierra de la Aconquija.

Un año después, en 1919, ya con el secundario terminado y con algunos poemas en la valija, Luis Franco partió a Buenos Aires a cumplir con el servicio militar obligatorio en el Cuartel de Artillería de Liniers. Si Franco siempre se mostró reacio, o bastante distante de las instituciones, es de sospechar que el paso por el cuartel no habrá sido fácil para este espíritu inconformista. Por su falta de disciplina castrense y por sus constantes rebeldías, el joven pasó gran parte de su estadía cuartelera en el calabozo. En medio de los castigos y la vida cuartelera, trató de hacerse siempre un hueco para sus lecturas, para el garabateo de algunos poemas. En 1920, una vez terminada la estadía castrense, Luis Franco se instaló en la casa de una de sus hermanas que vivía en Buenos Aires con su familia, y comenzó sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho de la UBA. Su paso por la facultad de derecho fue muy breve, no duró mucho más que un año. Pero fue durante esa experiencia, que Luis Franco conoció a Samuel Glusberg, un personaje central para sus devenires intelectuales, literarios y políticos.

¿Cuál era la historia de este joven, que en yunta con Franco y otros personajes del campo intelectual, sabría fecundar múltiples debates y variados proyectos culturales? Samuel Glusberg era hijo de un rabino y había nacido en 1898 en Kishinev, uno de los tantos territorios que abarcaba el extenso imperio ruso. Como tantos otros judíos de Europa, había llegado a la Argentina con su familia en 1905, escapando de esos bacanales de violencia colectiva, a los que se conocen con el nombre de *pogroms*. Familia judía, atravesada por la violencia, por la diáspora y el destierro, tópicos

² Romero, Rodolfo “Un poeta y una aldea. La vida en Belén de Catamarca”, en *Caras y Caretas*, n° 1049, Año XXI, Buenos Aires, 9 de noviembre de 1918.

³ Romero, Rodolfo “Un poeta y una aldea. La vida en Belén de Catamarca”, en *Caras y Caretas*, n° 1049, Año XXI, Buenos Aires, 9 de noviembre de 1918.

centrales, columnas vertebrales de la experiencia sobre la que se fue configurando la cultura judía. Pero también entre algunos miembros de la familia Glusberg, particularmente uno de sus tíos, sobrevolaba cierta prédica sionista sazónada con pinceladas socialistas. De muy joven, Samuel Glusberg, se lanzó a deglutir cuanto libro cayera en sus manos. La avidez frenética por conocer, acompañada de un olfato intelectual y literario envidiable, se constituyeron en dos grandes muecas que dibujaron la singularidad de su travesía intelectual. Al igual que sus amigos Luis Franco y Ezequiel Martínez Estrada, Samuel Glusberg también fue un autodidacta furioso, un celoso custodio de su independencia política-intelectual. Siendo un poco más que un adolescente, empezó a desbrozar el oficio de editor creando e impulsando *Ediciones Selectas de América. Cuadernos mensuales de Letras y Ciencia* (Tarcus, 2002).

Samuel Glusberg fue un hombre afable, un hombre discreto, cualidad que no abunda en demasía en los campamentos de la intelectualidad. Fue un armador cultural todo-terreno, un editor ejemplar, un narrador y ensayista refinado, un soberbio catador de talentos estéticos y literarios. En 1922, ya bajo los auspicios de la mítica figura de Lugones, lanzó el sello editorial *B.A.B.E.L* (Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias), donde no sólo brilló parte de la obra lugoniana, sino también la de otro escritor consagrado y amigo como Horacio Quiroga, o los primeros textos de Luis Franco y Ezequiel Martínez Estrada, que empezaban a arar el campo de las letras con su potencia y singularidad. En su rol de editor, junto a otros editores claves de su época como Antonio Zamora, Manuel Gleizer, Juan Carlos Torrendel y Jacobo Samet, Samuel Glusberg contribuiría decisivamente al proceso de modernización editorial que se dio en Argentina entre 1920 y 1930 (Dujovne, 2014; De Diego, 2014). De 1921 a 1929, Glusberg, estuvo a la cabeza de la revista *Babel. Revista de Arte y crítica*. En 1927 supo empujar los *Cuadernos Literarios de Oriente y Occidente*, publicación dependiente del Instituto de la Universidad de Jerusalén en Buenos Aires, que tuvo a Leopoldo Lugones y a él como algunos de sus principales instigadores. En los *Cuadernos literarios de Oriente y Occidente* aparecieron trabajos de Waldo Frank, José Carlos Mariátegui y Ezequiel Martínez Estrada, entre otros⁴. Y entre los años comprendidos entre 1928 y 1932 sostuvo *La vida literaria*, una revista, que como enfatiza Horacio Tarcus, brillaba ya por sus redes y conexiones latinoamericanas (Tarcus, 1996). Tal es el peso del novel editor y ensayista, que Tarcus llegará a decir: “*Samuel Glusberg es una de esas raras*

⁴ *Cuadernos de Oriente y Occidente*, disponible en www.americalee.cedinci.org.

personalidades que prefieren instalarse en un segundo o tercer plano, que no brillan por su propia obra escrita, y que sin embargo son tan activos en su labor casi invisible de animadores culturales, que un campo intelectual como el de la Argentina de los años veinte y treinta no termina de comprenderse cabalmente sin su participación” (Tarcus, 2009: 27).

Luis Franco y Samuel Glusberg no se formaron como intelectuales en cualquier contexto, sino que sus primeras referencias, sus primeros contactos con el campo intelectual y sus primeros tímidos cruces con la política, se dieron en el marco de un contexto mundial y local extraordinario. En todo el mundo –pero con una fuerza inusitada en Europa– los efectos de la “Gran Guerra” se hacían sentir, con el consiguiente enflaquecimiento del ideario liberal y los trastabilleos permanentes de la democracia. Por izquierda y por derecha, la democracia liberal se convertía en blanco predilecto de las críticas y los ataques. A la incapacidad de las alicaídas instituciones democráticas por contener el conflicto social, se agregaba un proceso de radicalización que afectaba a las izquierdas y el movimiento obrero. En 1917 se había dado la Revolución Rusa, acontecimiento capital en la historia de la humanidad, que dejaría una honda huella en todo el siglo XX. Las reverberaciones rojas no sólo golpeaban sobre las costas de Europa sino que sus alcances iban mucho más allá del viejo continente. En Argentina, la revolución de Octubre atizaría los ánimos sociales y abriría un enorme cúmulo de preguntas en la intelectualidad y las fuerzas políticas de la época.

Distintos sectores de la intelectualidad vieron en la Revolución Rusa, un llamado a incorporarse a las luchas sociales, un fundamento ético-político que articulaba su labor como intelectuales (Camarero, 2017; Pittaluga, 2015)⁵. El fenómeno de radicalización durante fines de la década de 1910 y principios de 1920 no fue patrimonio exclusivo de las izquierdas, sino que el fantasma del comunismo y la magnitud de la crisis hicieron de marco posibilitador de un proceso de radicalización que cortó también al campo de las derechas. Las retóricas y las prácticas políticas de los grupos de derecha y hasta otrora sectores liberales, experimentaron un proceso de encrespamiento, que alcanzó su hipérbole en el fascismo. A ese contexto internacional que semejaba un incendio, se sumaban los reacomodamientos, crisis y transformaciones que atravesaba la Argentina. En 1916, con el triunfo radical en las elecciones, comenzó a derrumbarse parte del

⁵ Desde otra perspectiva véase Sarlo, Beatriz *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2020, sobre todo el capítulo V “La revolución como fundamento”.

llamado “régimen oligárquico”, lo que significó la apertura del sistema político a las grandes mayorías sociales del país. Si el ascenso yrigoyenista significó un cimbronazo que tensó los nervios de la sociedad en su conjunto, una serie de hechos que se fueron desatando en esos años posteriores, contribuyeron más a exasperar los ánimos sociales, las pasiones políticas, los discursos intelectuales. En 1918, los cimientos conservadores de la vieja Córdoba crujieron con las jornadas de lucha y protesta que protagonizaron los estudiantes cordobeses, en lo que se conoce como la “Reforma Universitaria”. Este hecho no sólo fomentó la politización de amplios sectores jóvenes y estudiantiles, alimentando los cauces políticos de las izquierdas y el liberalismo crítico, sino que también sacudió la modorra de algunos espacios intelectuales de la Argentina y del resto del continente.

En el marco de esos enormes procesos de transformación tanto a escala mundial como local, se insertó también un abanico de conflictos sociales y luchas obreras, que tuvo sus hitos trágicos en las huelgas y combates callejeros de enero de 1919, conocidos como la “Semana Trágica”, y en los fusilamientos a los huelguistas patagónicos en 1921. A la par que se extendían los conflictos obreros, a medida que el gobierno radical ensayaba distintas intervenciones ante la creciente conflictividad social -que iban desde la represión lisa y llana, hasta la negociación y el arbitraje en los conflictos laborales, pasando por la sanción de leyes sociales- un proceso de transmutación afectaba a los grupos conservadores, a las derechas y las instituciones tradicionales del país. El triunfo de la revolución soviética, que hacía que el fantasma del comunismo abandonara en parte su condición espectral para encarnarse en el Estado revolucionario, sumado a la potencia política mostrada por la clase obrera argentina en diversas jornadas de lucha, como también el odio visceral de las clases dominantes a la apertura política que significó el yrigoyenismo, impulsaron también un proceso de radicalización en el campo de las derechas y los nacionalismos, que se manifestó en el surgimiento de organizaciones como la Liga Patriótica Argentina, en una radicalización discursiva y política en el flanco derecho del tablero político, en un acendrado crecimiento del antisemitismo, que tuvo su expresión más infausta en el vínculo creciente entre la Iglesia católica y el Ejército, diada que dejó una huella tan perdurable como tétrica en el devenir de la historia nacional durante todo el siglo XX (Zanatta, 2005).

Pero si estos intensos procesos de transformación política y social se daban en esos años, también el campo intelectual de la Argentina, particularmente el de Buenos Aires, experimentó un estado de ebullición y florecimiento, que habilitó la aparición de nuevos

discursos, búsquedas estéticas, grupos y figuras que con su accionar fundaron nuevas derivas intelectuales y políticas. Luis Franco desembarcó en un Buenos Aires que estaba en pleno proceso de expansión, en una urbe que venía experimentando un acelerado proceso de crecimiento y modernización, como también se registraba en otras ciudades del continente. La ciudad de Buenos Aires había recibido un enorme flujo inmigratorio desde fines del siglo XIX, lo que no solo había significado un importante salto demográfico sino también un entrecruzamiento y mestizaje cultural profundo. Buenos Aires era una ciudad que empezaba a experimentar un ritmo mucho más frenético, una aceleración desbocada que constituye el pulso de todas las grandes metrópolis. De a poco cambiaba su fisonomía, se ensanchaban sus viejos espacios y se habilitaban nuevas construcciones y formas arquitectónicas. La ciudad vivía también un proceso de transformación y vivificación de sus costumbres, de sus pautas sociales y culturales. Una ciudad donde la industria editorial atravesaba un proceso de crecimiento y modernización, a la vez que crecía el público lector como consecuencia del proceso de escolarización. También los medios de comunicación, como radios y periódicos, se vieron sometidos a procesos de ajustes y reinención, donde emergieron nuevos formatos y lógicas comunicacionales. En ese marco de modernización y cambio, el mundo cultural e intelectual porteño fue transformándose a pasos agigantados. El campo cultural se vio atravesado, tensionado en los años veinte por una serie de aspectos que configuraron lo que Sarlo denominó “cultura de mezcla”: *“modernidad europea y diferencia rioplatense, aceleración y angustia, tradicionalismo y espíritu renovador; criollismo y vanguardia. Buenos Aires: el gran escenario latinoamericano de una cultura de mezcla”* (Sarlo, 2020: 27).

Estos años también marcaron la consolidación del proceso de profesionalización de los intelectuales y de configuración de un campo intelectual, determinado por ciertas reglas y formas, que le otorgaron un margen de autonomía en relación a otros campos de la vida social. Como remarca Beatriz Sarlo, durante estos momentos se fueron modificando drásticamente las formas de hacer y difundir de la cultura, aparecieron y se consolidaron nuevas formas de consagración al interior del campo intelectual. En este ambiente, *“las revistas son un instrumento privilegiado de intervención en el nuevo escenario (...) En las revistas se procesan todos los tópicos y se definen los obstáculos que enfrentan los movimientos de renovación y democratización de la cultura argentina. Ellas diseñan estrategias y allí se definen las formas de coexistencia o conflicto entre diferentes fracciones del campo cultural”* (Sarlo, 2020: 41). Las revistas

culturales y políticas, se convirtieron en espacio de consagración y tierra fértil para los experimentos estéticos. La década de 1920 fue el escenario de aparición de las vanguardias estéticas en Argentina, que tendrían en la revista *Martin Fierro* y posteriormente en *Proa*, a sus dos grandes exponentes. La vanguardia irrumpía en Argentina con un programa estético renovador y dispuesta a saldar cuentas con las viejas tradiciones como el modernismo y con los intelectuales que la habían encarnado. Luis Franco inició su peregrinación en el campo intelectual en ese marco cambiante y renovador, en ese clima político y social abigarrado de tensiones. ¿Cómo impactó en el joven catamarqueño, que venía de un minúsculo y remoto pueblo, este salto a la gran ciudad? ¿Qué sensaciones disparó en un poeta acostumbrado al tiempo manso de la naturaleza, el salto a la gran urbe, con sus ritmos desbocados, su impaciencia aviesa? Buenos Aires fue para Luis Franco la posibilidad de acercarse a determinados ambientes, debates culturales y políticos, espacios de sociabilidad y entramados estéticos que no habría podido conocer nunca en Catamarca. La estancia en Buenos Aires, que con algunas cortas interrupciones se extendió hasta inicios de los años 30, significó en el poeta, la posibilidad de empaparse de ciertos mundos y debates, de relacionarse con actores claves de la vida intelectual argentina. Buenos Aires fue, en la vida de Luis Franco, la posibilidad de cerrar la brecha cultural existente en el país entre las grandes ciudades –esencialmente Buenos Aires- y las provincias y ciudades del interior.

Los inicios de la “Hermandad” y la inserción de Franco en el campo intelectual

A principios de 1920, a instancias de Samuel Glusberg, el joven poeta catamarqueño conoció a una figura clave de su trayectoria intelectual como fue Leopoldo Lugones. Y, a partir de la relación con Glusberg y Lugones empezó a frecuentar a Horacio Quiroga, otro personaje que marcó su devenir artístico y de vida. A los encuentros entre Quiroga, Lugones, Glusberg y Franco se sumaría algunos años después el joven poeta santafesino, Ezequiel Martínez Estrada, dando lugar a la conformación de una hermandad intelectual que dejó amplias y profundas huellas en la formación de los tres jóvenes.

Fue Horacio Tarcus quien reconstruyó las búsquedas literarias, las obsesiones intelectuales y las derivas políticas de esta cofradía espiritual, de este quinteto de inteligencias audaces que tuvo como trincheras principales algunos bares de la capital porteña y la “Biblioteca del Consejo Nacional de Educación” donde trabajaba Lugones.

¿Qué bases permitieron esta amalgama intelectual? ¿Qué aspectos sostenían a este quinteto de inteligencias tan broncas como dispares? Tarcus señala una serie de elementos que hicieron de argamasa, de soldadura de esta cofradía dispar. En primer lugar, Tarcus reconoce como elemento de primer orden el hecho que todos sus miembros –con sus matices- compartían una estética y una sensibilidad modernista. Al humus modernista se le agregaban ciertos desplantes hispanóforos, laicistas y un anticlericalismo militante, particularmente encendido tanto en Lugones como en Franco. Este magma cultural y político también daba lugar a otra serie de afinidades que cimentaban esta tromba intelectual, como cierto anti-capitalismo romántico, que se expresaba sobre todo en la reivindicación de la idea de libertad y en una clara sensibilidad anti-burguesa. Otro elemento fundamental para entender el desarrollo de esta conjunción intelectual fue un mapa de lecturas conjuntas que alimentó y estimuló a todos los *frates*, fundando un territorio común que avivó préstamos e intercambios. Dirá Horacio Tarcus en su estudio: *“La comunidad comparte un mismo universo de lecturas, y es así que junto a las cartas se pone en circulación, entre préstamos y obsequios, una verdadera biblioteca. En un comienzo, es el “padre” Lugones el que da a conocer las novedades modernistas y el que construye el linaje hacia el pasado. Pero el rol de propiciador será ocupado enseguida por el siempre inquieto Glusberg, que es el que en los treinta sugiere las lecturas, el que obsequia a los hermanos con ciertos libros que van a tener especial gravitación en su vidas”* (Tarcus, 2009: 18). Sin embargo, pensar en los elementos comunes que podía tener esta comunidad intelectual, no debe llevarnos a clausurar los aspectos dispares que la podían atravesar. Tarcus resalta cómo al interior de la “Hermandad” existían jerarquías, que no sólo descansaban en la diferencia de edad de sus miembros sino en el peso que ocupaba cada uno al interior del campo intelectual. Dentro de esta tromba intelectual era Leopoldo Lugones, sobre todo, quien tenía no sólo el poder de levantar y consagrar al resto de los *frates* sino que también era quien podía asegurar, a partir de sus contactos y prestigios, oportunidades laborales y de estabilidad a los más jóvenes. Es probable que estas enormes diferencias se hayan jugado al interior de la “Hermandad”, tallando complejas relaciones entre sus miembros.

Luis Franco fue, como lo asiente Tarcus, el espécimen más raro de la “Hermandad”, figura más resistente a demarcaciones y encasillamientos. Provenía del interior profundo de la Argentina, traía a cuestas una formación que se diferenciaba ostensiblemente de la del resto de los integrantes del grupo y fue quien, junto a Glusberg, experimentó un profundo proceso de radicalización política por izquierda en

los años posteriores, sobre todo entre principios y mediados de la década siguiente. A su llegada a Buenos Aires, la situación del catamarqueño fue por demás de frágil y la precariedad económica era el pulso que marcó el devenir de sus días. A eso se sumaba que había llegado a Buenos Aires sin ningún tipo de contacto en el mundo intelectual, huérfano de padrinos y mecenas culturales. Solamente contaba con un manojo de poemas -algunos de ellos, como mencionamos antes, premiados-, que fue la carta franca que usó para abrirse paso en el complejo mundo de la cultura porteña. De ahí que el encuentro con Samuel Glusberg haya sido un hecho fundamental en la vida de Luis Franco, un momento clave para comprender sus trayectorias posteriores. En 1920, de manera bastante temprana, el poeta catamarqueño hizo su primera publicación, bajo el auspicio creativo de Samuel Glusberg, que desde su primer sello editorial *Ediciones Selectas América*, puso en circulación *La flauta de caña*⁶, primer paso en el largo trayecto poemático de Luis Franco.

Ediciones Selectas de América fue el primer emprendimiento editorial que encabezaron los hermanos Samuel y Leonardo Glusberg. Este sello editorial nació alimentado por el proceso de modernización que estimulaba, entre otras cosas, la irrupción de un nuevo público lector. Los libros que dio a conocer esta apuesta editorial se caracterizaron tanto por su bajo costo como por el cuidado de sus ediciones. En la colección aparecieron trabajos de los poetas Amado Nervo, Rubén Darío y Julio Herrera Reissig, tres figuras claves del modernismo, que todos los miembros de la “Hermandad” supieron leer y admirar. También, entre otros tantos títulos, aparecieron obras de Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Alberto Gerchunoff, Rafael Arrieta, Ricardo Rojas, Roberto Payró, Enrique Banchs, Juan B. Justo y José Enrique Rodó. En este catálogo variado y heterogéneo, también vieron la luz obras de algunas poetisas como Alfonsina Storni y Delfina Bunge⁷.

El primer poemario de Franco, *La flauta de caña* tuvo una buena acogida de la crítica y alcanzó un relativo éxito de ventas. El libro está dedicado a los habitantes de Belén, el pueblo donde el mozo catamarqueño había dado sus primeros pasos y donde habría de retornar una y otra vez. El libro tenía una clara inspiración tardo-modernista y sus poemas tienen cierto aire de égloga. El alegre instinto de Franco dibuja los paisajes de Catamarca y la naturaleza desborda en toda su exuberancia como en casi todos los

⁶ Franco, Luis *La flauta de caña*, Ediciones Selectas de América. Cuadernos mensuales de letras y ciencias, Buenos Aires, 1920.

⁷ Para lo que fue este emprendimiento y el contexto editorial en que surgió véase Tarcus, 2009 y Delgado, Verónica y Espósito, Fabio en de Diego, 2010 y Chicote, 2014.

poemarios y trabajos de Luis Franco. Los versos que componen “*La flauta de caña*” son una glorificación de la vida plena, un sentido homenaje al dios Pan. El libro puede leerse también como una invocación salvaje a que hombres y mujeres retornen a los misterios de la naturaleza. Diría este poeta que creía sentir en sus versos el aliento tibio de los antiguos:

*Primeros días de septiembre. Oh gloria
de madrugar con la calandria, y luego,
mientras se enciende en cada hogar el fuego
epónimo, asistir a la victoria.
Del sol y dulcemente, sin memoria,
Dejar el tiempo huir como en el riego
se ve correr con santo amor labriego
el agua hacia la siembra promisorio.*

*“Dice el árbol: “Sé plácido y genuino”.
Y el pájaro: “Cantor, oye mi trino”.
Respira su inocencia cada cosa.*

*Y siento cómo el rítmico fluir
hace cantar mi sangre numerosa
la sagrada alegría de vivir.”⁸*

En *La flauta de caña* fue incluida su “Oda primaveral”, el poema que había ganado el concurso literario en 1918. El libro entero reúne sus producciones más tempranas, versos que compuso siendo casi un adolescente en algunos casos. Desde la revista “*Nosotros*”, dirigida por Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, un joven Aníbal Ponce dirá: “*Hay en todo el libro una frescura juvenil que encanta. Ríe en la flauta la embriaguez matinal.... Y es que algo del ímpetu de la antigua euforia corre por las páginas de este*

⁸ Franco, Luis “La alegría de vivir”, en *La flauta de caña*, Ediciones Selectas de América. Cuadernos mensuales de letras y ciencia, Buenos Aires, 1920, pp. 90-91.

libro delicioso”⁹. Posteriormente, en 1921, también a instancias de Glusberg, el catamarqueño lanzó en el mismo sello el libro *Coplas*.¹⁰

Sus dos primeros libros, sumados a las colaboraciones en la revista *Babel*, le otorgaron a Franco un reconocimiento importante dentro del campo cultural de la Buenos Aires de principios de 1920. Lo que da cuenta que en la década del 20 existió un campo intelectual, dinámico y potente, capaz de cobijar y dar lugar a figuras emergentes. Sin embargo, esto no llegó a atenuar su precaria situación económica. Debido a la falta de perspectivas y posibilidades para mantenerse en la capital, a lo que se sumaban algunos problemas de salud, el joven catamarqueño tuvo que retornar a la ciudad de Belén en 1921. La revista *Babel* le organizó un pequeño homenaje de despedida. Esta es la estampa de la velada que resaltará la publicación: “*Alfonsina Storni ofreció la demostración en nombre de la revista interpretando con palabra sencilla y elegante el sentir de los presentes (...) Recordó los altos méritos de “La flauta de caña” y expuso los motivos de su fe en el porvenir de Franco*”¹¹. También, como parte de la despedida, Baldomero Fernández Moreno le compuso un breve poema al altivo mozo de Belén: “*Se vuelve Luis. L Franco/A su pueblo azul y blanco/ A sus montes, a sus cerros, a sus cabras, a sus perros...*”¹². Durante su estadía en la casa familiar, alternando entre sus largos paseos por el suelo terroso de Belén, sus largas horas dedicadas a la lectura, los trabajos en la finca y las conversaciones infinitas con arrieros y baqueanos, Luis Franco fue amasando algunos de los versos más bellos que componen el poemario “*El libro del gay vivir*”.

El libro del gay vivir fue publicado en 1923 por su amigo Samuel Glusberg en su flamante y nuevo sello editorial llamado *B.A.B.E.L.*¹³. Algunos tramos del poemario están dedicados a Baldomero Fernández Moreno, Samuel Glusberg y Arturo Capdevila. Este libro es sin lugar a duda uno de los puntos más altos de la poesía de Franco -en 1924 recibiría el tercer puesto del Premio Municipal de Buenos Aires por este trabajo-. En él se cristalizan y asumen de forma más acabada las búsquedas juveniles del catamarqueño. En todo el libro Franco exalta los dones de la tierra, los infinitos

⁹ Ponce, Aníbal citado en Correas, Beatriz *Luis Franco*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962, p. 91.

¹⁰ Franco, Luis *Coplas*, Ediciones Selectas de América. Cuadernos mensuales de letras y ciencia, Buenos Aires, 1921.

¹¹ “Fiesta de la copla”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, Buenos Aires, año I, n°7, primera quincena de septiembre de 1921.

¹² Op. cit., p8.

¹³ Franco, Luis *El libro del gay vivir*, Editorial B.A.B.E.L, Buenos Aires, 1923.

misterios que anidan agazapados en la complejidad de la naturaleza. Como su mismo título lo indica, el libro es un llamado a la vida alegre, a la exaltación de los sentidos, a fundir nuevamente cuerpo y mente como preconizaban los antiguos (de hecho uno se topa con múltiples referencias a Epicuro o la poesía de Lucrecio). Por momentos, la exaltación de los sentidos y el cuerpo, se traduce en cierta eroticidad que pone al cuerpo como principal territorio del amor, resaltando la “corporalidad” o “materialidad” del amor sobre sus versiones más aladas. En este tipo de poema claramente retumba el anti-clericalismo furioso de Franco, su odio visceral a toda filosofía que saje la relación entre cuerpo y mente.

*“Y que voz me dice que nadie
descifrá el formidable alfabeto
que ese Minotauro, lo incomprensible,
oculto en el dédalo prodigioso de las estrellas,
nunca tendrá su Teseo,
qué será inviolable
la virginidad del misterio,
que ni la muerte
rasgará los secretos velos,
que el tiempo nunca cerrará su periplo
y que el espacio
no tiene más límite que el vértigo?
Más amengua ya mi angustia
Un místico orgullo satánico:
Algo soy en el universo
puesto que soy capaz de pensarlo,
ah, y la potencia incalculable
del genio humano
que fecunda el compás y el telescopio
el número y el ángulo!
Y evoco
con sagrado regocijo fraterno
a los argonautas del pensamiento y el abismo:
los oscuros magos caldeos,*

*los misteriosos sacerdotes chinos
 que conversaron con las estrellas,
 hace cuarenta siglos,
 y Pitágoras,
 músico de celestes oídos,
 e Hiparco,
 y Ptolomeo egipcio,
 y Copérnico,
 destructor y constructor magnífico,
 y Galileo, ojo telescópico,
 y Kepler y Newton, legisladores del prodigio,
 y el hierofante que nuestros días,
 mientras pequeños y ridículos
 como nunca se asesinaban los pueblos
 se atrevió a medir el infinito!*¹⁴.

El libro recibió algunas aclamaciones importantes, entre ellas la de la poeta uruguaya Juana de Ibarbourou y también la de Leopoldo Lugones, figura estelar de las letras argentinas, que desde “La Nación” aclamó azorado, en tono laudatorio: “*He aquí, pues, un poeta pagano que ama la vida y la canta, porque la siente bella en la delicia de su amor. Tanto la goza, con tanta sinceridad se entrega a su emoción que canta con noble verso al propio cuerpo viviente*”¹⁵. También hallamos huellas del *El libro del gay vivir* en las redes políticas e intelectuales del reformismo universitario. Se puede leer estas palabras en el breve intercambio epistolar entre el médico tucumano Gregorio Aráoz de Alfaro y el líder estudiantil cubano Julio Antonio Mella: “¿*Cómo podrías suponer que pudiese conciliar el sueño sin leerme todo el libro del Gay Vivir?*”¹⁶. Mella no sólo hizo de difusor de la poesía del catamarqueño sino que también le dedicaría un artículo celebratorio en el número 11 de la revista “Juventud” titulado: “Luis. L. Franco: un poeta de la vida” (Muñiz, 2013). Esta presencia de Franco en ciertas redes intelectuales,

¹⁴ Franco, Luis “De profundis” en *El libro del gay vivir*, Editorial B.A.B.E.L, Buenos Aires, 1923, pp.125-128.

¹⁵ Leopoldo Lugones “Un poeta pagano”, texto aparecido en *La Nación* en septiembre de 1923, reproducido en *Babel. Revista de arte y crítica*, Buenos Aires, año II, n°14, diciembre de 1923.

¹⁶ Carta de Julio Antonio Mella a Gregorio Aráoz de Alfaro, 3 de enero de 1924, cit. en Muñiz, Manuel en Bergel, 2018, p. 154.

vinculado tanto al mundo reformista como a la órbita de otros poetas, nos sirven para matizar el peso del “espaldarazo lugoniano” en la consagración del catamarqueño.

El poeta retornó a la ciudad porteña en 1922, en una estadía que se prolongó hasta inicios de los años 30. Luis Franco, junto a Samuel Glusberg, por intermedio de Leopoldo Lugones, logró entrar a trabajar junto a éste en la “Biblioteca del Consejo Nacional de Educación”. Este trabajo, si bien no le permitía vivir con soltura en Buenos Aires, le daba la posibilidad, en esos años, de disponer de tiempo para la escritura y la lectura. Además, esa biblioteca se convertiría en uno de los escenarios privilegiados de reunión de la “Hermandad”. Las tertulias animadas por Lugones, Quiroga, Glusberg, Martínez Estrada y Franco se convirtieron en una usina de proyectos, en un espacio clave de discusión, en un ámbito ideal para la formación de estos jóvenes intelectuales que empezaban a cincelar sus primeros pasos en el suelo de la cultura porteña.

La conformación de la “Hermandad” -como ya hemos mencionado- fue un hecho clave, de primer orden en la formación y el desarrollo de Luis Franco. Esta comunidad espiritual significó la posibilidad de instalarse definitivamente en el Buenos Aires de 1920 y rozarse con un campo intelectual en plena erupción, con un mundo social y político sacudido por enormes transformaciones. Entre otras tantas cosas, el contacto regular con los *frates* le permitió empaparse de la sensibilidad tardo-modernista. Del heterogéneo magma modernista Luis Franco recuperó varios elementos, entre los que se destacaron el cosmopolitismo y ciertas nociones de un americanismo amplio, que en los años posteriores, sobre todo con su adscripción definitiva al marxismo en la década de 1930, irá desplazándose hacia un internacionalismo y un anti-imperialismo más acendrados y depurados políticamente. Otro ademán que recuperó del modernismo - además de haber cultivado el periodismo como la mayoría de los escritores modernistas- fue la cuestión del compromiso público del intelectual. Gran parte de los intelectuales modernistas mostraron cierta tentación de erigirse en baluartes ideológicos y hasta morales dentro de sus sociedades. Los intelectuales modernistas tuvieron en muchos casos una participación política abierta, un compromiso profundo con las vicisitudes de su época. A la muy conocida trayectoria de José Martí, se le pueden sumar la de Manuel González Prada, José Enrique Rodó o Rufino Blanco. También, esta comunidad intelectual que fue la “Hermandad”, lo convidó con una grilla de lecturas formativas, donde resaltaron los nombres de Rubén Darío, Leopoldo Lugones y José Martí. Del poeta cubano, Luis Franco retomó una idea central para su concepción misma de lo poético: la sustancia de la poesía era la vida misma; lo cotidiano, la vida desplegándose

con toda su gama de alegrías y dolores. A partir de la obra martiana, Luis Franco también se encontró con dos autores claves a la hora de conformar una constelación poética propia como también al momento de edificar una noción de intelectual, una “normativa” en torno a los deberes de la inteligencia. Esas figuras esenciales son las de Ralph Emerson y Walt Whitman¹⁷. A esta dupla potente, el poeta catamarqueño le sumó en años posteriores otro autor de peso como Henry David Thoreau. Los tres fueron figuras claves en la formación de Luis Franco, los tres contribuyeron a afinar el amor de Franco por la naturaleza, por la vida sencilla y despojada (Rama, 1983). Estas tres plumas compondrían una trinidad clave en el mundo franquiano.

Pero la “Hermandad” fue fundamental en otro aspecto clave, su inserción en el mundo intelectual. Esta tromba intelectual le abrió espacios, significó el apoyo a su obra por parte de los otros miembros, algunos sobrados de prestigio y referencia en el mundo intelectual. También la “Hermandad” terminó de remachar el vínculo con Samuel Glusberg, que no sólo se convirtió en editor y promotor de las obras de todos los *frates*, sino que este inmigrante de origen judío se fue convirtiendo en una de las figuras más notorias del mundo editorial de la década del 20. Una figura, que junto a otros editores de ese tiempo, contribuyó tanto a moldear un público lector como a erigir un canon, un Olimpo literario donde convivían los clásicos con los recién llegados (Delgado y Espósito, 2010). Pero pensar la inserción de Luis Franco en el campo intelectual, supone necesariamente calibrar su relación con Leopoldo Lugones. Como lo remarca Horacio Tarcus, el poeta cordobés usó todo su prestigio, su sitio de honor en las letras argentinas para levantar las obras de sus hermanos menores, para consolidar su lugar en la cultura. Tanto Franco, Glusberg como Martínez Estrada entraron al campo intelectual escoltados por dos figuras de enorme prestigio como Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga. Todos ellos produjeron en sus inicios al amparo de estas dos figuras de la literatura nacional. Las hojas de laurel que caían de la testa de Lugones y Quiroga les abrían las puertas del mundo cultural a los menores, les facilitaban su inserción en la “república de las letras”.

¿Pero cómo se puede pensar el apoyo de Lugones? ¿Cómo leer el “espaldarazo lugoniano” a la obra de Franco? ¿Qué significaba en ese contexto el apoyo del patriarca de las letras? Según Tarcus, la gama de elementos y gustos compartidos por todos los

¹⁷ Luis Franco publicará un largo ensayo sobre el poeta norteamericano, donde deja entrever la fascinación y el respeto que engendró en él esta figura. Véase Franco, Luis *Walt Whitman. Poesía y democracia*, Ed. Americalee, Buenos Aires, 1945.

miembros de la “Hermandad”, esa serie de afinidades electivas que los aglutinaron jugaron un rol fundamental para entender por qué Lugones levantó las obras de los más jóvenes colocándolas en el centro de la vida intelectual. Pero también a la hora de entender estos movimientos de Leopoldo Lugones, hay que medir la trama espesa del contexto político y social de los años 20, sobre todo las turbulencias y luchas al interior de un campo intelectual sacudido por la emergencia de nuevos grupos que reclamaban un lugar de primer orden en ese concierto. Para pensar estas cuestiones, resulta significativo rescatar un pequeño ensayo de David Viñas sobre la obra y la figura del escritor catamarqueño. Para Viñas son varios los elementos que llevaron a Lugones a defender y ensalzar la poesía franquiana. El primer aspecto que resalta se vincula con una cuestión estética: la poesía de Franco se caracteriza por su formalidad, el cuidado de la rima, todas cuestiones reivindicadas por el “sumo pontífice” de las letras nacionales. Por otra parte, lo que convoca al escritor veterano de la obra del joven es la exaltación de la vida agreste y campesina. Para Viñas, en esta reivindicación de la vida agreste brilla la política, se descuelga el contexto. Frente a la “barbarización” de las ciudades – atravesadas en sus cimientos por los conflictos de clase, convertidas en escenario de primer orden de la mezcla cultural-, frente a la inversión del apotegma sarmientino, aparece el rescate del campo, la pureza del interior y la vida sencilla. En la defensa de Lugones a la vida campesina, Viñas no solo ve un atisbo del humor aristocratizante del poeta cordobés sino también un tiro por elevación contra la “chusma radical”. Otro elemento clave, fundamental, según este enorme polemista que fue David Viñas, para entender el “mecenazgo” de Lugones, reside en las relaciones de fuerza al interior del campo cultural para la década del veinte.

Para ese momento la figura lugoniana ya no era indiscutida en el mundo de las letras, su reinado literario empezaba a tambalear y las críticas arreciaban sobre su obra y su figura. Para los jóvenes vanguardistas agrupados primero en la revista *Proa* (1922-1923) y (1924-1926) y posteriormente en *Martin Fierro* (1924-1927), la liquidación de Lugones y de la herencia modernista, se convirtieron en aspiraciones maximalistas de su programa estético-político. En el trazado de su programa, la vanguardia trató abiertamente de desmarcarse del pasado. Como escribe Sarlo: “*los jóvenes renovadores hicieron de lo nuevo el fundamento de su literatura (...) El espíritu de lo nuevo está en el centro de la ideología literaria y define la coyuntura estética de la vanguardia. Este eje de diferenciación la enfrenta no sólo con Lugones y el modernismo, no sólo con Gálvez y el realismo, sino también con la estructura y organización de las instituciones*

culturales” (Sarlo, 2020: 117). Será a partir de estos indicios, que Viñas conjeturará que la ponderación y las loas de Lugones a Franco o Martínez Estrada son también una forma que usa el poeta consagrado para parapetarse de los ataques de la vanguardia. A partir del respaldo de las nuevas figuras, Lugones intentaba una jugada defensiva, una forma de contraataque en el marco de la guerra intelectual (Viñas, 1984)¹⁸.

La inserción en el mundo revisteril: los aportes en *Babel. Revista de arte y crítica* y *Martín Fierro*.

Mapear la presencia de Franco en algunas revistas nos sirve tanto para reconstruir parte de sus redes intelectuales como también sus búsquedas estéticas y políticas, sus acercamientos a algunos grupos durante sus años de formación. Las revistas fueron, en este sentido, expresión de ciertas sensibilidades intelectuales, de precarios agrupamientos en el campo cultural. Un espacio revisteril clave en la vida de Franco, que sería uno de sus ámbitos de formación durante la década de 1920 y donde el poeta dejaría una huella indeleble, fue *Babel. Revista de arte y crítica* (Hernández, 2012). Si bien el catamarqueño hizo aportes en distintas publicaciones durante los tumultuosos años 20, la revista *Babel*, encabezada por su amigo y editor Samuel Glusberg, fue fundamental para su definitiva instalación en el campo intelectual¹⁹. *Babel* se publicó en Argentina entre 1921 y 1929. Más allá de su carácter “nacional”, en la publicación también se hallan puntos de contacto e intercambios con escritores de otros países, sobre todo latinoamericanos. La revista llegó a sacar veintinueve números, que atravesaron coyunturas políticas muy diferentes dentro de la historia del país como del mundo. Si bien la revista barrenó momentos sumamente álgidos en términos políticos y sociales, la política en sus distintas manifestaciones fue bastante esquivada en *Babel*. Apenas se traslució como guiño en algunos nombres convocados como colaboradores, entre los que vale resaltar a José Ingenieros, Mario Bravo o Juan Lazarte; o también puede aparecer de manera sutil en la crítica de Glusberg a Lugones por sus apelaciones

¹⁸ En la misma línea que Viñas piensa el caso de Franco, se podría incluir la reivindicación que también hizo Lugones del poeta santafesino José Pedroni para la misma época.

¹⁹ Entre otras publicaciones donde aparece algún poema o nota de Luis Franco en los años 20 se puede destacar a *La Campana de Palo*, en cuyo número 15 aparecerá un poema de Franco dentro del conjunto de autores que habían participado de la “Nueva exposición de la poesía Argentina” compilada por César Tiempo y Pedro Vignale. Franco, Luis “Programa eglógico” en *La Campana de Palo*, n° 15, mayo de 1927. También a principios de 1930 publicó dos poemas en prosa en la revista *Síntesis. Artes, letras y ciencias* que se publicó entre 1927 y 1930. Franco, Luis “El fuego” y “El dolor” en revista *Síntesis. Artes, letras y ciencias*, n°34, Año III, marzo de 1930.

militaristas -dando cuenta de las tensiones que también recorrían a la “Hermandad”.²⁰ *Babel* fue, sobre todo, una revista literaria construida en torno a un sentido amplio. Por eso en sus páginas la poesía y la prosa tuvieron un lugar de primer orden, pero también tuvieron un espacio destacado el teatro, la música y en menor medida la escultura.

A diferencia de muchas revistas de su tiempo, *Babel*, en su primer número, no apeló al manifiesto como forma de marcar territorio dentro de un mapa en disputa. Evitó el tono perentorio de las declaraciones y se rehusó a presentarse como bando de guerra de una de las facciones en pugna dentro del campo intelectual. Dijo de forma humilde: “*No vamos a exponer aquí el inevitable programa de acción ni la acostumbrada plataforma de promesas que suelen publicar las revistas que se inician. No somos políticos, ni salimos a ganar elecciones. Todo lo contrario*”²¹. Glusberg, como director, claramente optó por una revista de gesto ecuménico, que pudiera reunir variadas tradiciones en sus páginas, donde se cruzaban distintas épocas, estilos y nombres. Sin embargo, la publicación, no dejó de ser también un espacio de legitimidad de cierto grupo. Sus páginas fueron una zona de ensayo, un campo fértil de experimentación para algunas voces que venían surgiendo. ¿Puede ser pensada *Babel* como otra forma de lidiar con la tradición? Si las publicaciones animadas por la vanguardia practicaron tiro al blanco con algunas de las “viejas y consagradas” figuras de la literatura, ¿*Babel*, en cambio, no intentó recuperar girones de esas apuestas y ecualizarlas con algunas de las novedades de su época? ¿No hizo *Babel* de la tradición otro elemento que le servía para perforar el presente, para crear “novedad”? La lista de colaboradores de *Babel. Revista de arte y crítica* es infinita. Sólo para destacar algunos nombres merece resaltarse a Arturo Cancela, Rafael Arrieta, Ricardo Rojas, Enrique Banchs, Alberto Gerchunoff, Gabriela Mistral, Roberto Payró, Alfonsina Storni, Héctor Pedro Blomberg, Baldomero Fernández Moreno, José Ingenieros, Alejandro Korn, Juana de Ibarbourou, Conrado Nalé Roxlo, Manuel Gálvez, Juan Lazarte, Mario Bravo, Roberto Arlt, Alfredo Brandán Caraffa, Hernán Gómez, José Pedroni, Horacio Rega Molina, Pedro Henríquez Ureña. Y, por supuesto, que la revista contó con las colaboraciones permanentes de Lugones y Quiroga, quienes aportaron una y otra vez su prestigio y su pluma, y de Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco y Samuel Glusberg como director y columnista.

²⁰ Glusberg, Samuel “Un homenaje y una reedición”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, Segunda época, Buenos Aires, n°19, mayo de 1926.

²¹ “Al público” en *Babel. Revista de arte y crítica*, n°1, Buenos Aires, primera quincena de abril de 1921.

¿Desde cuándo se ve a Franco en *Babel*? Desde el mismo inicio esplende su nombre. En el primer número publica un breve relato sobre la historia del Fauno. Acá se combinan dos cuestiones que acompañarían a Luis Franco durante toda su vida, su inagotable amor por la naturaleza –el Fauno es protector de ella- y la mitología antigua, una obsesión que el poeta fue acrecentando con los años²². También varios de los versos del catamarqueño iluminaron la revista²³. De hecho, de los veintinueve números que llegaron a salir, en por lo menos diez estuvo la firma de Luis Franco. De ese manojito de artículos y poemas, merecen rescatarse algunos para pensar la singladura intelectual de Luis Franco en la década del veinte. Un pequeño ensayo, donde el catamarqueño reflexiona sobre el arte de recitar versos, nos sirve para pensar la apropiación que hizo de la obra y la figura de Rubén Darío. Franco llama al nicaragüense “maestro” sin ningún tipo de tapujos, aunque reconoce que su producción poética es bastante dispar. En sus versos podemos hallar -aseveraba Franco- poemas que fungen como estribaciones inalcanzables de la poesía americana, y por otro lado, poemas de enorme mediocridad que, paradójicamente -remarcaba Franco- le habían dado fama a Darío en el mundo entero. La lectura que hacía de Rubén Darío, traslucía una forma de intervención crítica que Luis Franco mantuvo como una marca de estilo a lo largo de los años. Lidiar con una obra, con un autor, era esencialmente para Franco una tarea crítica, que demandaba cribar aportes, examinar detenidamente sus momentos. No hay obra o figura que sea pasible de ser levantada en bloque, reivindicada sin fisuras. Para Luis Franco, la apropiación creativa de una obra, reclamaba, necesariamente, una tarea de selección y descarte²⁴.

En otro número, Glusberg publica una entrevista que le hiciera la revista “*Mundo argentino*” al autor de “La flauta de caña”, poco después de su retorno a Buenos Aires. Hay algunos fragmentos que vale la pena rescatar, ya que iluminan de manera bastante nítida las lecturas y obsesiones que lo acompañarían durante sus años de formación:

- “*Mis lecturas poéticas – nos dice- son principalmente francesas*”.
- ¿*Cuáles son sus poetas, Franco?*

²² Franco, Luis “El sátiro loco”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, año I, n°1, Buenos Aires, primera quincena de abril de 1921.

²³ Franco, Luis “El corazón del agua”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, año I, n°3, Buenos Aires, primera quincena de mayo de 1921, “Coplas”, *Babel. Revista de arte y crítica*, año I, n°7, Buenos Aires, primera quincena de septiembre de 1921, Franco, Luis “palabras milenarias”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, año II, n° 11, Buenos Aires, enero de 1922.

²⁴ Franco, Luis “La recitación”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, Buenos Aires, año I, n°10, Buenos Aires, diciembre de 1921.

- *Tres –nos responde- me han causado una impresión extraordinaria y me son principalmente maestros: Whitman y Nietzsche, que hay que clasificar aparte. Y D'Annunzio, el D'Annunzio de los Laudi.*
- *¿A qué otros poetas universales gusta de leer?- inquirimos a Franco*
- *Y él nos dice que, armado de paciencia y coraje, trata ahora de explorar esa “selva salvaggia ed aspra e forte”, que es el Dante, y Shakespeare, ese cosmos”. (...) Nunca me canso de leer a Samain, a Laforgue, al satánico Baudelaire y al celeste Rodenbach*²⁵.

Pero la lista de poetas e intelectuales que recuperaba Franco es mucho más amplia, levantaba también a Mallarmé y en lengua castellana componía su galaxia poética a partir de Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Enrique Banchs. Por último le preguntaban por su estilo de vida: *“Como sospechábamos, Franco hace una vida de estudio. Lee mucho, observa curiosamente todo y escribe algo. No lo caracteriza la fecundia precisamente”*²⁶.

La revista a lo largo de su devenir, sobre todo en sus últimos años, fue incorporando a sus páginas una serie de homenajes a escritores que componían el mundo de *Babel*. Estos tributos intelectuales eran un intento de trazar una constelación intelectual a la vez que una forma de propagandizar y retroalimentar el trabajo editorial que venía realizando Glusberg desde B.A.B.E.L (todos los homenajeados fueron editados por este sello). Entre los homenajes que hizo la revista se destacan el realizado a Albert Samain – Franco participó del homenaje pero también tradujo algunos de sus cuentos para la edición de B.A.B.E.L y realizó su prólogo-. También se homenajeó a Baldomero Sanin Cano, Roberto Payró, Heinrich Heine – figura fuerte en el universo de Glusberg y Franco-. Dentro de la saga de tributos, no podía faltar uno dedicado a Leopoldo Lugones. Lo interesante es que en este número, Samuel Glusberg, comienza a prefigurar un tipo de operación de rescate de Lugones, que tanto él como Luis Franco o Ezequiel Martínez Estrada seguirían utilizando a lo largo de los años. En su editorial, el inmigrante de origen judío, mete una cuña entre el poeta soberbio y el hombre que clama por el retorno de la espada, que empieza a soñar un mundo hecho en base a orden y fanfarria. Desde jóvenes, los tres hermanos menores de la *“Hermandad”*, utilizarían

²⁵ “Reportaje a Luis Franco”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, Segunda época, Buenos Aires, n°13, Buenos Aires, julio de 1923.

²⁶ “Reportaje a Luis Franco”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, Segunda época, Buenos Aires, n°13, Buenos Aires, julio de 1923.

este recurso para malabarear con la problemática deriva política de su maestro²⁷. Horacio Quiroga, otro de los númenes de los *frates*, también sería homenajeado. Samuel Glusberg tuvo el gesto en aquellos años, no sólo de homenajear a consagrados del mundo literario, sino que militó las figuras de sus compañeros jóvenes como Ezequiel Martínez Estrada y Luis Franco. El santafesino y el catamarqueño recibirán sus respectivos números de homenaje en la revista.

El número de homenaje al poeta de Belén, coincidió con el último número de la revista. Después de casi diez años, en 1929, en los albores de una década que sería testigo de enormes cataclismos sociales y sobresaltos políticos e históricos, la revista dirigida por Samuel Glusberg -ahora rebautizado como Enrique Espinoza, algunos dicen en homenaje a su admirado filósofo Baruch Spinoza y otros dicen que lo tomó de un geógrafo chileno- dejaría de aparecer. El número homenaje a Franco era un *collage* de notas de distintos tiempos y autores muy diferentes. Pero toda composición, todo *collage* remite en su fragmentariedad a ciertos sentidos. ¿Qué imagen late en este universo disperso de notas? La primera intervención despunta con una nota de Glusberg/Espinoza. Homenaje cerrado que su amigo rinde al poeta del interior. Pero lo que llama la atención es cómo el editor comienza a abonar la idea de un poeta inmenso que no es legítimamente reconocido, tanto porque era un hombre del interior —al cual tampoco le interesó frecuentar las pasarelas de artistas e intelectuales-, como porque siempre se había mostrado esquivo a los “toma y daca” de la política. Diría Glusberg en ejercicio puro de retórica: “¿Qué importa que tras de tanto libro ningún ministro de Justicia e Instrucción pública se haya acordado de asegurarle a Franco una estadía segura y definitiva en Buenos Aires? La verdad es que el poeta -ajeno a toda política- ha sabido despertar simpatías más valiosas y este número es una cabal demostración de ellas”²⁸. Otros artículos del homenaje celebran su libertad, su carácter iconoclasta, su ética que lo aleja de todo conformismo burgués. De a poco, aparecen los trazos de una imagen de Franco como el solitario escritor de Belén, una especie de Thoreau andino: “Lo veo en su biblioteca, cuya estantería salió de sus manos, recién apeado de su caballo que resopla afuera, sentarse, calzadas aún las espuelas, enfrentando las sombras del Cellini y del animador de Calamus, al lado de sus caramañolas y sus

²⁷ Glusberg, Samuel “Un homenaje y una reedición”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, Segunda época, Buenos Aires, n°19, mayo de 1926.

²⁸ “Hace diez años”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, año IX, n°29, Buenos Aires, 1929.

escopetas de caza, cerca de su perro acegando a compás de la pluma que trota ya de avanzada...”²⁹.

Otros de los ensayos, el del escritor Héctor Eandi, desde el comienzo se preguntaba por el silencio, la poca acogida que ha nimbado al poemario “*Nuevo mundo*”, publicado por Franco en 1927. ¿A qué se debía este acorazado silencio que parecía sellar la obra del poeta? Y para Eandi quizás se debía a que: “*este libro no encaja en ninguna de las ortodoxias reinantes. Ni en la que se ha dado llamar nueva sensibilidad, ni en la de los otros*”³⁰. La producción poética de Franco podía dialogar con la de las vanguardias, pero sin abandonar nunca cierto espíritu clásico y su suelo panteísta. Para este crítico, el hecho de que este libro acogiera diferentes influencias, lo volvía bastante difícil de encasillar, lo que también contribuía a su escamoteo. Dentro de las notas que pueblan la revista, no podía faltar la loa que Lugones le había dedicado en “*La Nación*” en 1923 y que tituló “*Un poeta pagano*”. De alguna manera, como antes dijimos, estos gestos lugonianos fueron un pasaporte para que la obra de Franco pudiera circular en el mundo cultural de esos años. Por último, cierra el homenaje un escrito de César Tiempo, otra figura importante del mundo poético e intelectual de la Argentina de los años veinte y treinta. Tiempo repasa la poesía franquiana, desde sus inicios a “*Los trabajos y los días*”, donde resalta su belleza, sus temas y ritmos que destilan para él una especie de “panteísmo erótico”. El autor de los versos que se habían hecho famosos bajo el seudónimo de Clara Beter, recuerda una charla con el catamarqueño: “*conversador inagotable, de verba un tanto arbolonada, Franco comenzó a disparar flamígeros desde la rueda dominical, pulverizando próceres y momias sedentes de nuestro vasto museo literario*”³¹. Si algo se vuelve a transparentar en el recuerdo de César Tiempo, es una forma de intervención en el debate intelectual que Luis Franco fue afilando con el paso del tiempo. La idea que imperó en él – y que también hallaría eco en su forma de concebir la labor histórica- fue que la crítica literaria e intelectual debía ser reacia a compromisos y dobleces. Animado por cierta ilusión jacobina, para Franco, la labor del crítico – como de quien hurgara en el pasado- era un trabajo de zapa, de destrucción de los viejos cimientos.

²⁹ Juárez, Mario “Un poeta alciónico”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, año IX, n°29, Buenos Aires, 1929.

³⁰ Eandi, Héctor “El “nuevo mundo” de Luis Franco”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, año IX, Buenos Aires, n°29, 1929.

³¹ Tiempo, César “Coplas del pueblo”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, año IX, n°29, Buenos Aires, 1929.

Las tenues relaciones con el martinfierrismo

Pensar el recorrido de Luis Franco en la década de 1920, nos lleva a preguntarnos cuál fue el vínculo que Franco entabló con las revistas señeras de la vanguardia que brotaron en esos años. Luis Franco nunca publicaría en *Prisma* (1921-1922). Tampoco lo hizo en *Proa*, ni entre los primeros tres números que salieron entre 1922 y 1923, ni en su segunda época a partir de 1924. Donde no sólo colaboró, sino que fue uno de sus fundadores, fue en *Martin Fierro*, legendaria publicación de la vanguardia argentina (Romano, 1984). Dentro de las primeras tiradas de la revista, aparecería una nota titulada: *¿Quién es Martin Fierro?* Texto hecho en tono de manifiesto, declaración de principios que demarca el territorio de los nuevos, de los alquimistas de la nueva cultura. La proclama fue labrada por Evar Méndez y rezaba en tono programático: “No repetiremos nuestro programa: lo iremos realizando (...) En las filas del grupo figura la gran mayoría de los valores de la avanzada intelectual con que cuenta el país; todos los notables poetas argentinos; los mejores prosistas nuevos; los representantes de las ideas más modernas en cuestiones científicas y filosóficas; los creadores de nuevas formas y normas estéticas; los revolucionarios en literatura y artes plásticas; en oposición al espíritu reaccionario o conservador”³². En el texto hay un apartado denominado “El núcleo activo de Martin Fierro”. Ahí aparece una ringlera de nombres, entre los que se destacan los fundadores de la revista. Ahí se consignan los nombres de Leónidas Campbell, José Cairola, Oliverio Girondo, Hipólito Carambat, Ernesto Palacio, Pablo Rojas Paz, Evar Méndez y nada menos que Luis Franco. También el catamarqueño, figuraba entre los primeros sostenedores del proyecto, en una nómina que también incluía Samuel Glusberg y paradójicamente a Leopoldo Lugones.

Si bien Franco aparece entre los fundadores de la revista, sus participaciones en ella no fueron muchas. En su tercer número, Evar Méndez le dedicaría un espacio al catamarqueño en el “Cementerio de Martin Fierro”, donde en el acostumbrado tono jocosos que caracterizó al *martinfierrismo*, Méndez cincela el epitafio del poeta por una muerte acaecida a causa de un “cólico de versos de Ricardo Rojas”³³. En el número siguiente, aparecían algunas traducciones de poemas hechas por Franco. Desde los años mozos en Catamarca, Luis Franco despuntó el vicio de traductor. Fue una práctica que mantuvo a lo largo de su vida y siempre de forma autodidacta. Para esta tirada de

³² Méndez, Evar “¿Quién es Martin Fierro?”, en *Martin Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre*, Buenos Aires, Año I, n° 12-13, octubre-noviembre de 1924.

³³ Méndez, Evar “Cementerio de Martin Fierro”, en *Martin Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre*, Buenos Aires, Año I, n°3, abril de 1924.

Martin Fierro tradujo del francés versos de los poetas simbolistas Albert Samain y Jean Moréas³⁴.

Después de varios números, Franco reaparecería con una crítica de los versos de Nicolás Olivari. Fiel a un estilo punzante y polémico, que como antes remarcamos iría perfeccionando en los años posteriores, abría su artículo despachándose a gusto contra los críticos literarios, contra la prensa especializada que bendecía y pontificaba las nuevas apariciones de la literatura. Dijo con pleno ademán de incorrección política “*La característica prócer de la crítica nacional es su generosidad incontenible como una diarrea (...) Los libros de versos, muy en particular merecen toda la benevolencia vegetariana del crítico, que es muchas veces un poeta abortado o tronado*”³⁵. Desde joven Franco pareció no sentirse cómodo con los modales de diplomático o los juicios mesurados que esconden tras su templanza el contrabando de futuros favores. Más allá del comentario, Franco reivindicaba “*La musa de la mala pata*”, poemario de Olivari publicado por la editorial Martin Fierro. Le criticaba algunos elementos de su poética, como ciertas imágenes realistas que se repetían hasta el cansancio o su excesivo apego a la rima. Pero le reconocía frescura, lozanía a sus poemas; le valoraba su intento de cruce entre el sentimentalismo y el humor. En suma, Franco no dejaba de saludar los versos de Olivari, pero para él, la función de la crítica, era exigir al arte; la crítica tenía que alimentar la intrepidez creativa de un verdadero artista, no anestesiar su ingenio haciéndolo pastar en su propio ego.

Pero si bien Luis Franco aparecía como uno de los fundadores de *Martin Fierro*, su participación lejos estuvo de ser estelar. ¿Por qué sus intervenciones fueron contadas? Podemos aventurar algunas hipótesis para intentar comprender esta distancia. Quizás el catamarqueño nunca se sintió cómodo con el modelo de intelectual que promovía la revista, con el tono burlón y por momentos elitista que recorre sus páginas. Quizás adhirió en un primer momento algunos de sus principios, cuando *Martin Fierro* iba tanteando sus formas. A medida que el espacio iba radicalizando y afinando su programa estético-ideológico, en igual medida el joven poeta tomaba distancia de la misma. A inicios de los años 20, Luis Franco era un poeta que se estaba construyendo, un poeta que se definía por su clasicismo y su reivindicación de la naturaleza más que por una búsqueda de renovación estética como el *martinfierrismo*. Un elemento clave

³⁴ *Martin Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre*, Buenos Aires, Año I, n°4, mayo de 1924.

³⁵ Franco, Luis “Un poeta de Buenos Aires”, en *Martin Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre*, Buenos Aires, Año IV, n°37, enero de 1927.

para pensar la raleada presencia de Franco en la revista, es la relación que el poeta venía construyendo con Lugones, más teniendo en cuenta que a partir de 1923 el joven entraría a trabajar con él a la “Biblioteca del Consejo Nacional de Educación”. En la vida de Luis Franco, en la conformación de su personalidad intelectual y en su inserción en el mundo de las letras, Leopoldo Lugones jugó un rol clave. Como veremos más adelante, el poeta de Belén siempre tratará de redimirlo, de salvarlo como artista sin dejar de condenar sus veleidades filo-fascistas. Teniendo en cuenta esto, es posible pensar que las críticas que dirigieron algunos nombres de *Martin Fierro* a Lugones – sin nunca dejarlo de ponderar- como también a Quiroga, lo hayan puesto al catamarqueño en un lugar por demás de incómodo. Muy posiblemente, Franco haya optado por permanecer cerca de “*Martin Fierro*”, como una forma de hacerse un lugar en el campo intelectual. Para un poeta joven, venido del interior, la revista fungía como un lugar de consagración, un trampolín de futuras derivas. Claramente las revistas que animó la vanguardia, funcionaron como muestrarios de talentos, espacios de consagración entre pares, cuestión que Franco seguramente había calibrado a la hora de mantenerse al reparo de la publicación.

Luis Franco, como fuimos viendo, entró y se consolidó en el mundo intelectual de una manera particular. Su forma de inserción no es similar a las de algunas figuras que pulularon en revistas como *Proa* o *Martin Fierro* y que construyeron un espacio de legitimidad en el campo a partir de trazar una diferenciación, un combate con las viejas figuras reinantes o reivindicándose como portadores de lo “nuevo”. Tampoco su forma de inserción se parece a la que reivindicaron los escritores vinculados al mundo de “*Boedo*” (Gilman, 2006). Estos no pararon de realzar su carácter de hijos de inmigrantes, “hijos del mundo del trabajo” que hacían sus primeras armas en la cultura y reclamaban un nuevo lugar como recién llegados. A diferencia de todas estas figuras, Franco había dado sus primeros pasos intelectuales en Catamarca, donde el proceso de modernización que afectó a los grandes centros urbanos se volvía por demás de esquivo. Por otra parte, algunos de los grandes maestros que reivindicó el catamarqueño para construir su universo poético, pertenecían a “generaciones” literarias anteriores como Leopoldo Lugones o Enrique Banchs, que en el transcurrir de los veinte, se fueron convirtiendo en destinatarios frecuentes de los dardos insidiosos y las mofas constantes de la jocosa vanguardia. Además, a esto se le agrega que los temas de la poesía franquiana fueron bastante esquivos a los que ponderaron los grupos de vanguardia o los escritores afectos al realismo. En la poesía de Luis Franco hay una plena

consustanciación con la naturaleza, una reivindicación de los espacios rurales y agrestes por sobre los escenarios urbanos que deleitaban generalmente a los poetas de vanguardia o a los “boedistas”. Los primeros poemarios de Franco se inscriben abiertamente en un registro clásico que poco tiene que ver, por ejemplo, con el fundamento de lo *nuevo* que reivindicaba el martinfierrismo. Pero si estos elementos lo separaban abiertamente de los núcleos de “Boedo” y también en algunos puntos de la vanguardia, igual podemos hallar ciertos puntos de contacto sobre todo con el *martinfierrismo*. Por ejemplo, la poesía de Luis Franco nunca asumiría un tono pedagógico ni presentaría en los primeros años amarres políticos claros. Lo político es algo que resplandecería posteriormente en la poesía franquiana.

Recorrer las colaboraciones de Luis Franco en algunas revistas que se desplegaron en los años 20 nos sirve para pensar algunas cuestiones. En primer lugar, que a diferencia de muchos escritores y ensayistas que para insertarse en el campo intelectual hicieron un tenaz esfuerzo de ascenso desde la periferia al centro, en el caso de Franco su reconocimiento fue muy temprano y su figura adquirió rápidamente cierta centralidad. Cotejar esta cuestión hace que aminoremos una construcción y un sentido muy fuerte que se instalaron sobre su figura y su obra en los años posteriores, es decir, la de Franco como un marginal de cualquier ámbito, un verdadero esquimal de la cultura. Lo paradójico de la singladura intelectual de Franco es que hizo casi el movimiento contrario al que sueñan los intelectuales: desde el trono del reconocimiento se escabulló a tierras más vírgenes y periféricas de la cultura. Y ese movimiento remitió a una decisión en gran parte estética y política que se plasmó en los años 30. En segundo lugar, cotejar la presencia de Franco en estas revistas como por ejemplo *Martin Fierro*, pasando por la primer *Babel*, nos sirve para desgranar la idea de que el paisaje literario e intelectual de la Argentina de 1920 fue el escenario de batalla donde se enfrentaron dos bloques culturales autosuficientes y homogéneos. Cuando nos adentramos en ese escenario intelectual, más que hallarnos ante macizos culturales cerrados sobre sí mismos, hallamos más bien un mapa intrincado, hecho de fronteras lábiles, por demás de porosas.

Insistimos que reconstruir la presencia de Franco en el campo intelectual es tan ilustrativo como cotejar sus ausencias. En este sentido, hay una serie de eventos que merecen ser pensados para entender mejor la figura esquiva de este intelectual catamarqueño. En septiembre de 1928 se celebró en Buenos Aires la Primera Exposición Nacional del Libro. Samuel Glusberg jugó un papel de primer orden en la

organización de este evento. También otros miembros de la “Hermandad” tuvieron algunas actuaciones, por ejemplo Lugones y Quiroga fueron conferencistas en el evento y Martínez Estrada también acompañó a Glusberg en este emprendimiento cultural. De todo el “quinteto intelectual”, el único ausente fue justamente Luis Franco³⁶. Poco después, en octubre de 1928, se fundó la S.A.D.E (Sociedad Argentina de Escritores). En la creación de esta institución los miembros de la “Hermandad” tuvieron un papel clave. Leopoldo Lugones fue su primer presidente y Horacio Quiroga el vice-presidente. Samuel Glusberg asumió el papel de secretario de la flamante organización y Ezequiel Martínez Estrada, si bien tuvo un rol mucho más lateral, no dejó de acompañar el intento de fundar una instancia gremial de los escritores³⁷. Otra vez quién brilla por su ausencia es el poeta de Catamarca. ¿Cómo entender la no presencia de Franco en estos eventos que convocan a la “Hermandad”? ¿Fue Luis Franco la figura más periférica dentro de las jerarquías de la “Hermandad”? Horacio Tarcus resalta que dentro de esta cofradía intelectual Luis Franco constituyó la figura más excéntrica dentro de la “familia”. ¿Esto pudo contribuir a ralearlo de algunos espacios y eventos? ¿O simplemente Franco se negó a este tipo de convite, prefigurando de alguna manera un modo de intervención intelectual, basado en el rechazo a cualquier forma de institucionalización como forma de preservar ciertos grados de autonomía? ¿Desde joven Franco despreció las instancias corporativas de la intelectualidad, donde percibió más una ergástula que una posibilidad? ¿Fue de todos los miembros de la “Hermandad” la figura más reacia a participar de los ámbitos de sociabilidad del mundo literario e intelectual? ¿El rechazo a ciertos ámbitos estuvo en función de empezar a cincelar una imagen de escritor solitario y autosuficiente que acompañó al catamarqueño hasta el final de sus días? Puede verse en la no participación de Franco por ejemplo en la S.A.D.E ¿la negación del poeta a participar en una instancia que trace una política de la literatura, con sus jerarquías y sus afueras? Es difícil responder de manera unívoca ante estas dudas. Antes que respuestas cerradas a estos interrogantes vivos, antes que presentar supuestas hipótesis macizas, preferimos sostener la pregunta, el tartamudeo convincente de la interrogación.

³⁶ Entre 1927 y 1928 Samuel Glusberg editó la revista “Cuadernos literarios de Oriente y Occidente”. En este emprendimiento de corta duración Glusberg y Lugones tuvieron un rol preponderante. También llegó a participar Martínez Estrada. Fueron Horacio Quiroga y Luis Franco los únicos que no dejaron su firma en la publicación.

³⁷ Para la fundación de la S.A.D.E véase Nállim, 2003 y Tarcus, 2009, Fiorucci, 2011.

Consolidación de una voz poética y la apuesta de *La vida literaria* (1928-1932).

Durante la segunda mitad de los años veinte, Luis Franco no dejaría de escribir y producir. En 1926 publica *Los hijos de Ilastay* también por editorial B.A.B.E.L. Como en tantos otros trabajos de Franco, la naturaleza ocupa el centro del relato y se entrecruza con la cosmogonía andina. En 1927, edita *Coplas del pueblo* (1920-1926)³⁸, poemario editado por el sello de Manuel Gleizer. Gleizer, al igual que Glusberg, era un inmigrante de origen judío que había nacido a fines del siglo XIX en Besarabia. Después de ejercer varios oficios a principios de los 20, fundó “La cultura”, librería que se convertiría en un espacio de sociabilidad de los escritores de la época. En su labor de editor, Manuel Gleizer desarrolló un amplio catálogo que no sólo incluyó a intelectuales consagrados sino también a muchos de sus contemporáneos jóvenes. En su sello aparecieron libros de Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges, Raúl González Tuñón, Macedonio Fernández, Leopoldo Lugones y Roberto Payró. Con anterioridad remarcamos cómo este editor, junto a otros apellidos como Glusberg, Zamora, Torrendel y Samet, fueron no sólo los grandes editores de los años 20 sino también responsables en gran medida del proceso de modernización que afectó a la industria editorial durante esa década (Delgado, 2014 y Dujovne, 2014).

En el arco de tiempo que se abre entre 1920 y 1930, Luis Franco no circuló en pequeñas editoriales, en minúsculos espacios de edición hechos en gran parte a base de espíritu militante, sino que sus libros ocuparon un lugar importante en los catálogos de algunas de las grandes editoriales de su tiempo, que se caracterizaron no sólo por su buena circulación, sino también por la calidad y baratura de sus ediciones, por la amplitud de sus catálogos y por lo abultado de sus tiradas. En 1927, el nombre de Franco integró la antología poética compilada por Pedro Juan Vignale y César Tiempo que se conoció como *Exposición de la actual poesía argentina (1922-1927)*³⁹. En este trabajo, Vignale y Tiempo, no sólo reunieron a algunos de los grandes nombres de la poesía de ese momento tratando de ir más allá del corte entre “Florida” y “Boedo”, sino que en pleno ejercicio de brujería o nigromancia, prefiguraron y apuntalaron parte del parnaso poético del mañana. Algunos de los nombres que figuraron en la antología fueron Álvaro Yunque, Oliverio Girondo, Ángel Guido, Luis Cané, Alfredo Brandán Caraffa, Conrado Nalé Roxlo, Cayetano Córdova Iturburu, Norah Lange, Horacio Rega Molina,

³⁸ Franco, Luis *Coplas del pueblo* (1920-1926), Manuel Gleizer editor, Buenos Aires, 1927.

³⁹ Vignale, Pedro Juan y Tiempo, César (comps.) *Exposición actual de la poesía Argentina (1922-1927)*, Ed. Minerva, Buenos Aires, 1927.

José Pedroni, Gustavo Riccio, Eduardo González Lanuza, Leopoldo Marechal, Enrique Amorim, Jorge Luis Borges, Nicolás Olivari, Carlos Mastronardi, Jacobo Fijman, Raúl González Tuñón, Guillermo Juan, Eduardo Keller Sarmiento y Ricardo Molinari, entre varios otros.

En 1928 apareció *Los trabajos y los días* en la editorial B.A.B.E.L. De alguna manera este libro, para Samuel Glusberg, cerraba el ciclo de formación de Luis Franco⁴⁰. Poema escrito en versos alejandrinos, donde Franco, fiel a su panteísmo, canta a la tierra, al fruto de su vientre, al sosiego de la vida campesina, a la belleza variada y multiforme que brota de la complejidad de la flor, de la musicalidad del manantial, del trino soberbio del pájaro, del canto del gallo, que al decir de Franco son “*esos golpes de yunque con los que se forja el día*”. Como remarca Beatriz Correas las escenas de la vida aldeana y campesina se repiten y en sus páginas aparecen tejedoras y herreros, arrieros y carpinteros, lavadoras y talabarteros (Correas, 1962: 99).

Los trabajos y los días se caracteriza por una serie de versos sencillos que celebran la vida, el lento transcurrir de las cosas, la capacidad creadora de la naturaleza:

“*Todo lo da su sacra voluntad genitiva:
Del rosal a la higuera y del apio a la oliva;
morena es, pero ciñe todo color y es blonda
cuando como una oveja da el vellón de sus mieses;
Cantando en torno suyo danzan los doce meses;
Se enjoya de rocío, se corona de fronda
y se viste de avena, de frumento y de lino;
La ropa de los lirios teje con pulcro afán,
y como el nazareno, hace del agua vino,
y del terrón más duro hace pan,
y aún enseña a los pájaros el gay saber del trino.
Cierto que bajo el frío o la sequía gime
su dolor, pero el cielo es un esposo sublime:
le manda el sol en muda gloria o la bendición
de la lluvia que llega con rumor de oración.*”⁴¹

⁴⁰ Glusberg, Samuel “Poesía y realidad de L. Franco” en *Verdad y poesía de Luis Franco*, Carmelo Di Vruno editor, Buenos Aires, 1941.

⁴¹ Franco, Luis “Canto de gracias” en *Los trabajos y los días (1920-1926)*, Editorial B.A.B.E.L, Buenos Aires, 1928, p., 12.

Este poemario tendría acogida en la hoy legendaria *Amauta*, revista publicada en Lima entre 1916 y 1930 bajo la dirección de José Carlos Mariátegui, que tuvo como objetivo conjurar, en sus páginas, las búsquedas de las vanguardias estéticas y políticas tanto latinoamericanas como del resto del mundo (Beigel, 2006 y Terán, 2017). En la reseña que María Wiese hace del libro, se exaltan estas mismas cualidades: “*Versos estos, amplios y robustos de poeta rural. Versos que anima el amor a la tierra generosa, al sol resplandeciente, a la espiga, al agua, al árbol. Hoy que casi todos los poetas cantan a la máquina y el deporte, o ensayan ironías para ocultar su dolor, el lírico de Los trabajos y los días sale al campo y su voz, grávida de emoción, murmura una plegaria ante el universo magnífico*”.⁴² La presencia de un poemario de Luis Franco en una revista como *Amauta* nos sirve para mensurar el peso que las redes intelectuales construidas por Samuel Glusberg tenían en la circulación de su obra.

Desde el título del libro Luis Franco intentaba entroncar con la poesía de Hesíodo. El poeta griego también había sabido cantar a las labores agrícolas y la vida sencilla. Pero la presencia y la reivindicación del helenismo, iba mucho más allá del juego de emparentarse con los poetas clásicos de la antigüedad. Tengamos en cuenta que en la década del 20 el “helenismo” era un espíritu de época que sobrevolaba en América Latina por varios motivos. La reivindicación del mundo clásico formó parte de la reacción anti-positivista que empezó a extenderse en el continente a inicios del siglo XX. El helenismo como discurso e ideal se hallaba presente tanto en el “Arielismo” como en la retórica de algunas franjas del reformismo universitario. A la vez, el mundo clásico estuvo siempre presente en dos autores claves de la formación franquiana, por un lado Friedrich Nietzsche y por el otro Leopoldo Lugones. Este último hizo jugar una y otra vez la tradición clásica en sus poemas y en su visión del mundo y le dedicó un libro llamado “Nuevos estudios helénicos”, editado por Glusberg.

La vida literaria fue otras de las publicaciones animadas por Samuel Glusberg. Su tiempo de vida fue de 1928 hasta 1932. La revista fue dirigida por Glusberg/Espinoza y, posteriormente, en los años 30, se sumarían al equipo directivo Arturo Cencela y Ezequiel Martínez Estrada. En su carta de presentación social decía: “*Se trata de hacer aquí, en nuestro Buenos Aires, un periódico de especialización literaria, completamente libre. Eso es todo. Claro que aprovechando la dura experiencia de los periódicos europeos de igual índole (...) Pero con espíritu americano, argentino, y sobre todo,*

⁴² Wiese, María "Los trabajos y los días de Luis Franco", *Amauta*, N° 24, Lima, junio de 1929.

porteño”⁴³. Muchos de los nombres que le dieron vida y sentido a este espacio, ya habían colaborado con otros emprendimientos de Samuel Glusberg. Pero, a diferencia de sus proyectos anteriores, en *La vida literaria* fueron cobrando creciente peso distintos autores americanos, lo que fue consolidando algunas de las redes intelectuales pacientemente trabajadas por Glusberg/Espinoza (Tarcus, 2009: 29). En la revista descollaron artículos de Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Waldo Frank, José Carlos Mariátegui, Franz Tamayo, Pedro Henríquez Ureña, Ernesto Montenegro, Marta Brunet, Jorge Mañach, Mariano Picón Salas, Juan Marinello, Mariano Latorre, Félix Lizaso, Alejo Carpentier, Estuardo Nuñez, Mariano Azuela. También, a diferencia de otras revistas que ayudaría a levantar Glusberg, en *La vida literaria*, lo político en un sentido amplio empieza a resonar con más fuerza entre sus páginas.

Luis Franco fue una de las columnas escriturales que estructuraron el proyecto de *La vida literaria*, con más de diecinueve colaboraciones en los cuarenta y tres números que llegaron a salir. Franco ya aparece en el primer número de la revista, con la publicación de dos poemas⁴⁴. Cotejar sus participaciones en esta publicación nos sirve, entre otras cosas, para pensar y mensurar su proceso de politización. En la revista aparece una de las primeras intervenciones historiográficas de Franco, un rescate de Sarmiento -gesto que siempre compartiría con Lugones y Martínez Estrada. La nota histórica versaba sobre los viajes de Sarmiento a Estados Unidos. Para el catamarqueño, la visita del sanjuanino al país del norte no había hecho más que afilar, en el futuro prócer, la convicción “del atraso” de los países hispanoamericanos en relación a Europa y los Estados Unidos. ¿Cómo se manifestaba el atraso? “*Desgobierno inimitable. Caciquismo y fanatismo. Analfabetismo arcádico. La cultura confundida con el claustro y los latinajos*”⁴⁵. Pero, además, la estancia en el país del norte, le habría servido a Sarmiento para calibrar de manera más honda los efectos de la colonización española sobre nuestro continente. A diferencia de su viaje por Estados Unidos, cuando Sarmiento visita España palpa exactamente lo contrario: “*La extrema postración del cuerpo español. El pueblo campeón, el exclusivo concesionario de un dios flaco que ha esterilizado sus tierras de labor y el vientre de sus mujeres, ha perdido el sentido de la tierra y en la*

⁴³ “Dos palabras por la dirección” en *La vida literaria. Crítica información, bibliografía*, Buenos Aires, Año I, n°1, primera quincena de julio de 1928.

⁴⁴ Franco, Luis “*Caballero*” e “*Idilio*”, en *La vida literaria. Crítica información, bibliografía*, Buenos Aires, Año I, n°1, primera quincena de julio de 1928.

⁴⁵ Franco, Luis “*Sarmiento entre los yanquis*”, en *La vida literaria. Crítica información, bibliografía*, Buenos Aires, Año II, n°15, octubre de 1929.

Europa moderna es una supervivencia medieval”⁴⁶. A contrapelo, Sarmiento en Estados Unidos se topa con kilómetros de vías férreas, cierto nivel de escolarización y un interesante desarrollo científico. En la crítica a la colonización española del continente, se plasmaba el intento franquiano por desmarcarse de la reivindicación de la tradición hispánica y católica que venía levando en la Argentina de esos años. En sintonía con Sarmiento, con ciertas franjas del liberalismo y de las izquierdas, Franco veía en lo hispánico y lo católico el lastre insoportable del atraso.

En el mismo artículo y en plena maniobra política-intelectual, Luis Franco intentaba distinguir entre el pueblo norteamericano y sus gobernantes, un viejo recurso al que muchos han apelado una y otra vez. ¿Qué intentaba Franco con este procedimiento? Durante la década de 1920 sobrevoló en la atmósfera cultural de América Latina un fuerte antinorteamericanismo. En ese marco, Luis Franco -al igual que otros intelectuales de su época en los años 20- buscó tender puentes culturales y políticos con ciertos sectores de la cultura progresista de los Estados Unidos (Bergel, 2011). Ahí cobraba sentido la ponderación de Lincoln, pero también de un conjunto de pensadores y literatos como Henry David Thoreau, Ralph Emerson, Walt Whitman y Waldo Frank. Este último se convertiría en un personaje cultural de importancia en la América Latina de los años 20 y sería Samuel Glusberg, entre otros, quien se encargaría de levantarlo desde algunas de sus revistas y promoviendo algunas de sus giras.

Otra pieza a rescatar entre las participaciones de Franco, es la carta que un grupo de intelectuales le habían mandado al presidente Hipólito Yrigoyen pidiéndole que le otorgara a Leopoldo Lugones la dirección de la Biblioteca Nacional, a partir de la muerte de Paul Groussac. Por supuesto que Franco y todos los miembros de la “Hermandad” firmaron la carta rubricando el pedido⁴⁷. Un punto alto de las colaboraciones de Franco en la revista fue en el número homenaje aparecido tras la muerte de José Carlos Mariátegui. Comienza su elegía, sin dejar un ápice de duda en torno al valor de esta figura: *“Ha muerto cuando comenzaba a ser indispensable” (...) José Carlos Mariátegui, hombre doloroso y puro, cuerpo agostado y corazón caudaloso, frente de plata y voluntad de diamante, intelectual que difiere de los otros misteriosamente como el radium de los demás metales. ¡Qué fervor de justicia! ¡Qué vocación de sacrificio! (...) José Carlos Mariátegui, alma estremecida como una*

⁴⁶ Franco, Luis “Sarmiento entre los yanquis”, en *La vida literaria. Crítica información, bibliografía*, Buenos Aires, Año II, n°15, octubre de 1929.

⁴⁷ “Biblioteca Nacional”, en *La vida literaria. Crítica información, bibliografía*, Año II, n°16, Buenos Aires, noviembre de 1929.

bandera, vida de amor, de miseria y de esplendor, hombre de hierro y de lágrimas”.⁴⁸

La tónica del homenaje nos hace pensar en el proceso de politización de Luis Franco. Al igual que con Whitman, la figura de Mariátegui está casi recortada de su medio social. No era reivindicado en tanto militante revolucionario o marxista obcecado en pensar la singularidad latinoamericana. Más bien, era levantado en una dimensión individual, donde se reivindicaba su estatura ética e intelectual, su autonomía y su personalidad poderosa antes que su capacidad de organizador, de traductor del marxismo a la realidad andina, donde fue capaz de echar andar a Marx y Sorel por los escarpados caminos del mundo popular y cultural andino. Sin embargo, esta oración fúnebre, no puede ser pensada sino como ademán político, paso determinado en el largo proceso de politización de Luis Franco. Este gesto de rescatar a Mariátegui, sería un puente que algunos años después lo hermanaría también con las primeras huestes trotskistas del continente, ya que serían una de las pocas que durante los años 30 se aprestarían a reivindicar algunos trazos del pensamiento mariateguiano. En ese número de la revista también despedirán a Mariátegui con sus plumas Leopoldo Lugones, Alberto Gerchunoff, Ezequiel Martínez Estrada, Horacio Quiroga, César Tiempo y Enrique Espinoza entre varios otros.

Teniendo en cuenta estos escritos, sus primeros tanteos históricos, sus vinculaciones con algunas figuras del campo intelectual, cabría preguntarnos qué relación montó el poeta con la política durante la década de 1920. En estos años de formación, Franco fue lentamente rozando la política en un sentido amplio. Era un joven que brillaba por su inconformismo militante, su laicismo, su sensibilidad anti-burguesa, su hondo sentido de libertad. Ese moroso proceso de politización que realizó Luis Franco se fue alimentando en base a algunos de los grandes hechos sociales y políticos que se desovillaron en su época, desde las hondas consecuencias de la “Gran Guerra” que se hicieron sentir con fuerzas en todo el mundo, pasando por los ecos atronadores de la revolución de Octubre de 1917 que marcaría una cesura en la historia mundial y cuyas reverberaciones políticas tendrían profundas consecuencias en la vida política e intelectual de todo el orbe; a esto se sumaría el crack del 29 y sus efectos dislocadores sobre la economía argentina, cuya manifestación más abrumadora sería la crisis del modelo agroexportador. Esta crisis no sólo fue la de un modelo económico, sino que también significó el descalabro de un modelo de desarrollo que había alimentado las

⁴⁸ Franco, Luis “Elogio hecho elegía”, en *La vida literaria. Crítica información, bibliografía*, Año II, n°20, Buenos Aires, mayo de 1930.

ilusiones de la Argentina. A este panorama explosivo, se sumaría, a inicios de la nueva década, el derrocamiento del gobierno radical con el golpe de Estado de 1930 y la apertura de un ciclo político marcado por la represión y el fraude que volvían todavía más asfixiantes el clima social y político del país. A diferencia de otros intelectuales, Luis Franco hizo un proceso de politización sumamente lento, casi por goteo. En el transcurso de la década de 1920 se fueron hilando lentamente una serie de preguntas vitales y políticas en su trayectoria que estaban en íntima comunión con los grandes acontecimientos sociales y políticos que se venían dando. El Luis Franco de los años 20 no era un hombre consustanciado con ningún credo político, era un joven poeta que había iniciado una búsqueda que tomaría determinados ribetes durante los años 30, atravesado por otro contexto, por otros debates y urgencias. Como bien resalta Campione: “*En su juventud no tiene una adscripción política definida, su afán contestatario tiene que ver con su lectura de Whitman o Nietzsche, no todavía con la tradición política de izquierda*” (Campione, 2008: 11).

De alguna manera, sus brumosas intuiciones políticas se plasmaron en “*América inicial*”, primer brote de su cosecha ensayística que se publicaría en 1931. “*América Inicial*” es la bitácora de un poeta que empieza lentamente a ser atravesado por los filos de la época. Hay algo lúdico que recorre este libro, como si Franco de manera despreocupada se hubiera dispuesto a exponer de forma prematura algunas ideas políticas, ciertas intuiciones históricas y algunos juicios estéticos. El libro apareció en 1931 y fue reconocido por un jurado de la Sociedad Argentina de Escritores – integrado por Leopoldo Lugones, Arturo Capdevila, Enrique Banchs y César Tiempo entre otros– con el premio Jockey Club al mejor libro del año, derrotando en la contienda a “*El hombre que está solo y espera*” de Raúl Scalabrini Ortiz⁴⁹. Es un ensayo atravesado profundamente por las lecturas de Nietzsche y la poesía de Whitman. Dentro del ensayo conviven, en una particular mezcla, nociones de un americanismo amplio, donde se reivindica cierta “unidad espiritual” de América. A la vez, el americanismo se entronca con una forma muy sutil de anti-imperialismo. También el texto está recubierto por cierto vitalismo, saturado de nociones espiritualistas que convivían con pizcas de aristocratismo –que le vienen de la pose lugoniana y también de las lecturas de Nietzsche–, cuestiones todas que habían saturado algunos discursos intelectuales y políticos desde la primera década del siglo XX a través del “Arielismo” o de ciertos

⁴⁹ “El premio literario del Jockey Club fue otorgado al escritor Luis Franco” en *La literatura Argentina. Revista bibliográfica*, Año IV, n°43, Buenos Aires, marzo de 1932. Disponible en AHIRA.

tópicos del reformismo. Este párrafo ilustra, en buena medida, la tónica del ensayo: *“Pero si hay algo más despreciable que la adulación a todas las bajezas de la plebe, que tanto hiede ahora, porque está bajo nuestras narices, es la credulidad babosa en las aristocracias falsas, tan plebe, como la plebe, porque están sustentadas por la sangre, la superstición, el dinero o la violencia y no por la única jerarquía verdadera: la del espíritu”*⁵⁰. En este particular trenzado de visiones y tradiciones que hizo Luis Franco en *América Inicial*, también hallaríamos algunas embestidas laicas e hispanóforas, que tenían como centro de sus críticas al nacionalismo católico que se hallaba en plena expansión a inicios de los años 30.

América Inicial estuvo dedicado a Glusberg/Espinoza. El ensayo arrancaba con una autobiografía del poeta, de la que merecen rescatarse algunos trazos: *“Yo, señor, hombre rasgado de ojos y de corazón, limpio de conciencia y de ahorros (...) En el colegio me aburrí tan descaradamente como un león de jardín zoológico. También en la facultad de derecho. También en el cuartel de artillería. (De ahí, sin dudas mis mejores defectos: mi vocación de soledad, tan chúcara; mi cargosa sospecha de incompatibilidad entre un profesor y un hombre de espíritu; mi entusiasta desapego por toda disciplina, como no sea la que uno mismo se impone, o si se quiere, por toda librea, sea de gendarme o de embajador. (...) La vida blanca y roja (no un negocio sino una aventura mágica, la vida) es mi mayor tentación, pero la palabra, y aún el pensamiento, tienen la privanza de mis horas tiradas en buscar un arte de tempestad y melodía (...) ¿Religión? Soy un impío capaz de escuchar devotamente por horas una cigarra, pitonisa del sol. (...) Una yunta de escopetas, otra de perros, un pavo real, que imanta todas las miradas, y una yegua lujosa de ímpetu como un ditirambo, agotan el censo de mis bienes (...) A veces sueño ser un hombre de hierro y de música. Pero ya he dicho que no creo en casi nada. Tal vez en la frivolidad maravillosamente trágica del amor. Tal vez en cualquier ídolo, Goethe, por ejemplo, o Whitman. Y eso es todo”*.⁵¹

La cita es extensa, quizás demasiado extensa. Pero en tiempos donde se pondera como valor la escritura de horma, toparse con estos apuntes vivifica el acto de leer. ¿Qué imagen soldaba Franco de sí mismo? ¿Cómo unía las piezas de su vida y su apuesta? De alguna manera la figura que tallaría aquí, sería la que sostendría hasta el final de sus

⁵⁰ Franco, Luis *América Inicial*. Arco, parábolas y otras curvas., Ed. B.A.B.E.L, Buenos Aires, 1931, p. 21.

⁵¹ Franco, Luis *América Inicial*. Arco, parábolas y otras curvas., Ed. B.A.B.E.L, Buenos Aires, 1931, Pp.7-9.

días. De la descripción emerge limpio el Thoreau andino, el poeta iconoclasta. ¿Por qué Franco trazaba en este momento esa imagen que lo acompañaría hasta el final de sus días? Podríamos pensar en un escritor que estaba mudando de piel. A poco de esto dejaría definitivamente Buenos Aires para radicarse por casi dos décadas en Catamarca y vivir del trabajo agrario en una pequeña finca familiar. El poeta que escribía esto era un intelectual que se estaba descentrando de ciertos lugares de reconocimiento que había alcanzado al interior del campo intelectual durante la década de 1920 y además empezaba a rozarse con la política de manera cada vez más constante. A la vez, la imagen del intelectual *outsider*, del Thoreau andino no puede dejar de pensarse como la construcción de una figura de autor, como una intervención política al interior del campo intelectual.

Pero evaluar estas cuestiones, aquilatarlas en el texto, no debe tentarnos con la fácil posibilidad de leer esta intervención –el aislamiento como política intelectual y vital– como un simple juego de auto-construcción para el mundo intelectual. Esto no haría más que empobrecer una obra y una figura por demás de compleja. No podemos desconocer la potencia performativa de este texto. Esta presentación de Franco fungía como un manifiesto, una declaración vital que intentaba fundar horizontes, rubricar nuevas derivas de vida. Ver en esta presentación solamente un ensayo de autopromoción o una nimia estrategia de lucha en el marco de rencillas menores que estructuran el campo intelectual, insistimos que es empobrecer el magma de sentidos de una vida y una obra. Como bien nos previene Dosse –discutiendo algunas tesis de Bourdieu– reducir las luchas intelectuales a una mera lógica de maximización de los beneficios en el marco de las tensiones del campo intelectual, lleva por una parte a que *“los compromisos de los intelectuales sólo son legibles a este nivel. Apuntan a esta lógica de campo sin la que se puede comprender los envites de las luchas que han tejido su historia. Estos juegos son negadores del “yo”, en la medida en que imponen su propia lógica implacable a los agentes, sin que ellos lo sepan”* (Dosse, 2007: 104).

Con su retiro a Belén, con sus crecientes y cada vez más virulentos ataques contra algunas figuras prominentes del campo intelectual y de sus lógicas de funcionamiento, Luis Franco contribuyó, en buena medida, a su propia marginación. Si bien su retiro a Belén y sus modales políticos favorecieron su aislamiento, Luis Franco en los años treinta siguió alimentando ciertos vínculos y puentes que le permitieron vadear el aislamiento intelectual de Belén. Sin embargo, estos matices, no ensombrecen la radicalidad del gesto franquiano. El poeta eligió en esos años construir desde un puesto

fronterizo, se arrancó la corona de laureles que conquistó en los 20 en pos de habilitar nuevas búsquedas personales, políticas y estéticas. Este hecho le otorga cierta singularidad a la trayectoria intelectual de Luis Franco. Si muchos hombres de letras se pasan la vida entera pugnando por conseguir ciertos lugares de reconocimiento, Franco hizo un camino cuasi contrario, se movió de desde ciertos espacios de consagración a zonas cada vez más lejanas e insulares del campo intelectual argentino.

Capítulo 2

De Lugones a Marx

“- Quien escribe vive en estado de insensatez. Quien hace la revolución, también”.
Andrés Rivera⁵²

Desde fines de los años 20, Luis Franco empezó a alternar su estadía en Buenos Aires con algunos viajes a su Belén natal. Aprovechó el tiempo en Buenos Aires para investigar sobre la figura de José María Paz, el personaje central de su primer ensayo histórico. A la vez, utilizaba sus retornos a Belén para terminar de darle forma a su proyecto de radicarse en Catamarca, que se terminaría plasmando en los primeros años de la década de 1930. Esta década fue fundamental en la singladura vital, política e intelectual de Luis Franco. Fue durante esta década cuando el poeta terminó de consustanciar su apuesta intelectual con la cuestión política. ¿Qué hechos nos permiten ver de manera nítida el encuentro de Franco con la política lo largo de estos años? Son varias las cuestiones que balizan ese tránsito: su retorno a Belén y su corrimiento de ciertos ámbitos intelectuales, el inicio de sus indagaciones históricas y su inmersión en el ensayismo, sus discusiones con Martínez Estrada en torno al rol del intelectual, su adscripción definitiva al marxismo, sus diálogos con las primeras huestes trotskistas, el impacto de la Guerra Civil Española en su obra y su conciencia y sus primeros intentos, esbozos, por fundir arte y política.

En los primeros años de la década del '30, como dijimos, Luis Franco retornó a Belén, en un largo retiro que se extendió hasta principios de 1950. La vuelta a Belén puede leerse como una especie de ostracismo auto-impuesto, como una apuesta vital que implicaba el descorrimento de ciertos ámbitos del campo intelectual. Su retorno dejó pasmados a muchos de sus amigos y generó fuertes resistencias en su entorno familiar. Para una familia del interior, que su hijo pródigo regresase sobre sus pasos, después de haber alcanzado cierto reconocimiento en la capital del país, era, por lo menos, algo difícil de comprender.

Su vuelta a Belén implicó un reacomodamiento total de su modo de vida. Durante los años que recaló en Belén, Luis Franco se dedicó a la agricultura, a la cría de ganado y

⁵² Rivera, Andrés “Tránsitos”, en *Mitteleuropa*, Ed. Alfaguara, Buenos Aires, 1993, p 118.

otros menesteres para poder sobrevivir. Empeñado y voluntarioso como era, buscó hacer florecer esa tierra escarpada y dura tan característica del noroeste argentino. Así se refería Franco a su tierra, ya casi al final de su vida: “*Pagos difíciles de descifrar los míos (...) Tierra sin pompa. Sí, aquí la vida sonríe sólo a la orilla de algún río, que corre con más ruido que agua, o en las quebradas rociadas de tarde en tarde por algunas de estas nubes que huyen de las travesías como de tierras largadas de la mano de dios*” (Penelas, 1991: 14).

En el marco de ese proceso de descentramiento de ciertos espacios del mundo intelectual, a poco de asentarse en Catamarca, el poeta tomó la decisión de dejar de colaborar con el diario *La Nación*. Más de una vez rechazó encargos que Eduardo Mallea -el director del suplemento literario de esa vieja tribuna conservadora- le hizo para engalanar sus páginas⁵³. No sólo se negó a colaborar en *La Nación* sino que en el marco de una precaria situación económica rechazó el ofrecimiento para trabajar como profesor en el Colegio Nacional de Catamarca. También en 1938, el solitario y orgulloso poeta declinó la oferta que le hizo Julio Prebisch -entonces rector de la Universidad Nacional de Tucumán, hombre imbuido del espíritu de la Reforma Universitaria- para dictar unos cursos e integrarse a la planta docente de esa Universidad que estaba despuntando. A lo largo de su vida Franco fue un intelectual extremadamente arisco con el mundo universitario. Columbró en la carrera universitaria y en cualquier forma de institucionalización de la actividad intelectual un riesgo enorme, como si cualquier estabilidad o dependencia con alguna institución, pudiera menguar su autonomía, recortar su función de crítico mordaz de la sociedad.

Esas negativas y rechazos a participar de la vida académica y de ciertos espacios de sociabilidad intelectual constituyeron una determinada forma de intervención en el mundo intelectual y de auto-construcción de una figura. En ese sentido, hay un acontecimiento que merece ser destacado. En noviembre de 1936 se celebró el I Congreso de Escritores promocionado por la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), institución que había tenido algunos de sus viejos “hermanos” como principales actores e instigadores (Nállim, 2003). Luis Franco había sido invitado con todos los gastos cubiertos pero rechazó olímpicamente la invitación. Probablemente Franco haya pensado en el contexto político del país al declinar el convite. En la Argentina de esos años, la represión y el fraude eran moneda de todos los días y las tensiones se

⁵³ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 10 de septiembre de 1935, (Tarcus, 2009: 227).

agudizaban con el retorno del radicalismo a la política electoral. En estos gestos de Franco se descubre esa ética que caracterizó a este gran escritor. Pero la forma en que el catamarqueño se manejó en este hecho, ilumina también algunos límites que tenía este modo de intervención intelectual. ¿No era momento para posicionarse? ¿Para cruzar lanzas con los sectores de derecha? Pensando en la gravedad del momento, que no sólo se evidenciaba en el escenario nacional sino que se hacía dramático en un contexto internacional saturado por la consolidación del fascismo y el nazismo y el inicio de un conflicto fundamental como la Guerra Civil Española, es por lo menos llamativa la forma de intervención de Luis Franco.

El mismo campo intelectual argentino era para ese momento un verdadero hervidero. Como remarca María Teresa Gramuglio, el devenir de la vida política nacional e internacional fue cimentando, a lo largo de la década del 30, la pregunta en torno a la responsabilidad del intelectual, afirmando la imperiosa necesidad de la toma de posición (Gramuglio, 2013). Resulta por lo menos paradójico que un poeta que se hallaba en pleno proceso de politización, que en el transcurrir de los primeros años de esta década fundiría su apuesta intelectual con el marxismo y construiría vínculos con el trotskismo, haya decidido en gran parte quedar al margen de ciertas discusiones, de ciertos procesos de politización del mundo de la cultura. Su amigo Samuel Glusberg más de una vez lo cruzaría por su tendencia al aislamiento y a no construir espacios más allá de su personalidad. Desde inicios de 1930 se fue profundizando esta tendencia de Franco a dinamitar espacios de discusión. Si por un lado ese corrimiento lo privó de diálogos fructíferos -lo cual siempre empobrece una obra- y también contribuyó a ralea su figura y su obra en el mundo intelectual; tuvo como contraparte que alejó a Franco de las exigencias de las modas, lo precavió contra la deriva de “personaje” que acecha a muchos hombres y mujeres de letras, donde generalmente el “genio” termina engullendo a la obra y la capa de prócer de las letras pesa más que lo escrito.

Al relativo aislamiento en que se halló sumido Franco durante esta década, se le sumó una precariedad económica constante que contribuyó a volver todavía más frágil su situación personal. Durante buena parte de los años ‘30 y ‘40 Luis Franco sobrevivió frugalmente del trabajo en sus tierras, de la venta de algunos terrenos, del dictado de conferencias que conseguía a veces en algunos viajes⁵⁴, de los exigüos ingresos que le

⁵⁴ Luis Franco en los años 30 brindó conferencias en la Asociación Israelita, en el Teatro del Pueblo o en la A.I.A.P.E. rosarina sólo para citar algunos ejemplos. “*Se inaugura un nuevo local de la A.I.A.P.E. Por la noche habla Luis Franco*”, *La Capital*, 25 de mayo de 1936.

daban la publicación de sus libros y sobre todo de las colaboraciones en el diario *La Prensa*, que se iniciaron en este momento y se mantuvieron por años⁵⁵. En varias cartas a Glusberg, a lo largo de esta década, le expondría su apretada situación: “*Y desde luego, habrá que echar mano de los fondos que Ud. me habló, pues mi incapacidad pecuniaria es perfecta. A propósito: tengo tres o cuatro poemas más o menos breves y publicables y un artículo o nota que podrían ser aprovechados a fin de reunir algunos centavos. ¿Habrá posibilidad de colocarlos en alguna revista de ésa, para enviárselos?*”⁵⁶. En otra epístola al amigo le seguía narrando los malabares y peripecias que hacía para sobrevivir del “trabajo de sus manos”: “*La colaboración en La Prensa no va mal del todo, y aun le diré: extraordinariamente bien –si pienso que de no ser por la poca entrada mensual o bimensual hubiera fallecido de inanición-, a tal punto, por alteraciones de orden agrícola y familiar, mi insolvencia llegó al colmo*”⁵⁷.

Su situación en Belén nunca fue fácil desde ningún punto de vista. A su fragilidad económica, se le sumaron su condición política y algunos altercados con las autoridades. En 1935 Luis Franco participaría de una rebelión contra el modesto gobierno y los grandes propietarios de tierra por un conflicto que derivaba de la privatización de las aguas de riego. Primero un grupo de agricultores impulsó una comisión de reclamo. Ante la dilatada respuesta de las autoridades, un grupo de jinetes armados – entre los que brilló Luis Franco- rodearon la jefatura política exigiendo una respuesta inmediata. Las autoridades terminaron encarcelando a los participantes del pequeño alzamiento. A los pocos días los agricultores fueron liberados y la situación se resolvió favorablemente⁵⁸.

El proceso de descentramiento de Franco del mundo intelectual fue una impugnación solitaria contra un medio que consideraba por demás de frívolo, hecho a base de pequeñas componendas y tratos superficiales. Con su establecimiento en Belén, Franco fundó cierto ideal de libertad basado en la distancia; pensó que podía ser más pleno

⁵⁵ A partir de sus colaboraciones con el conservador diario “La prensa”, podemos matizar su política de no colaboración en “La Nación”. Pero ese gesto no puede dejar de pensarse a nivel simbólico-político. También hay que anotar que en “La prensa” Luis Franco escribió sobre una infinidad de temas, lo que nos hace pensar en la libertad y autonomía de la que gozó en este espacio.

⁵⁶ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 22 de noviembre de 1935 (Tarcus, 2009: 230).

⁵⁷ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 18 de septiembre de 1937 (Tarcus, 2009: 248).

⁵⁸ Para este conflicto véase Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 3 de marzo de 1936 (Tarcus, 2009: 236 y 248); Franco, Luis “Prólogo” a *El otro Rosas*, Ed. Reconstruir, Buenos Aires, 1956, Correas, Beatriz *Luis Franco*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962 y Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 3 de marzo de 1936, (Tarcus, 2009: 233). También puede consultarse la carta de Luis Franco a César Tiempo del 20 de enero de 1937 disponible en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina). Departamento de Archivos. Fondo Centro de Estudios Nacionales. Subfondo César Tiempo (AR-BNMM-ARCH-CEN-CT).

como hombre y más punzante en sus juicios si mantenía una lejanía respecto de ciertos entramados institucionales que organizan la vida intelectual y artística de cualquier espacio. Como su admirado Thoreau, Franco se radicó en Belén con el afán de liberarse de ataduras, con el objetivo de volver a palpar con la naturaleza. A la vez, ¿su repliegue en Belén no puede ser leído también como una forma de retiro bucólico frente a un tipo de sociedad que juzgaba como cada vez más alienada y dependiente de la técnica? ¿No hay en este intento una reivindicación de un tipo de intelectual concebido como artesano, como un poeta-artesano que vive del “trabajo de sus manos” y cincela con parsimonia su vida y su lenguaje? Más allá de su decisión y su comunión con la naturaleza, nunca fue fácil la vida de Franco en ese pequeño espacio conservador. En más de un ocasión el “*comunista Franco*” —así lo llamaban algunos en Belén— tuvo tironeos con las autoridades; cruces que se hicieron todavía más fuertes con la emergencia del peronismo en la provincia. Tampoco su furioso ateísmo lo ayudó a sobrevivir en Catamarca; por el contrario, le granjeó enemigos dentro del conservador mundo catamarqueño, donde la Iglesia era y sigue siendo una institución rectora de la sociedad.

El alejamiento de Luis Franco de los centros urbanos impactó, sin lugar a dudas, en su trayectoria intelectual, recortando las posibilidades de publicación y circulación de sus escritos. Así y todo, como veremos más adelante, eso no significó una pérdida de los vínculos que había construido en la capital del país. De alguna manera, aunque más tenue, la figura del catamarqueño siguió gravitando y convocando a ciertos ámbitos de la intelectualidad. A principios de los años 40, un cronista de “*Conducta al servicio del pueblo*”, órgano de prensa del “Teatro del pueblo”, dirigido por Leónidas Barletta, mandaba un corresponsal a Belén para tener noticias del “Thoreau andino”. Previo al viaje del corresponsal, en la segunda mitad de la década del 30, Luis Franco había dado unas conferencias sobre la obra de Hudson en “El Teatro del pueblo”. La imagen que bosquejaba el desconocido cronista, nos sirve para pensar algunas estampas de la vida del poeta durante aquellos años: “*El pueblo, en la montaña, nos atrae por su pintoresquismo y nos repele por su miseria (...) Entonces llega el catamarqueño, con una sonrisa agresiva, con una pelambre negra y hostil, con una mirada cordial e inquisitiva y los hombros cubiertos por un poncho color tierra (...) Está dispuesto a romper su vinculación con viejos amigos porque ellos callan la verdad de sus convicciones políticas. No son útiles a la sociedad porque el miedo los acogota y no se deciden a perder las posiciones que han conquistado y que les resuelve su vida (...)*”

*Está resuelto a plantear este dilema a muchos de sus amigos: con el pueblo o contra el pueblo (...) El espíritu limpio de este hombre, su sana energía, sus palabras vibrantes han sido como una ablución matinal que ha refrescado nuestros pensamientos”*⁵⁹.

Su descentramiento también dejó huellas en su proceso de politización. Para un marxista, interesado en el desarrollo del trotskismo, Catamarca no era el lugar más propicio para profundizar y desarrollar ese vínculo. Para las débiles fuerzas políticas del trotskismo en los 30 como para toda la izquierda argentina en general, la villa de Belén estaba tan alejada de sus anhelos políticos como la ciudad mítica de la Atlántida. Paradójicamente, Franco comenzaba su proceso de politización bajo cierta soledad y no buscando la conformación de espacios colectivos, de instancias que movilizaran sensibilidades comunes. Esta forma de politización y de concepción de la labor intelectual, ¿no contribuían a afirmar en Franco la imagen del francotirador, del juez solitario que dicta sentencia ante la decadencia del mundo?

Los primeros combates por la historia: la publicación del “Gral. Paz y los dos caudillajes” y los artículos en “Trapalanda. Un colectivo porteño”.

Desde muy joven Franco se sintió tentado por la historia. Ya desde fines de los 20 publicó algunas intuiciones sobre el pasado nacional en la revista *Babel* y volcó ciertas impresiones históricas en *América inicial*. Sería en una serie de artículos en la revista *Trapalanda. Un colectivo porteño* y en el libro *El Gral. Paz y los dos caudillajes* – publicado por primera vez en 1933 en la editorial *Anaconda* y reimpresso en 1935 por la editorial *Claridad*-, donde Franco intentaría sistematizar sus primeras lecturas de la historia. ¿Qué elementos empujaban a Franco a merodear sobre las ruinas de lo pretérito? ¿Qué aspectos lo arrastraban hacia el ensayismo histórico? Son una pléyade de cuestiones las que nos sirven para encuadrar estas preguntas. En primer lugar, la crisis del 29, con el consiguiente agotamiento del modelo agroexportador y el cimbronazo político que significó el golpe de estado de 1930, estimuló la necesidad de pensar los grandes dilemas de la nación. Como rastrea Gramuglio, el ensayo como forma de interrogación sobre los grandes problemas de la nación, atraviesa gran parte de la historia de la cultura Argentina (Gramuglio, 2013: 118). Claramente hay acontecimientos históricos, por lo general disruptivos, que estimulan la pregunta en torno a los proyectos, los males y las frustraciones de la nación. Desde el rosismo a la crisis de 1890, del centenario al golpe de 1930, todos fueron acontecimientos históricos

⁵⁹ “Luis Franco en Belén”, en *Conducta al servicio del pueblo*, n° 17, Buenos Aires, junio-agosto de 1941.

que alimentaron las indagaciones en torno a los problemas de la nación e irrigaron la tierra del ensayo. En segundo lugar, el ensayo se vuelve una forma privilegiada para abordar las crisis. Si las crisis son por definición momentos de desestabilización de las jerarquías y las nociones imperantes, el ensayo como discurso permite la hibridación de registros, la convivencia prolífica de miradas que no necesariamente tienen que remitir a una jerarquía determinada como lo pretende siempre el discurso científico. Por otro lado, el ensayo en su indeterminación permite la elaboración de juicios, preguntas e intuiciones, que al no estar constreñidos por el criterio de validación, pueden abordar las crisis -en tanto situaciones dinámicas y huidizas- muchos mejor que otros registros narrativos.

Las preguntas e indagaciones en torno a la historia se multiplicaron durante los años 30 en Argentina. El de Luis Franco es uno de los tantos intentos que florecieron durante esa década. En el transcurso de los 30, tuvo su aparición en el debate el revisionismo, corriente historiográfica que en el transcurrir de las décadas siguientes fue cosechando oyentes y admiradores. Se suele fechar el inicio del revisionismo con la publicación en 1934 de *La Argentina y el imperialismo británico* de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, dos nombres fuertes de esta corriente de matriz conservadora⁶⁰. En el devenir de los años treinta y en las décadas siguientes, este heterogéneo grupo de intelectuales a los que se los suele encuadrar dentro del revisionismo, encararon una cruzada contra lo que entendían como la “falsa historia” o la “historia oficial”. Otro intento de relectura de la historia, hecho desde el cuadrante político de un nacionalismo católico violento, lo podemos hallar en la figura de Ignacio Braulio Anzoátegui, que lanzó en 1934 su *Vida de muertos*. Desde las páginas de este libro, Anzoátegui se ocupó de que las cabezas de algunas de las grandes personalidades del liberalismo argentino quedaran flotando en el aire, es decir, suspendidas en una pica. Ni el humor ni las referencias políticas de este cruzado, se caracterizaban por su respeto a la dignidad del otro. También para mediados de los años 30, y empujados por el contexto y sus combates políticos, los militantes del P.C.A (Partido Comunista Argentino) iniciaron un proceso de apropiación de la historia argentina. Más allá de sus conexiones internacionales, de su desvelado internacionalismo, los comunistas argentinos comenzaban a entender que la flor roja debía consustanciarse con el follaje de estos lares (Cattaruzza, 2007). Durante la década del treinta, la nación y el mundo tambaleaban; con cada sacudón, con cada temblor,

⁶⁰ Para el revisionismo véase Halperin Donghi, 2005 y Cattaruzza, 2003.

parecían abrirse grietas en el marmóreo pasado y eran muchos los buceadores de piedra que se animaban a recorrer sus rajadas, a internarse en sus fracturas.

A diferencia de la década del 20 –cuando la poesía fue el eje rector de la producción de Luis Franco- en la década siguiente, y también como parte de su proceso de politización, el ensayo político-histórico fue ganando cada vez más terreno dentro de su galaxia intelectual. Un hito en su producción lo constituyó la aparición de *El General Paz y los dos caudillajes* (1933), primer libro de su cosecha histórica. Este ensayo fue el punto de partida de una enorme saga, dedicada a evaluar, de manera inclemente, desprejuiciada, el tormentoso pasado nacional. Viñas dijo sobre este ensayo: “*trabajo que si en sus procedimientos aún aparece impregnado por el “biografismo retórico” desplegado por Lugones en su Sarmiento, en la franja ideológica se sitúa antagónicamente respecto del Rosas de Ibarguren y, sobre todo, del revisionismo de derecha tan copioso a lo largo de las décadas del treinta y cuarenta*” (Viñas, 2007: 7). En el texto, el joven catamarqueño va glosando textos de Juan B. Alberdi, Domingo Sarmiento y Guillermo Hudson. También se sirvió de ensayos más cercanos a su contexto de producción, como los de Arturo Capdevila, Paul Groussac, Ricardo Levene, Juan B. Justo y Leopoldo Lugones. Es clave resaltar que en este primer bosquejo histórico, si bien el marxismo no reverbera plenamente en sus páginas, Franco esboza ciertas muecas interpretativas que lo siguieron acompañando a lo largo de toda su vida. En *El General Paz y los dos caudillajes* Franco abordó, entre otras cosas, la cuestión de la “Revolución de mayo”, el fenómeno del caudillaje -aspecto clave para entender los devenires políticos del siglo XIX-, la figura de José María Paz y algunas cuestiones vinculadas a la historia del rosismo. En cuanto a la “Revolución de mayo”, antes que una “gesta por la libertad”, fue presentada por el catamarqueño como un movimiento de las clases dominantes tendiente a liberarse del fórceps colonial para poder comerciar libremente con Inglaterra. Como dijo el poeta: “*La revolución de mayo fue obra de cabildantes, es decir, de los hombres de pro, de los dueños de las vacas y las luces. Prestaron su brillo, es claro, las ideas francesas, pero en el fondo eran los intereses de los hacendados –esos que representó Moreno- lo que estaba en juego. Se quería vender directamente los cueros al inglés, y fuera de esta simple cuestión de administración comercial, lo demás interesaba poco*”⁶¹. Tampoco vislumbró en los sucesos de 1810

⁶¹ Franco, Luis *El General Paz y los dos caudillajes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1935, p. 12. Similar lectura de la revolución se halla en Franco, Luis *Historia Argentina* en Revista Pan. Síntesis de toda idea mundial, Año II, n°84 11 de noviembre de 1936.

una participación fundamental de la plebe; más bien juzgó la participación de los sectores subalternos casi en un papel de decorado: “*El pueblo de que hablan las crónicas fueron en la ocasión unos cuantos correvediles traídos por French y Beruti para dar color local a la cosa*”⁶². A estas características se agregaba que los “hechos de mayo” para el poeta fueron un fenómeno eminentemente porteño, que en sus inicios se daban a espaldas del resto del territorio. Lo interesante también es que esta mirada de la revolución –sobre todo entendida como un desplante de las clases dominantes criollas– fue recuperada y profundizada por algunas franjas de la historiografía trotskista, particularmente la desarrollada por Milcíades Peña (Tarcus, 1996; Acha, 2009a; Camarero, 2013).

Más allá de su mirada bastante destemplada de los sucesos de Mayo –cuestión que lo diferenció de las lecturas históricas que reivindicaron el Partido Socialista y desde mediados de los 30 el Partido Comunista, que en todo momento trataron de filiar sus causas como continuación superadora del cauce abierto por la revolución de 1810– Luis Franco no dejó de saludar este acontecimiento como cierta fisura del orden colonial. Vislumbró también en las guerras independentistas que se desplegaron en el continente, ciertos atisbos de americanismo y reivindicó, particularmente, las figuras de Manuel Belgrano y José de San Martín. En la ponderación de estos dos personajes, sobre todo de Belgrano, la cuestión política es casi inexistente. Belgrano aparece en el ensayo como el héroe, el ciudadano-general que estoicamente soportó adversidades, acumuló lamentos y agravios. Así la política es reducida a las intrigas de la junta en Buenos Aires, mientras que las medidas, los combates políticos y los gestos de Manuel Belgrano quedan enmudecidos dentro del relato.

La cuestión del caudillaje, como el mismo título del libro lo indica, tuvo un espacio central como fenómeno político y social en la mirada del ensayista. Un punto a destacar es que Franco no restringió el caudillaje como un fenómeno político del siglo XIX sino que lo juzgó como un fenómeno presente en toda la vida política del ex virreinato. Las guerras y el caudillaje, eran para Luis Franco, la expresión del irresoluble conflicto entre Buenos Aires y el interior. Pero también descubre en este fenómeno, supervivencias de la vida colonial que perduraban en el período post-revolucionario. Así lo narra en su libro: “*Eso es Buenos Aires, y ese su caudillaje cortesano. Buenos Aires, con la mirada vuelta hacia las luces de París o los faros de los puertos ingleses como*

⁶² Franco, Luis *El General Paz y los dos caudillajes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1935, p. 12.

*antes a España; puesta sobre la aduana su mano mientras cierra los oídos al latido profundo de todo lo que tiene a la espalda; la voltaria Buenos Aires que será monarquizante con Pueyrredón, unitaria a la francesa con Rivadavia, federal localista y soñando en Norte América con Dorrego, unitaria de sable con Lavalle, federal de facón y chicote con Rosas... ¿La aduana? ¡Su aduana! Esta es la piedra del escándalo”*⁶³. Pero también para Luis Franco, el enfrentamiento entre estos dos caudillajes era, de manera un poco elemental, una de las manifestaciones de la lucha de clases que cortaba a los territorios del ex Virreinato: *“Parece a ratos la barbarie frente a la civilización este movimiento instintivo de las campañas contra los mandamientos urbanos; pero es más bien, en el fondo, una América que quiere ser contra una España que no quiere irse. Una guerra de clases, sin duda, aunque parezca una guerra de razas. Es claro que ella no tarda en descarriarse, para dar lugar, sin mayor esfuerzo, al pleito entre el caudillaje doctoral y militar de las ciudades y el caudillaje ecuestre”*⁶⁴.

Como remarca Carlos Altamirano, la década del 30 fue fértil en la creación de dicotomías intelectuales y políticas. En ese marco, podemos entender mejor la distinción de los dos caudillajes que estructura el libro de Franco (Altamirano, 2011). Si un caudillaje es el porteño, el de las ciudades; el otro es el que encarna el interior⁶⁵. ¿Qué personajes destaca dentro de éste? Por ejemplo, a José Artigas, el líder de la Banda oriental. El jefe oriental, destacaba Franco, había construido una maciza presencia en los sectores subalternos. Gauchos, indios y negros son las columnas de su ejército y la base social que sustenta su guerra. ¿Qué significaba el proyecto político de José Artigas? Aquí Franco era más severo, la federación que proponía Artigas *“consiste en poner a sus capitanejos de amos de pueblos”*⁶⁶. Con todas las menguas que descubrió en los caudillos del interior, el catamarqueño no dejó de columbrar en este fenómeno político-social una forma de resistencia precaria a una ficticia unidad impuesta por Buenos Aires que manejaba a su antojo el puerto y la aduana. Sin embargo, en un gesto bastante característico de su obra histórica, la mirada de Luis Franco va a golpear a dos frentes. No ahorra críticas ni con el caudillismo porteño ni con el del interior: *“los dos caudillajes, el de levita (porteño) y el de poncho (interior),*

⁶³ Franco, Luis *El General Paz y los dos caudillajes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1935, p 25.

⁶⁴ Franco, Luis *El General Paz y los dos caudillajes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1935, p 29.

⁶⁵ Acha, Omar “En los confines del trotskismo” en *Historia crítica de la historiografía argentina, Vol I: Las izquierdas en el siglo XX*, Editorial Prometeo, Buenos Aires, 2009.

⁶⁶ Franco, Luis *El General Paz y los dos caudillajes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1935, p 29.

resultan cómplices en el crimen de lesa conciencia que es la anarquía. El pueblo corre con los gastos”⁶⁷.

Otras cuestiones que llaman la atención de esta incursión de Franco en las tierras de lo pretérito son: su mirada bastante peyorativa, por lo menos en estos primeros trabajos, sobre los pueblos originarios. Las vidas de estos pueblos parecen maceradas solamente en los zumos de la indolencia y la ignorancia. Por otro lado, resalta cierto rescate que esgrime de la figura de Bernardino Rivadavia -cuestión que sí lo emparenta con ciertas lecturas históricas hechas desde el cuadrante izquierdo-. Sobre todo, Franco valoró de Rivadavia su impulso a la educación, el fomento de la inmigración, su intento por racionalizar la administración, ciertos atisbos de laicización. Para Luis Franco, el período rivadaviano, tuvo como mérito más alto el de intentar extirpar ciertas herencias coloniales que no hacían más que perpetuar el atraso. Pero la gran falla de Rivadavia para el catamarqueño, su talón de Aquiles, fue su porteñismo cerrado, el desconocimiento total del territorio y las necesidades que estaban más allá de Buenos Aires. Además, Rivadavia con su gobierno: “*Priva a las provincias de sus rentas –las aduanas mediterráneas-, y hace del comercio de ultramar un monopolio porteño*”⁶⁸.

Otro énfasis que recorre *El General. Paz y los dos caudillajes* estriba en cierta hipótesis histórica, según la cual, durante las décadas siguientes a los sucesos de Mayo, se fue consolidando aún más la dependencia y el atraso de estos territorios –lectura sobre el momento rivadaviano que se acercaba a la realizada por los revisionistas. A la herencia negra de España que Franco vislumbró en el estancamiento congénito de estas tierras, manifestado en lo arcaico de las instituciones políticas, en el personalismo, en las costumbres de opresión, en la rudimentaria estructura económica, en el atraso de las ciudades, se agregaba ahora la falta de desarrollo a la producción y el comercio, la nula vocación por parte de los sucesivos gobiernos de dar impulso a las precarias industrias. La suma de todos estos aspectos contribuyó a realzar y terminar de consolidar el papel de la producción agropecuaria en la estructura económica-social de estos territorios. De a poco la estancia se iba consolidando como el polo más dinámico de la economía, lo que para el catamarqueño no podía sino cimentar el atraso de estas pampas.

Un aspecto que llama la atención es la elección de Franco de dedicar su primer ensayo histórico a José María Paz. Este general cordobés es un personaje que casi no volvió a aparecer dentro de su prolífica obra histórica, ni siquiera de manera lateral. ¿Por qué lo

⁶⁷ Franco, Luis *El General Paz y los dos caudillajes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1935, p 32.

⁶⁸ Franco, Luis *El General Paz y los dos caudillajes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1935, p 45.

eligió a Paz? Podríamos pensar que su figura le permite cubrir e indagar la primera mitad del siglo XIX. Desde la crisis de la monarquía, el estallido revolucionario, las guerras independentistas, las guerras civiles, la consolidación de Rosas y su misma caída. Este es un aspecto a tener en cuenta para entender esa elección. Por otro lado, la figura de Paz le vino a Franco de las lecturas de Sarmiento. Podemos decir que el José María Paz de Luis Franco es una de las tantas emanaciones que produjo el “*Facundo*” de Domingo Faustino Sarmiento. Para el sanjuanino, José María Paz fue la encarnación del militar moderno, la “razón y el cálculo” militar capaz de derrotar a la “barbarie” montonera (Kohan, 2014). Pero para el escritor de Belén, el “Manco” reunía otros atributos que lo volvían un personaje valioso para su gusto. Era una figura que combinaba de cierta manera la baquía del gaucho con el conocimiento moderno. Paz era el militar ilustrado que sintetiza las mejores aspiraciones de 1810. Pero también, hay dos aspectos más a pensar si se quiere entender esta ponderación del militar cordobés. El de José María Paz era un liderazgo militar y político surgido desde el interior y capaz de medirse con cualquier figura porteña. Y, por último, la reivindicación de Paz pasa por su largo y sostenido anti-rosismo, cuestión que para Franco era un motivo central para realzar al cordobés. Si Luis Franco disparó a dos flancos en su crítica al caudillaje, casi al único que no parece alcanzar con su puntería es a José María Paz. En el relato franquiano, la figura política y ética del cordobés parece elevarse en este duelo sin horizontes que constituye la guerra entre los dos caudillajes.

Si bien en *El General Paz...* Franco lanzó algunas lecturas del rosismo, fue en *Trapalanda. Un colectivo porteño (1932-1935)*⁶⁹, donde mejor sintetizó y presentó a esta compleja figura histórica. Este artefacto cultural que fue *Trapalanda* -en parte continuación de algunos de los esfuerzos realizados en *La vida literaria*- supo congregarse y se sostuvo con el aporte y el esfuerzo intelectual de los miembros de la precaria, casi desvencijada, “Hermandad”. A diferencia de otros proyectos culturales que encabezó Samuel Glusberg, *Trapalanda* fue pensada desde un formato que facilitara su circulación, que le permitiera a la publicación ampliar su margen de llegada, aumentar su número de suscriptores y tender vínculos con distintos ámbitos culturales, como por ejemplo las bibliotecas populares (Hernández Toledo, 2019). A lo largo de sus páginas se pavonearon las firmas consagradas de Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga, del dominicano Pedro Henríquez Ureña, pero también las rúbricas de

⁶⁹ Véase “*Trapalanda. Un colectivo porteño*”.

Enrique Espinoza -seudónimo inconfundible de Glusberg, nervio y corazón de este experimento intelectual, como de tantos otros que supieron inquietar la colmena intelectual argentina y latinoamericana-, Ezequiel Martínez Estrada y Luis Franco. Estos últimos empezaban a marcar el ritmo intelectual de la proeza, el tono, el rictus de la publicación y a jerarquizar la grilla de obsesiones y posibles amenazas.

El primer número de la revista apareció en octubre de 1932 y el séptimo y último en 1935, después de casi dos años sin haber podido salir, lo que daba cuenta de las dificultades y de la intermitencia que afectó a este emprendimiento cultural. ¿A qué se debió el acelerado desbande de esta esperanza? Para Ferrer, a *Trapalanda*, a este colectivo porteño, “no les fue posible trastocar una escena cultural macerada por el vanguardismo chistoso de la ya clausurada Martín Fierro y a la vez aprestada para el modernismo mandarín de la incipiente Sur...” (Ferrer, 2012: 10). Entonces, si por una parte, *Trapalanda* fue no menos que una pieza exótica para la fauna expuesta de momento en el zoológico de la cultura argentina, a esto se agregó las tensiones políticas entre sus miembros, la diáspora de muchos de ellos y los repliegues políticos y culturales de un contexto marcado por una gran crisis.

Desde las páginas de *Trapalanda*, Luis Franco y Ezequiel Martínez Estrada fustigaron con fuerza el mítico panteón nacional, que pretendía fungir como la columnata ética que hacía de osamenta de la novel nación. Martínez Estrada adelantó en las páginas de la revista algunas partes de su *Radiografía de la pampa*, especie de tratado ético, examen confesional y furibunda relectura de la historia patria. De hecho, el segundo número de la publicación, de noviembre de 1932, estuvo dedicado entero a Martínez Estrada en homenaje por la obtención del Primer Premio Nacional de Literatura. Ocurrió que en polémica decisión, Ezequiel Martínez Estrada había derrotado en la contienda al escritor nacionalista Manuel Gálvez, y este había puesto el grito en el cielo, impugnando a Estrada y al jurado. Conocidos los resultados, el escándalo se propaló por todo el mundillo literario e intelectual, porque no solamente el teatro de revista y otras artes menores beben en las aguas del escándalo. Las peleas de protagónicos, las riñas de cartel y el vedetismo intelectual, son todos insumos de primer orden en el mundo de la *intelligentsia* y la cultura. Pero más allá de los escándalos y las bataholas entre doctos y eruditos, al intento hecho por el autor de “*Radiografía de la pampa*” por mirar la historia argentina a partir de un lente nuevo, se le agregaba también el esfuerzo realizado por el poeta catamarqueño. Desde esta modesta trinchera que fue *Trapalanda*,

Franco empezó su paciente carneo político de la figura del Restaurador⁷⁰. La vocación del poeta por auscultar esta figura se daba en el marco de un momento intelectual, en donde comenzaron a ganar terreno algunas lecturas de la historia, particularmente la revisionista, que intentaron reivindicar la figura del “Restaurador”. De todas maneras, el eje de disputa en estos artículos fue, claramente, el *Juan Manuel de Rosas* de Carlos Ibarguren, aparecido en 1930.

Cuando interpretó al rosismo, Luis Franco intentó descorrerse tanto del gastado encasque de la teratología como de lo que entendía como la falsa dicotomía entre “libertad y tiranía”. Trató de situar a Rosas en un marco social y económico determinado, presentándolo como un “gaucho-burgués”⁷¹. Franco iniciaba su análisis desmontando la genealogía familiar del caudillo porteño, hijo de familia terrateniente y violentamente piadosa. Sus padres fueron “*Doña Agustina y Don León, gente de médula colonial, que se entusiasma poco por la Revolución y sus cosas*”. Para Luis Franco, Juan Manuel de Rosas se educó en el arte del gobierno dentro de sus estancias. El manejo de las reses y el gauchaje prefiguraron, según Franco, el manejo venidero de la cosa pública. “*Lo que pasa en Los Cerrillos y en las demás estancias que Rosas tiene bajo su ojo y su puño, -dirá don Luis- vale la pena saberlo porque se incubaba en ellas un cuarto de siglo de la historia argentina.*”⁷² Si bien Franco intentó saltarse el casillero del monstruo para explicar a Rosas -por momentos lo logra-, no dejó de denunciar la violencia del régimen y los hitos de la mazorca, ese “*santo oficio de la federación*”. Para este ensayista, desde muy temprano, el “rosismo” significó un retroceso con respecto a los sucesos de mayo de 1810, un cierto “retorno” de las herencias coloniales⁷³. Si esta interpretación del rosismo como un retroceso hacia los tiempos de la Colonia era compartida también por otras expresiones de la izquierda –como el socialismo y el comunismo-, que le venía dada por su fuerte matriz liberal; Franco no

⁷⁰ Franco, Luis “Rosas, gaucho burgués” en “Trapalanda. Un colectivo porteño” N 1, Buenos Aires, Octubre de 1932. En esta revista también Franco publicará otros textos de historia como “Los dos caudillajes” en el n° 4 de 1933 e “Historia Argentina” en el n° 6 de Diciembre de 1933. Ambos artículos eran desprendimientos de su libro “El General Paz y los dos caudillajes”.

⁷¹ Franco, Luis “Rosas, gaucho burgués”, en *Trapalanda. Un colectivo porteño*, Buenos Aires, n°1, octubre de 1932. Edición facsimilar de la Biblioteca Nacional.

⁷² Franco, Luis “Rosas, gaucho burgués”, en *Trapalanda. Un colectivo porteño*, Buenos Aires, n°1, octubre de 1932. Edición facsimilar de la Biblioteca Nacional.

⁷³ De los siete números que salieron de “Trapalanda”, Franco colaboró en dos más y siempre lo hizo desde el ensayismo histórico. Franco, Luis “Los dos caudillajes”, en *Trapalanda. Un colectivo porteño*, Buenos Aires, n°4, julio-agosto de 1933 y “Historia Argentina” en *Trapalanda. Un colectivo porteño*, Buenos Aires, n°6, noviembre-diciembre de 1933

asumiría, sin embargo, el eje Mayo-Caseros como una línea histórica virtuosa en la construcción de la nación argentina.

Más allá de las grandes diferencias que sostuvieron a lo largo de su vida Ezequiel Martínez Estrada y Luis Franco, ambos compartieron una enorme grilla de problemas comunes, como lo fueron el espacio mítico de la pampa, las figuras de Sarmiento y Martí, la confesa admiración por Guillermo Enrique Hudson, la Revolución Cubana y por supuesto la historia -o lo que ambos aborrecían y deploraban y que llamaban “falsa historia”. Como apunta Ferrer, ambos, *“cumplieron a rajatabla el imperativo o lema de la revista: no disociar literatura de realidad social, amén de haber sido, ambos, escritores filosos y muy poco condescendientes con los hombres que forjaron el país, hayan sido caudillos o hombres de levita y frac. Los veían como eran, no como nos gustaría que hubieran sido, y por eso su percepción de la historia argentina no es optimista (...) Ambos creían que existe una historia superficial y otra de fondo, que es la verdadera y que nadie quiere ver, porque es fea y su emblema es el cuchillo del degüello”* (Ferrer, 2012: 13). Ni Martínez Estrada ni Franco fueron los únicos, que en esta época, comenzaron su trabajo de relectura de la historia, empujados por la idea que en el fondo de los tiempos, aguardaba una historia “verdadera” que debía ser deslastrada para que subiera a la superficie y pudiera ser aquilatada por la sociedad en su conjunto. A diferencia de los revisionistas, que también cargaban contra lo que llamaban “falsa historia”, Franco y Martínez Estrada no buscaron cimentar un suelo común donde se erigiría un panteón alternativo.

Para Luis Franco -y también para Martínez Estrada- la tarea del historiador era, eminentemente, una tarea de zapa, de demolición sistemática de los pórticos majestuosos sobre los que se alzaba el “panteón nacional”. Para los dos se trataba de dinamitar a preguntas el orgulloso inventario de gestas y proezas que lucía la nación. En la visión de Franco, la tarea de pensar la historia, suponía una disposición tan vehemente como corrosiva; esta no podía nunca ser concebida como forma de escrutar y alabar las piezas, de trazar un pasivo inventario de los nombres, las gestas y cacharros que se acumulan en el catastro infinito que moldea la sucesión del tiempo. Así le sintetizaba Franco la tarea a Glusberg en una epístola: *“Al respecto solo sé decirle que me siento cada vez más intransigente y que siento como el más noble y urgente deber de nuestra generación el de desacreditar todas nuestras antiguallas intangibles, desde la Constitución y las estatuas de ecuestres y pedestres, hasta la Universidad y la grandeza*

de Bs. Aires y los tres credos democráticos (conservador-radical-socialista) y el fascismo vaquero de los legionarios”⁷⁴.

El frustrado proyecto de una revista y los primeros contactos con el trotskismo

A medida que perdía vigor el proyecto de *Trapalanda*. Un colectivo porteño comenzó a ganar altura la idea de construir una revista teórico-política, que pudiera congregarse en su interior a una variedad de figuras, entre ellas a muchos de los primeros mohicanos del trotskismo argentino. En un marco social de reinvención de la figura del intelectual y del golpeteo incesante de la realidad que caracterizó a la década del 30, una *troupe* variada, heteróclita de militantes e intelectuales trataron de levantar una revista político-cultural ubicada en el cuadrante izquierdo de la cultura, por fuera del radio de influencia del P.C.A. Entre los impulsores y agitadores de este experimento no sólo se destacaban Samuel Glusberg, Ezequiel Martínez Estrada y Luis Franco, sino también algunos jóvenes como Héctor Raurich, Carlos Liachovitzky, Héctor Meyer, Oscar Cohan, Antonio Gallo⁷⁵ y Hernán Gómez⁷⁶. El grupo se denominaba a sí mismo como “*Meltianos*”, siglas cuyas oscilaciones y posibles derivas iban desde “Movimiento Emancipador por la Lucha y el Trabajo” hasta, como realza Horacio Tarcus, las iniciales insignes de “Marx, Engels, Lenin y Trotsky”. Entre los nombres que se barajaron para la revista figuraba el de “*Amauta*”, guiño y homenaje a la distancia para José Carlos Mariátegui. El proyecto de revista no terminó de coagular y fue Ezequiel Martínez Estrada el primero en desistir de la patriada, lo cual abrió una dolorosa y ardua polémica entre los antiguos amigos de Lugones y Quiroga, que más allá de la estima intelectual y afectiva que se prodigaron a lo largo de sus vidas, nunca terminó de cicatrizar del todo.

¿Cuál era el nervio del altercado, la raíz de la disidencia? A partir de las cartas rescatadas por Tarcus podemos ver que el debate giraba en torno al rol del intelectual, y de ahí florecen otras puntas de la discusión, como el vínculo entre la política y la *intelligentsia* y la cuestión de la autonomía del arte y del conocimiento. En una pequeña

⁷⁴ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 10 de marzo de 1934 (Tarcus, 2009: 219).

⁷⁵ Para ver una semblanza biográfica de Héctor Raurich, Carlos Liachovitzky y Antonio Gallo consultar el Diccionario Biográfico de la izquierda argentina (Tarcus, 2007). Sobre los médicos Oscar Cohan y Héctor Meyer se pueden consultar algunos escasos datos en Tarcus, 2009.

⁷⁶ Hernán Gómez (1905-1948) nació en Buenos Aires. Durante su estadía en Buenos Aires se mantuvo cerca del grupo de “Florida”. Su primer libro fue editado por Samuel Glusberg en *B.A.B.E.L.* En 1935 se trasladó a Rosario y comienza a trabajar en el diario “La Capital”, además de animar la vida de la S.A.D.E en la provincia de Santa Fe. Participó como colaborador y articulista de distintos proyectos de revistas animados por Glusberg. Mantuvo por años un vínculo de admiración y amistad muy profundo para con Samuel Glusberg y Luis Franco a los que le dedico a cada uno un poema “Balada a Enrique Espinoza” y “Balada a Luis Franco” en Gómez, Hernán *Hasta el caracú*, Ed. Diario La Capital, Rosario, 2010.

misiva, Martínez Estrada le trazaba un sombrío cuadro de situación a Glusberg: *“Recuerdo constantemente el grupo de buenos amigos meltianos y cada vez son en mí más hondas las convicciones y más desalentadoras las conclusiones a que llego con respecto a lo que se puede hacer. Parece increíble que todo esto sea un pedazo de pulpa agusanada; hay que tocarlo para advertir que quizá no hay nada que hacer”*⁷⁷. La “amargura metódica” comenzaba a modelar sus juicios, a dibujar el rictus severo de su semblante. De a poco, Ezequiel Martínez Estrada empezó a radicarse en una geografía inhóspita, una tierra baldía a la que pocos ansían llegar: el país de los agoreros. Prefirió la posición del aguafiestas, dentro de las mascaradas posibles a representar en el marco del sainete político nacional. A contrapelo, Franco no vio en eso más que una actitud estéril, una apología de la nada. *“Lo escéptico es lo prescindente, es decir, la esterilidad del asexuado”*, le decía en una carta a Glusberg, en medio del fragor de la polémica. A diferencia de Martínez Estrada, Franco no pretendió ser el heraldo de lo infausto, sino uno de los pregoneros de la revolución. Aunque sea un gesto mínimo, un desplante ético, el intelectual debía pronunciarse, enrolarse en uno de los bandos en pugna. En la mirada del catamarqueño, era deber de la *intelligentsia* denunciar los modales prostibularios de la sociedad, ser la voz discordante en el reino del murmullo monocorde. En esta apología del posicionamiento que hacía Franco, Martínez Estrada no vio más que un juego masturbatorio, una lealtad sostenida con Onán. Por el contrario, Franco diría *“mas yo sigo creyendo que la sola definición de nuestra actitud, en la tierra de los Gálvez y Capdevilas, tiene un valor moral considerable (no proponiéndonos ser los Lenin y Trotsky de nuestra futura revolución) nuestro papel de agitadores en el terreno ideológico, de perturbadores de la conciencia estólida de nuestros políticos, sociólogos e historiadores a sueldo, nuestra función de piqueta y espuela, en fin, no será absolutamente despreciable.”*⁷⁸.

Las marejadas del contexto político golpearon a todos los miembros de la vieja “Hermandad” y llegaron a retumbar hasta el reducto selvático de Quiroga, afincado definitivamente en la espesura de la selva misionera. En algunas cartas, Quiroga le narró a su amigo Martínez Estrada los enfrentamientos políticos que sostuvo con el joven Glusberg durante la misma época⁷⁹. Así, los cruces, los enojos, los desaires y las

⁷⁷ Carta de Ezequiel Martínez Estrada a Samuel Glusberg, 31 de Diciembre de 1933, en (Tarcus, 2009: 100).

⁷⁸ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, c. 1935, en (Tarcus, 2009: 225).

⁷⁹ Cartas de Horacio Quiroga a Ezequiel Martínez Estrada, 8 de Febrero de 1936 y 27 de Agosto de 1936, (Tarcus, 2009; 164 -165 y 204-205).

bravatas verbales son las esquirlas de una realidad político-social un tanto alterada. Como remarca María Teresa Gramuglio analizando el campo intelectual de los años treinta, la consolidación y avance del fascismo y el nazismo, la orientación de los partidos comunistas hacía la política de los frentes populares, la Guerra Civil Española, el estallido de la segunda guerra Mundial, sumados e insertos al clima nacional marcado por el fraude político, la represión y la expansión de los discursos del nacionalismo católico, hicieron que fuera cobrando cada vez más fuerza la pregunta en torno a la responsabilidad de los intelectuales para con la sociedad y su tiempo (Gramuglio, 2013: 215). En el marco de esos procesos de politización, de toma de posición y segmentación política del mundo intelectual, esa “Hermandad” de los 20 que había oficiado como espacio de formación y trampolín intelectual para los más jóvenes, se transformaba una década después en una especie de “comunidad imposible”.

La polémica que mantuvieron en estos años Martínez Estrada y Franco abrió una honda zanja entre los originarios miembros de la “hermandad”, una grieta difícil de restañar. En más de una ocasión, Franco lamentó la ausencia de Martínez Estrada en el proyecto de revista agitado por los “meltianos”, a quien consideraba *“la gran columna de nuestra fábrica”*. En otra carta a Glusberg, Franco vuelve a comentarle su distancia con el autor de *Radiografía de la pampa*: *“Lamento profundamente que no estemos ni próximos a un acuerdo respecto del amigo de la calle Lavalle. Pienso que con todo su talento y esfuerzo, no ha dejado de ser un profesor de La Plata, esto es, un endiablado pequeño burgués. Tiene muchísimo de lo que nos hace falta pero le falta lo esencial: un corazón de lucha. No tiene serenidad, alegría ni brío. Un contacto con él es contraproducente. (...) para nosotros ya no puede haber amigos del otro lado de línea, ni en los que se han quedado ambidextramente en medio de ella: al contrario, tenemos que hacer de ellos nuestros enemigos, si queremos depurarnos y salvarnos”*⁸⁰. Así, dos inteligencias que escudriñaron con olfato de sabueso el espacio mítico de la pampa; dos hombres que descendieron a los ríos subterráneos de la nación en busca de algún tipo de respuesta; dos humores que supieron morder hasta los muñones de la historia patria, se distanciaban casi para siempre. Ni Ezequiel Martínez Estrada ni Luis Franco fueron cultores de las salidas de compromiso, de los modales de salón que ponderan ciertas abadías del conocimiento⁸¹.

⁸⁰ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, junio de 1939, (Tarcus, 2009: 225).

⁸¹ También para la reconstrucción de parte de esta polémica véase el apartado “Los hermanos menores: encuentros y desencuentros” (Tarcus, 2009).

El intento de poner en pie una revista perduró por varios años, de ahí que en cada salida que hizo de Catamarca, Luis Franco aprovechó para tratar de reanimar este sueño. Durante una de esas travesías, en el marco de su paso por Buenos Aires, aprovechó para seguir discutiendo con algunas figuras del trotskismo de esos años, como Héctor Raurich, Carlos y Lázaro Liachovitzky -cuñado de Samuel Glusberg- en pos de vivificar, reanimar el sueño de una revista propia, que sirviera de tribuna de ideas y de carro de combate de este enrevesado grupo. Fue Héctor Raurich quien dejó una profunda impresión en el autor de *La flauta de caña*. Dijo de este apóstol del trotskismo local: “*me produjo, como cultura y como carácter, una impresión inmejorable*”⁸². ¿Qué unía a estos dos humores tan singulares? Raurich, quien era apenas seis años menor que Franco, poseía, al igual que él, una amplia formación cultural; ambos compartieron el gusto por la filosofía, por la estética, por la poesía. Los dos fueron pensadores audaces, agitadores culturales más que conductores de multitudes. Fueron dos figuras atravesadas por una misma sensibilidad política, convocadas y arracimadas bajo la sombra de quien supo encarnar la voz irascible del Soviet de Petrogrado.

Más allá de las discusiones, de los largos conversatorios, el proyecto de revista quedó trunco. Las dificultades para erigir un prosenio propio se amontonaron a raudales. Las distancias, lo económico, pero también y principalmente cuestiones políticas que restallaban en la cabeza del catamarqueño y los otros miembros, refrenaban el proyecto de revista. Franco le dijo a Samuel Glusberg, casi narrándole lo que podría leerse como una bitácora del fracaso: “*a) la actitud trotskista rígida en la que ellos se colocan; b) su convencimiento de que la revista sólo puede hacerse en Buenos Aires, es decir, que ellos serían los únicos directores*”. Así, caudillismo político y ortodoxia deberán anotarse en el haber de este repetido fracaso. El asesinato de León Trotsky en 1940 atizó el afán siempre infructuoso de parir la revista, volviendo a generar diálogos y puentes con los grupos trotskistas. Le escribirá Franco en términos acongojados a Samuel Glusberg, después del asesinato del líder soviético: “*Porque no sólo se trata, sin dudas, de una de las figuras más grandes de la historia humana- no inferior a la de Lenin, bajo ningún aspecto-, sino que en esta hora tan grandiosamente dramática, el pensamiento, la acción y el ejemplo de tamaño hombre eran tan decisivos y necesarios*

⁸² Para ver las impresiones de Luis Franco sobre Héctor Raurich, véase Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 12 de Mayo de 1936, 17 de Mayo de 1938 y 1 de Septiembre de 1941 (Tarcus, 2009: 234, 235, 236, 237, 249, 250, 275, 287 y 288).

a la suerte y el porvenir de las pobreza humanas y su libertad, como seguramente no lo fueron los de ningún otro hombre en cualquier otra época”⁸³.

Pero si Franco dialogó desde inicios de los años 30 con algunas personalidades del trotskismo, ¿cuál era la situación general de esta corriente? ¿Qué figuras la organizaban? ¿Qué debates surcaban al trotskismo argentino? ¿Qué tipo de relación montó Franco con la militancia orgánica? El surgimiento del trotskismo en América Latina y el mundo estuvo íntimamente vinculado a la aparición de los primeros núcleos de la Oposición de Izquierda. Sin embargo, es necesario tener en cuenta una serie de reparos para pensar la trayectoria de la Oposición de Izquierda. En sus inicios los grupos opositores lejos estuvieron de reivindicarse como trotskistas y, además, muchos de estos grupos no necesariamente terminaron alimentando, en el futuro, los cauces de esta corriente política. El opositorismo puede pensarse -aunque efímera y heterogénea- como una identidad política en sí misma. Identidad articulada en torno a una serie de críticas a algunas derivas políticas de la URSS y a la reivindicación de cierto retorno a un bolchevismo primigenio, que pareció sintetizarse en la figura de Lenin. Entre fines de 1920 y principios de 1930 comenzaron a erigirse pequeños agrupamientos de la Oposición de Izquierda primero en Argentina y con posterioridad en Brasil, Chile y Bolivia, que en la mayoría de los casos no pasaban de ser pequeños grupos de decididos que parecían predicar la bondad de sus verdades en la infinidad de los desiertos (Schelckov, 2020; Prado y Lauria Monteiro, 2020; Sandor John, 2020). Así caracteriza Camarero a los primeros embriones de la Oposición de Izquierda que florecieron en Argentina: *“En sus recorridos iniciales en Buenos Aires, fue un movimiento diminuto en adherentes, con escasas incidencia social y articulación organizativa”* (Camarero, 2020). Si algo compartieron estos primeros grupos opositores, durante sus primeros tiempos, fue la intemperie política y el desamparo social. Los amarres sociales de estos pequeños agrupamientos, sus niveles de inserción fueron bastante escasos en sus primeros años, a excepción de cierto peso adquirido en Chile durante la primera mitad de la década del 30 y en Bolivia, donde a partir de 1940, los trotskistas iniciaron un notable proceso de enraizamiento en el proletariado minero de ese país.

Desde sus comienzos, el trotskismo latinoamericano tuvo una existencia difícil. Sometido a constantes “caza de brujas” y “juicios inquisitorios”, que formaron parte del

⁸³ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 22 de Agosto de 1940, en (Tarcus, 2009: 225).

repertorio de actitudes del comunismo latinoamericano -bajo el signo del estalinismo- para con estos grupos; chocando de frente contra estructuras político-partidarias que los superaban ampliamente en movilización y capacidad de tracción social; enfrentado a los Partidos Comunistas que contaban con un amplio abanico de recursos y con aceitados contactos internacionales; carcomido y debilitado en muchos casos por luchas fratricidas como también por sus cegueras políticas, el trotskismo latinoamericano vio muy reducida desde sus inicios la capacidad de convertirse en una fuerza con capacidad de movilización, en una referencia de primer orden para las clases trabajadoras del continente.

La historia del trotskismo en la Argentina es una historia compleja, atravesada de desavenencias, de encuentros provisorios. Es una historia donde las escenas de pugilato político y de terrorismo verbal se suceden, como en lenta película, una y otra vez. Pero también el recorrido de esta corriente, por lo menos en estas latitudes, es la historia de una obstinación revolucionaria, de una dignidad política que no florece a diario en el jardín de la humanidad. La lengua trotskista es una lengua afilada, siempre dispuesta al gesto irreverente. Las hipérboles del lenguaje, la desmesura sarcástica de la chicana y la finura de argumentos y conceptos son piezas clave del vocabulario trotskista. La lengua trotskista es una lengua obsesionada por clasificar y marcar diferencias, una lengua que muchas veces se extravía en las menudencias de la política para desoír los marcos generales, los campos de posibilidades que la estructuran. Una lengua que, aún en situaciones de peligro, sabe hacer de lo secundario la falla geológica que separa dos continentes políticos. Pero también la lengua de los trotskistas es una lengua exagerada, y la revolución a lo largo de todos los tiempos, de todas las épocas ha reclamado ideas, acciones y esfuerzos exagerados. Esto no pretende ser la escrupulosa historia de esta tradición política en la Argentina, sino apenas un marco general, un balbuceo apretado, que nos permita entroncar la vida y la obra de Luis Franco con estas corrientes que captaron su atención, que reclamaron su trabajo. Desconocer el andar de los párvulos de Trotsky en estas latitudes nubla y empaña muchas de las apuestas teórico-políticas que hizo Luis Franco, sus lecturas históricas, sus posicionamientos como intelectual, sobre todo a partir de mediados de la década de 1930.

Como antes señalamos, los primeros núcleos de la Oposición de Izquierda en Argentina comenzaron a aparecer, casi como las flores silvestres de la cultura de izquierda, a finales de la década de 1920. Los enfrentamientos al interior del PCUS durante esta década repicaron y fueron caldeando las discusiones tanto de los comunistas locales

como de los de todo el orbe, estimulando rupturas, habilitando fraccionamientos y discusiones en torno a las posibles derivas de la revolución latinoamericana. Como bien apunta Alicia Rojo estos primeros agrupamientos trotskistas trataron desesperadamente de hacer pie en el mundo obrero, forjar vínculos intelectuales y referenciarse como espacios locales de la Oposición de Izquierda a nivel mundial (Rojo, 2012). De manera temprana, estos primeros apóstoles del trotskismo se contrajeron a la elaboración de un amasijo de razones y nociones teórico-políticas que los diferenciaron del comunismo local, que les dieran razón de existir y que les permitieran justificar su política y sus obsesiones. Este profundo esfuerzo de elaboración teórica es parte característica de la fisonomía del trotskismo argentino, siempre reacio al anti-intelectualismo vano, a las razones sencillas. En el marco de esta tarea de elaboración político-intelectual, la historia, la interpretación del pasado cumplió muchas veces un rol fundamental, sobre todo a la hora de impugnar muchas de las tesis del Partido Comunista, particularmente sus justificaciones de la idea de la revolución por etapas. Durante la década de 1930, el trotskismo criollo fue forjando algunas de las armas claves de su arsenal político-ideológico y la historia empezó a ser, lentamente, un tema recurrente, una obsesión persistente en los párvulos rioplatenses de León Trotsky.

La primera y solitaria partida de la Oposición de Izquierda, que con el tiempo se reivindicaría trotskista, se organizó bajo el influjo de tres figuras claves: la del marino mercante Robert Guinney –cuya vida, entre su nomadismo vital y sus periplos políticos, está cubierta con briznas de leyenda- y la del obrero español Camilo López y su hijo Manuel López (Camarero, 2020; Tarcus, 2007). Robert Guinney y Camilo López habían militado en el P.C.A, formaron parte de la ruptura de 1927 y compartieron militancia en el Partido Comunista de la Región Argentina, breve experiencia que tuvo a José Penelón como mascarón de proa y figura clave de este tenue experimento. Para 1929 comenzaron un lento proceso de acercamiento a la Oposición de Izquierda, que terminó de fraguarse en 1930 con la creación de Izquierda Comunista Argentina (I.C.A), la primera sigla partidaria del trotskismo argentino, un primer mojón en un devenir infinito de nombres y firmas. *La verdad* fue el título que tuvo el periódico de este grupo. La idea de exponer la verdad sobre la realidad se vincula por un cordón umbilical a los derroteros y luchas de la Oposición de Izquierda en la U.R.R.S. Acorralados, perseguidos, sobreviviendo como grupos minoritarios, rápidamente los trotskistas de todo el mundo pretendieron convertirse en los aguafiestas irreconciliables que desnudaban las faltas de la deriva política que había tenido la revolución de

Octubre, los crímenes del estalinismo, sus traiciones al “credo original” que había inspirado y servido de base a la epopeya de Octubre. Esa vocación por exponer lo oculto, por develar lo que se halla sumergido bajo detritos de mentira, arrojó al trotskismo muchas veces sobre la lengua de la denuncia.

Entre los méritos salientes de este breve y modesto experimento que fue la I.C.A, se contó el de haber estrechado vínculos e iniciar procesos de discusión política con algunas personalidades e intelectuales que fueron referencia del trotskismo argentino, figuras señeras que supieron dejar sus marcas, garabatear sus inscripciones sobre la corteza derruida del tiempo. Entre esos nombres se destacan los de Antonio Gallo, Héctor Raurich, Angélica Mendoza -quien había participado de la ruptura “chispista” en 1925 dentro del PCA- y Carlos Liachovizkty (Tarcus, 2007), figuras todas que en más de una ocasión cruzaron destinos o epístolas con el poeta catamarqueño que había decidido vivir del prodigio de sus manos en su apartada Belén natal. Otras de las virtudes o galones que pudo exhibir orgullosa la I.C.A, como parte de sus recorridos políticos, es el hecho de haber construido precarios puentes entre el trotskismo local y el movimiento obrero. En esa afanosa búsqueda, se sumó al grupo de Guinney y López un núcleo de militantes encabezados por el obrero municipal y ex militante del P.C.A, Pedro Milesi, un nombre clave en los posteriores avatares del trotskismo, claramente uno de sus primeros mohicanos.

Para 1931 Héctor Raurich se trasladó a España, donde comenzó a palpar el drama que empezaba a retorcerse en las entrañas de esa vieja tierra católica. Fue en Barcelona donde se cruzaron los destinos de dos figuras que alcanzaron una estatura mítica dentro del trotskismo argentino, como lo fueron Héctor Raurich y Antonio Gallo. Fue el primero quien ayudó a Gallo a tramoyar su historia con esta tradición política que constituye el trotskismo y quien lo vinculó a la Izquierda Comunista Española, espacio de militancia y disidencia marxista donde relumbraban algunas figuras, como la de Andreu Nin, futuro dirigente del P.O.U.M (Partido Obrero de Unificación Marxista) durante la Guerra Civil Española y Juan Andrade, personajes en cuya vida parecen arracimarse muchos de los debates y desgarramientos que sacudieron al comunismo durante la década de 1930. De retorno en Argentina, el pequeño grupo conformado por Raurich, Gallo, la dirigente docente Angélica Mendoza y Mercedes Bacall -otra de las amazonas que tendrá el trotskismo en sus primeros años- comenzaron a cavar sus trincheras políticas dentro de la geografía de izquierda, impulsando revistas y publicaciones que no ahorraron en polémicas y discusiones con otros grupos. Para 1933

este reducido pero fervoroso grupo fundará la Liga Comunista Internacional (L.C.I), otro eslabón más de la inmensa y abultada genealogía de siglas trotskistas.

Entre 1934 y 1935, el grupo de Gallo se dedicó a polemizar agriamente con su rival dentro del trotskismo criollo, la L.C.I dirigida por el obrero Pedro Milesi. En el transcurrir de esos años, las dos organizaciones se batieron a fuego cruzado desde sus publicaciones. Paradójicamente, luego de dos años de sangría y guerra política, ambos grupos se fusionaron y articularon en un solo esfuerzo partidario. También para mediados de la década de 1930, prorrumpió en la escena trotskista una figura tan importante como excéntrica, con una sorprendente cualidad para dividir las aguas, para hacer restallar la polémica: se llamó Liborio Justo, pero también se lo conoció como “Quebracho”, “Lobodón Garra” y “Juana La Loca”. Dijo de su entrada en el mundo trotskista: *“después de los primeros meses de 1935, había casi resuelto ya prescindir de la etapa stalinista y acercarme a las cuatro o cinco personas que se decían partidarios de León Trotsky en la Argentina”*. Si ya el proceso de la Reforma Universitaria desatado en Córdoba en 1918 había sabido rasgar sus fibras políticas, sus viajes, sus periplos de aventurero y sus contactos con la izquierda y las realidades de varios países, terminaron de arrojar a Liborio Justo sobre las costas trotskistas en 1938, cuando se sumó a las tropas de Antonio Gallo, agrupadas aún en la L.C.I. El camino de Liborio Justo bajo el paraguas de esta organización fue realmente efímero. A poco de andar, se separó de sus antiguos compañeros de ruta y fundó una nueva organización conocida como el G.O.R (Grupo Obrero Revolucionario), donde se inició en la militancia uno de los patriarcas de esta corriente, Nahuel Moreno, que entre otras cosas, debió a Liborio Justo, el seudónimo con el cual sabrá hacerse un hueco en la historia de la Argentina y la militancia de izquierda. A todas luces, Liborio Justo fue uno de los doce apóstoles del trotskismo argentino. Justamente él, el Judas Iscariote de su clase, el enclenque hijo de uno de los demiurgos del ejército nacional, sería uno de los miembros de la partida que se arrojaría a desparramar la verba del profeta por la anchura de estos campos desolados⁸⁴.

⁸⁴ Para un relato en primera persona de sus viajes, sus búsquedas y sus coqueteos políticos, véase Liborio Justo *Prontuario. Una autobiografía*, Ed. Gure, Buenos Aires, 1956. Liborio Justo protagonizó un inmenso debate con Antonio Gallo en torno al problema de la “cuestión nacional”. Fue una polémica iracunda la que enfrentó a los viejos compañeros, pero que dejó varias cuestiones a tener en cuenta, en primer lugar cierta voluntad de ambos de pensar la especificidad argentina, en el marco de un contexto más amplio. En segundo lugar en los dos se descubre una apropiación creativa de algunos textos marxistas, más que una vocación de glosa rígida del original. Para reconstruir esta polémica véase Tarcus, 1996b: 89-97.

Fue a partir del contacto con estas organizaciones, con estas figuras y con algunos de sus debates, que Franco empezó a hermanar su vida y su obra en la estela dejada por el “profeta desterrado”. ¿Pero en qué se basó esta relación? ¿Cómo se tejieron esos vínculos? Sobre todo, teniendo en cuenta que Franco a principios de los 30 se radicó en la alejada Catamarca, un territorio que hasta hoy parece inexpugnable para los anhelos políticos de las izquierdas. Sus vínculos con estos grupos radicaban más en una afinidad política, que en una soldadura estrictamente partidaria. La relación de Franco con el trotskismo durante la década del 30 fue una relación de contacto, epistolar, triangulada en muchos casos por Glusberg - radicado en Chile desde 1935-, y alimentada a través de proyectos de revistas, encuentros y pequeños viajes. No sólo el alejamiento de Franco de los centros urbanos contribuyó a darle esta forma a su relación con el trotskismo, sino que la fragmentación política de esta tradición en los años 30, también dificultó en buen grado la incorporación de algunas figuras a este universo militante. Además, la disposición de Franco a preservar su autonomía política e intelectual, contribuyó a moldear y darle forma a este vínculo.

Entre Nietzsche, Thoreau y Trotsky: el marxismo de Luis Franco

*Saludo al Movimiento, el dios que
permanece,
y a la Metamorfosis, madrina del retorno.
Se necesitan labios puros para lo aún no
dicho;
manos sin manchas para recoger
los misterios que entreabren su corola sin
ruido.
(Destilada en la noche largamente,
mi ciencia amanece con el rocío).
Luis Franco⁸⁵*

La asunción del marxismo por Luis Franco fue otro de los fenómenos que marcaron su proceso de politización en los años 30, en un contexto en el que el compromiso político pasó a ser una de las primeras opciones del menú de los intelectuales. Fue en esa geografía irregular y escarpada que constituye el marxismo, donde el poeta catamarqueño ancló sus expectativas tanto políticas como intelectuales. Instalado en Belén desde inicios de la década, dividido entre las faenas agrarias y sus lecturas, Franco se sumergió con avidez a deglutir los clásicos del marxismo, desbrozando a Marx y Engels, a Lenin y Trotsky y cuanto cayera en sus manos.

⁸⁵ Franco, Luis “Madre revolución” en *Babel. Revista de arte y crítica*, N ° 48, Santiago de Chile, Noviembre-Diciembre, 1948.

Luis Franco fue adentrándose muy lentamente en la tradición marxista, penetró en sus debates cargando sobre sus espaldas con una considerable formación intelectual. Quizás esto es un elemento que nos permite comprender por qué para el catamarqueño su filiación al marxismo no supuso desembarazarse de sus lecturas previas, del influjo que tenían en él algunos de los grandes hitos del pensamiento y la cultura -sean los clásicos del mundo helénico o los nombres fuertes del Renacimiento, sea Spinoza, Thoreau o Nietzsche. El marxismo que fue configurando Franco supo convivir con esos autores, para reactualizarlos creativamente en el sueño de acuñar una humanidad liberada. Es interesante como Franco explicita esta cuestión en un fragmento de su libro *Biografía de la Guerra* en donde dice: “*Por pensamiento revolucionario entiendo no sólo el del anarquismo o el marxismo sino el de varios de los más poderosos espíritus de nuestra época: Ibsen, Nietzsche, Kierkegard, Brandes; todos coinciden en advertir que el estado ha llegado a ser un patio de cárcel para la personalidad del hombre moderno*”.⁸⁶

Franco, en su búsqueda, fue haciendo del marxismo un precioso *vitreaux*, donde cabían distintas geometrías y colores, referencias y figuras, símbolos y formas; un mosaico donde convivían el arte y la economía, la historia y la filosofía, la materia y el espíritu. El marxismo de Luis Franco fue, por definición, una cultura de la búsqueda, una concepción del hombre y la sociedad que, para ser creativa, debía profanar las huacas más disímiles y variadas de la cultura, debía saber entrelazar una infinidad de voces. En el marxismo que fue labrando Franco, los clásicos de la tradición eran recepcionados y cribados a partir sobre todo de las lecturas de Henry David Thoreau y Friedrich Nietzsche, personajes claves en el catamarqueño para abordar la política como los así también llamados “deberes del intelectual”. En una carta a su amigo Glusberg, el poeta le relató algunos de los significados que tuvo su encuentro con el marxismo:

Más que la entrega de nuevas verdades, el marxismo fue para mí “una organización de convicciones”, como dice (Waldo) Frank. Es decir, una clarificación y sinfonización de creencias más o menos vagas e inconexas. Como tantos otros, sabía que (en la política, la educación, las relaciones sexuales, el arte) algo estaba profundamente mal y urgía un cambio no menos profundo, pero no sabía el por qué ni el cómo”.⁸⁷

⁸⁶ Franco, Luis *Biografía de la guerra*, Ediciones Perseo, Buenos Aires, 1941, p.30.

⁸⁷ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 3 de Enero de 1936, en Tarcus, *Horacio Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Ed. Emece, Buenos Aires, 2009, p. 231 y 232.

Recalemos nuevamente sobre la geografía de esa cita. Su cruce con el marxismo no constituyó una revelación inesperada, no abrió las puertas a un mundo que hasta ayer parecía ajeno o inexistente, más bien fue la posibilidad de “ordenar” o estructurar dentro de una visión del mundo un sinfín de preocupaciones, intuiciones e ideas que hasta ese momento se batían en danza de manera desordenada. El marxismo apareció como un eje vertebrador, como la posibilidad de refilar y pulir sus criterios políticos, sociales y artísticos. La “filosofía de la praxis” se presentó como la forma de sinfonizar sus creencias. Si algo resulta interesante es la idea de pensar al marxismo como sinfonía. Claramente lo sinfónico remite a un conjunto; a un conjunto capaz de armonizar, de potenciar instrumentos y sonidos distintos, en el marco de una jerarquía clara y definida. Su acercamiento al marxismo le permitió orquestar, dar forma y modelar un pensamiento, “equilibrar” los distintos aspectos de la realidad social, sea esto lo político, lo cultural, lo económico o lo social, dándole un sentido en el marco de una totalidad abierta. La idea de sinfonía le ayudó a vadear las versiones más duras o economicistas dentro de la tradición marxista, le brindó la posibilidad de pensar cada aspecto de la realidad social con sus características, con sus autonomías relativas dentro de esa totalidad abierta, rompiendo con la idea de que hay un solo factor (el económico) que sobredetermina al resto de manera unilateral y absoluta. Desde sus inicios, Franco empezó a delinear una concepción del marxismo que no podría ser nunca indexada al canon de los manuales ni al índice celoso que ponderan las ortodoxias.

Fue otra de las misivas que cruzó con Glusberg durante los años treinta, la que nos permite ir afinando y enmarcando la lectura y recepción que realizó Franco del marxismo:

“Mi convicción definitiva se expresaría así: 1) Creo que el marxismo no contradice ninguna de las tendencias más personales y autonómicas del mejor tipo humano, 2) el marxismo no es solo doctrina económica, sino universal – es decir, filosófica. En este sentido, pienso que el papel que corresponde a gente como nosotros es, menos de divulgar el sistema (tratado de dogmático por los que no quieren entender o no entienden) que el de ahondar en él, desarrollar sus cuantiosas posibilidades, extrayendo las más lejanas e insospechadas consecuencias (...)⁸⁸ .

Ahora bien, ¿qué se descubre en este amasijo de intuiciones? En este fárrago de ideas y emociones podemos ver que muchas de sus lecturas de juventud, lejos de ser

⁸⁸ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 21 de febrero de 1935 (Tarcus, 2009: 222).

abandonadas, se fueron engarzando y fueron permeando la apropiación que el poeta hizo de la tradición marxista durante las décadas de 1930 y 1940. En ese ejercicio de lectura del marxismo realizado por Franco, insistimos que las figuras de Thoreau y Nietzsche fueron fundamentales para que pudiera contornear algunas características centrales de su apropiación. En ese sentido, podemos aventurarnos a pensar que la huella de esos autores se descubre en la concepción que Franco construye de la “Filosofía de la praxis” como una filosofía de la libertad. Su marxismo no supuso la eliminación de lo singular, no fue una apología de lo impropio. Más bien se estructuró en la idea de que lo singular, lo propio, son elementos fundantes de lo común, nervio y osamenta de las potencialidades plebeyas. El de Luis Franco fue un marxismo que se recostó en las tensiones creativas entre individuo y colectivo, en el maridaje precario que propone esta diada. En la defensa del individuo, de la autonomía creadora que Franco reivindicó como piedra basal de su marxismo, relumbran como esquilas, su vieja admiración por Thoreau y Nietzsche⁸⁹. La “filosofía de la praxis” se convierte así en una visión del mundo, una concepción de la sociedad que lucha, denodadamente, para que los hombres y mujeres de todos los tiempos puedan recuperar, puedan reencontrarse con todo lo bello, todo lo sublime que le ha sido sustraído bajo el peso de una cotidianeidad monótona y apremiante, bajo el imperio diario de dar respuestas a la necesidad.

Las sombras de viejas lecturas cubren otros flancos de su apropiación del marxismo. Es difícil no sentir los ecos de Henry David Thoreau. Las huellas del “salvaje” Thoreau se alargan en el marxismo de Franco, de esa manera el panteísmo y el respeto sacro de la naturaleza –cuestiones que Franco mantuvo a lo largo de toda su vida- le permitieron contornear un marxismo alejado de toda matriz productivista y economicista. Por otro lado, Franco captó en la vida despojada y en comunión con la naturaleza que practicó Thoreau –al igual que el también admirado Walt Whitman- una forma de desalienación, pequeña prefiguración de otras formas de pensar la relación entre hombre, naturaleza y producción. También la influencia del autor de *Walden* brilla en el rabioso anti-estatismo que recorre la concepción del socialismo que elabora Luis Franco. Para este poeta el socialismo era una opción furiosa por el autogobierno, una expresión desaforada de la democracia de base. Luis Franco encaró una discusión a dos frentes en

⁸⁹ José Sazbón reconstruye como la obra de Friedrich Nietzsche fue leída en clave individualista, alimentando distintos cauces que fueron del anarquismo individual o heterogéneas formas de rebeldía (Sazbón, 2001).

torno al problema del Estado con *“los ideólogos de la burguesía y del socialismo a la nazarena”*, que no quieren ni pretenden entender que el Estado no es más que la negación del hombre. En la mirada del poeta, el socialismo no era la estatización de la vida, sino la fundación, la articulación de lo común, sostenida en la movilización y protagonismo permanente de lo plebeyo. *“La democracia socialista de mañana- escribió Luis Franco- más que un mero hecho económico y político, será un grandioso hecho espiritual: la inauguración del clima edénico de la planta hombre, esto es, aquel en que la sacra persona humana podrá desplegar todas sus posibilidades internas y externas”*.⁹⁰ En consonancia con esta idea, se vehiculiza una de las críticas a las derivas de la revolución bolchevique (no crítica al bolchevismo sino a la deriva autoritaria de la revolución): *“La gigantesca trampa del stalinismo es ofrecer como proletaria la dictadura burocrática que enterró a la Revolución de Octubre”*⁹¹. Entonces, ¿cómo sería el gobierno de los comunes, de lo común para Luis Franco? ¿Cómo se terminaría con el Estado? Fue la experiencia de la “Comuna de París” la gran cantera que proveería al poeta de ejemplos, de materialidades en ciernes para pensar un socialismo anti-estatista.

*“Mejor que todos los sociólogos la respuesta la dio en 1871 la Comuna de Paris, reemplazando al ejército permanente por el pueblo armado –privando a la policía de todo carácter político y convirtiéndola en órgano responsable de la Comuna-, sustituyendo al ejecutivo y al parlamento por una comuna integrada por representantes elegidos popularmente, responsables y revocables en cualquier momento –anulando el formidable poder de explotación espiritual del clero- y reduciendo la fastuosa escala de los sueldos burocráticos al rasero del jornal proletario”*⁹².

Para el ensayista catamarqueño la tarea de un marxista no podía ni debía nunca ser la de preservar el “original”. Asumir el marxismo de forma creativa requería, para quienes se prestaban a estas lides, de una buena dosis de audacia intelectual, de coraje político. No se trataba de “divulgar el sistema”, “manualizar” sus búsquedas y apuestas, constatar las verdades contenidas en su prédica; para Franco se trató precisamente de lo contrario. El marxismo, en tanto “filosofía de la praxis”, reclamaba un ademán potente y altivo, gesto

⁹⁰ Franco, Luis “Pasado y Porvenir” en *Babel. Revista de arte y crítica*, N ° 21, Santiago de Chile, Mayo-Junio, 1944.

⁹¹ Franco, Luis “Pasado y Porvenir” en *Babel. Revista de arte y crítica*, N ° 21, Santiago de Chile, Mayo-Junio, 1944.

⁹² Franco, Luis “El estado, negación del hombre” en *Babel. Revista de arte y crítica*, N ° 32, Santiago de Chile, Marzo-Abril, 1946.

de artista, voluntad de creador antes que modales de cancerbero. Esa vocación por ahondar en el marxismo, por extraer de él las más insospechadas consecuencias, estimuló una lectura del marxismo en clave de asalto, una especie de cuatrismo intelectual. De lo que se trató para Franco, no era de preservar sus formas, sino de tensar los límites de la “filosofía de la praxis”, extremar sus lógicas. La dignidad de ese marxismo, probablemente, residiría en su *ethos* cimarrón, en su pretensión irrenunciable de creación. (¿El marxismo como brújula -al decir de Mariátegui- antes que cartografía rígidamente definida? ¿Mapa desvaído antes que portulano perfecto?). Luis Leopoldo Franco comprendió de manera muy rápida, casi intuitiva, que la fidelidad a la apuesta marxiana pasaba, entre otras tantas cosas, por construir una fidelidad infiel con la tradición, una fidelidad que admitiera constantemente rupturas y nuevos *affaires*.

En la mirada de Franco el marxismo era capaz de englobar, de hacer convivir en la diferencia a distintas tradiciones intelectuales y artísticas capaces de exaltar la belleza, la voluntad del hombre, su afán de lucha, su vena creativa. De ahí que Franco se sirvió de Nietzsche, figura compleja para el canon marxista, muchas veces combatido desde esa tradición y recelado como un pensador elitista y conservador⁹³. Se acodó en la voluptuosidad de ese “*buen camarada*” para que el pensamiento y la obra de Marx no se transformen, al decir de Ezequiel Martínez Estrada, en “una cultura de martillo y tenaza”, en una tradición capaz de echar alquitrán sobre la vieja biblioteca y el acervo de experiencias que trabajosamente la humanidad supo levantar⁹⁴. Como remarca Sazbón el discurso de Nietzsche “*pudo ser plásticamente adaptado a diferentes reclamos*” (Sazbón, 2001)⁹⁵. Existió, por ejemplo, en Francia, un Nietzsche anarquista o sindicalista revolucionario. También, durante la década del 30 y en distintas realidades, el pensamiento de Nietzsche fue reapropiado en clave conservadora; a la vez hubo también franjas críticas del liberalismo y del marxismo, que lo reivindicaron como parte de una sensibilidad libertaria, como una forma de pensar en clave vitalista sus mismas tradiciones. Así el filósofo alemán encontró acérrimos defensores en un José Carlos Mariátegui, en un Luis Franco o en un Deodoro Roca por citar sólo algunos nombres en el continente.

⁹³ Así como fue un buen lector de Karl Marx y de Friedrich Nietzsche, Franco también fue un escrupuloso lector de Baruch Spinoza, a quien consideraba uno de los grandes filósofos de la modernidad. Dijo del autor de la “Ética”: “*la riente y luminosa Holanda (...) dio, en Baruch Spinoza, la mente más profunda y libre de los siglos modernos...*” en Franco, Luis *El otro Rosas*, Editorial Reconstruir, Buenos Aires, 1956, p.24.

⁹⁴ Carta de Ezequiel Martínez Estrada a Samuel Glusberg, 5 de Diciembre de 1963, (Tarcus, 2009: 138).

⁹⁵ Para ver ciertas lecturas que se hicieron de la obra de este filósofo alemán en Argentina puede consultarse Cragnolini, 2020 y López, 2010.

De esta manera el poeta se refería, en carta a Glusberg, a la obra del filósofo alemán y sus posibles lecturas o apropiaciones para pensar la tradición marxista:

*A propósito: he releído últimamente a casi todo Nietzsche, y junto con el refrescamiento y el ensanche de mi viejo entusiasmo, ha traído el asombro de ver cuánto de aprovechable (casi todo, de veras) hay en este “burgués”, como por razones epidérmicas lo han llamado, pues, mirado a fondo, se trata, como Usted sabe bien, del más formidable espíritu anti-burgués; ya que, si en la burguesía del mundo no hemos de combatir solo un régimen económico y político, sino también, y sobre todo como marxistas de veras, todo un milenarismo régimen moral, religioso, familiar, cultural.... Entonces Nietzsche, artesano y artista demolidor, es nuestro mejor camarada”.*⁹⁶

Nietzsche le sirvió a Franco por su gesto, por la envergadura de sus discusiones, por su crítica demoledora, furibunda al pensamiento y la moral de su tiempo. Le permitió descenderse de los andariveles del economicismo, de todo lo que empobrece a cierto marxismo que soslaya otras expresiones de la vida. Nietzsche lo instó a pensar la revolución, o mejor dicho al comunismo, mucho más allá de los magros límites de concebirlo como mera distribución de la riqueza social, como simple mudanza de las formas de producción. El esfuerzo crítico del filósofo alemán resulta un convite a concebir a la revolución como un intenso y profundo proceso de re-inención de lo social, de todo lo que atañe a la vida, sea la ética, el amor, el sexo, la producción, la cultura, el tiempo, hasta la mismísima relación que se establece entre el hombre y la naturaleza. Así, la revolución es pensada como ese “*nuevo buen sentido, esa cordura mucho más joven y sin miedo*”, ese nuevo vivir y sentir que “*jubilará los viejos y enfermizos delirios*”⁹⁷. En síntesis, Nietzsche le permitió a Franco, entre tantas cosas, insuflar al marxismo con aspectos del vitalismo, que el poeta catamarqueño siempre juzgó como elementos de primer orden a la hora de pensar formas de desalienación.

Si Thoreau y Nietzsche fueron claves en la lectura del marxismo ensayada por Luis Franco, la figura de León Trotsky fue la que eligió el catamarqueño para posicionarse dentro de esta tradición política. Franco supo nutrirse de las lecturas de los clásicos, pertrecharse con las apuestas teóricas y políticas del viejo jefe del Ejército Rojo. ¿Con qué facetas de Trotsky se reconoció Luis Franco? No lo hizo con el hombre del poder,

⁹⁶ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 21 de febrero de 1935, en Tarcus, Horacio *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Ed. Emece, Buenos Aires, 2009, p. 222 y 223.

⁹⁷ Franco, Luis “Madre revolución”, en *Babel. Revista de arte y crítica*, N ° 48, Santiago de Chile, Noviembre-Diciembre, 1948.

con el hombre de Estado, sino con un dirigente aislado, exiliado, con el “profeta desterrado” al que muchas veces solo le quedaba la pluma como forma de devolver los golpes, de conjurar la muerte. Ese identificarse con el dirigente desterrado, desalojado de la maquinaria del Estado, fue una identificación más fácil, más acorde para un hombre como Franco que siempre escapó de los ámbitos institucionalizados, que siempre rehuyó a participar de los espacios de poder, con sus jerarquías y complejidades.

Trotsky, su figura, sus ideas, sus lecturas apretadas en un mundo trepidante, fueron claves para que la vida y obra de Franco terminen de fraguarse con el marxismo, para forjar un potente maridaje que alumbró las derivas posteriores del poeta. Franco no ahorró elogios, no escatimó adjetivos pródigos para el dirigente soviético. Dijo sin ambages, sin balbuceos, que la de Trotsky era *“la vida más interesante de nuestro siglo: una vida de pensador, llena de la pasión dramática de las vidas más heroicas, una vida de profeta que tiene el prodigioso movimiento de las grandes biografías aventureras”*⁹⁸. Vida caudalosa, tempestuosa, sufrida, multiforme, titánica de dolor y de triunfo. ¿Qué le ofreció la figura de León Trotsky a Franco? En primer lugar, la estatura ético-política del caudillo soviético, la hondura de su inteligencia y la sutileza refinada de su espíritu conmovieron la lucidez y los sentimientos de Franco. El militante soviético le pareció el modelo más acabado, la quintaescencia de la síntesis entre el intelectual y el militante, el pensador y el organizador desvelado. En segundo lugar, el marxismo que le ofreció Trotsky en ese momento era un marxismo paria, un marxismo desterritorializado en términos políticos, cuyos exigüos amarres sociales eran pequeños grupos de enconados y decididos apóstoles. Era un marxismo de la diáspora, por ende más abierto y flexible a las modulaciones que los grupos políticos le fueron imprimiendo en cada rincón del orbe donde fue convocado el nombre del otrora jefe del ejército rojo.

⁹⁸ Franco, Luis “Vida y muerte de Trotsky” en “Babel. Revista de arte y crítica. Homenaje a la memoria de León Trotsky” n ° 16-16, Santiago de Chile, Enero-Abril, 1941. Disponible en la Biblioteca Nacional de Chile. En este artículo, también dirá de Trotsky “ lleva sobre sus hombros una de las cabezas más claras del siglo, y en su lengua el verbo de los mejores varones de Israel; pero ocurre que en el destierro Trotsky no hace más que crecer, hasta completar la parábola prodigiosa de su personalidad: la de un caudillo mayor de la inteligencia, con su pedestal de libros capitales; la de un luchador de tal pureza heroica que nunca supo lo que es aflojar el arco; la del forjador de una conducta *aere perennius*; todo conjugándose así en la figura más entera de nuestros tiempos; y el hecho de que el faraónico régimen staliniano haya gestionado tan incansablemente la muerte corporal del hombre, aun desterrado de toda tierra, como estaba, implica el más profundo reconocimiento- tan siniestro y bajuno, como es- de su insufrible grandeza.

Las primeras partidas trotskistas en América Latina, como antes explicamos, fueron básicamente humildes agrupamientos, pequeños espacios antes que inmensas y estratificadas organizaciones partidarias. Pequeños grupos dispersos sin un centro de referencia mundial, excomulgados de la Internacional Comunista. La cuestión de no responder a ninguna “metrópoli organizativa” –hasta 1938⁹⁹–, de no someterse a las bulas políticas y a las exigencias de la Internacional, les brindó a los trotskistas argentinos y latinoamericanos determinados márgenes de autonomía, un campo de maniobra más amplio a la hora de indagar sobre las particularidades y relieves económicos-sociales de nuestro continente. En suma, la marginalidad política de los grupos trotskistas, trocó en posibilidad, se tornó estímulo para el ademán herético. El trotskismo convidó a Franco con un marxismo mucho más audaz e intrépido del que le podía ofrecer el comunismo criollo. Además, si algo caracterizó a estos núcleos de militantes desde sus inicios fue la vocación por desarrollar y entroncar una amplia tarea intelectual e interpretativa que pudiera convivir con los gajes de la militancia diaria y cotidiana. Por último, los trabajos, los escritos del profeta del Soviet de Petrogrado, le brindaron un esquema, un modelo para pensar la historia. La “ley de desarrollo desigual y combinado” teorizada por el líder soviético, se transformó en un potente prisma, para calibrar la enmarañada y compleja realidad argentina y latinoamericana. Además, como insiste Tarcus, el caudillo convidaba con “*un análisis de la dinámica de clases en los países atrasados en una perspectiva de revolución permanente*” (Tarcus, 1996b: 66). Porque si en algo Trotsky hizo gala de su genio, muestra de su inteligencia, de su agudo sentido de la belleza, fue, sin lugar a dudas, en la escritura de la historia.

En síntesis, Luis Franco fue entretejiendo en su visión del marxismo, distintos registros teóricos y variadas apuestas políticas. Este marxismo abierto que supo levantar se pulió con celo y orgullo de autodidacta –lejos de las urgencias de una línea político-partidaria; se presentó siempre en clave abierta, más como conjunto de preguntas antes que un sistema de normas tendientes a petrificar la realidad. Era un marxismo que esquivaba o, mejor dicho, rehuía cualquier lectura de aires talmúdicos; se compuso en base a materiales finos, a perlas y componentes preciosos hallados en las profundidades o en las canteras más visibles de la cultura. Era un marxismo sazonado en las múltiples napas del pensamiento, en las rudas lecciones de la historia; fue una apuesta que

⁹⁹ Si bien en 1938 se fundó la IV Internacional, con sede en París, que intentó aglutinar y convertirse en una referencia para los grupos que, en los diferentes países del mundo se identificaban con Trotsky, no llegó a tener el mismo nivel de centralización y homogeneidad que exhibió la Internacional Comunista.

escardó distintas tradiciones. Era un marxismo que pivoteaba entre algunas columnas fundamentales como lo fueron la idea de libertad, de independencia y de individuo.

España aparta de mí este cáliz

La Guerra Civil española fue uno de los grandes dramas históricos que tuvo como escenario el siglo XX, otro de esos fenómenos desgarradores que se incubaron en el vientre del período de entreguerras. La Guerra Civil española fue un hecho capital de la historia mundial, considerado por muchos como la antesala de la segunda conflagración mundial. La contienda española, repercutió mucho más allá del espacio ibérico, del continente europeo. En nuestro país, se convirtió en un hecho gravitante, siendo una constante en los periódicos y debates políticos de la Argentina de esos años. Partidos políticos, sindicatos, intelectuales o asociaciones de inmigrantes se posicionaron a favor o en contra de la República. Daniel Campione asegura: *“En Argentina el conflicto español se convirtió, a efectos prácticos, casi en una confrontación política interna. Millones de residentes en el país, nacidos aquí o en el extranjero, lo vivieron como algo propio, se vieron impulsados a pronunciarse sobre la guerra, a desarrollar múltiples acciones solidarias”* (Campione, 2018: 191). A esto se sumaba que el conflicto español se daba en el marco de una trama compleja de la política argentina, marcada por el golpe, el fraude, la represión y el ataque a las ideas liberales y democráticas, que no hacían sino amplificar los ecos del conflicto a escala local.

La Guerra Civil Española obligó a buena parte de la sociedad a tomar posición, a definirse por los bandos en lucha. Como pocos, los intelectuales sintieron el grito estrepitoso que emanaba desde las entrañas de la vieja España. Para la intelectualidad del mundo y de la Argentina, la guerra fue un verdadero parteaguas. Si la consolidación primero del fascismo italiano y luego del nazismo alemán, habían significado un acelerado proceso de politización en el mundo intelectual, la Guerra Civil Española vino a radicalizar y profundizar esa tendencia que venía desplegándose en el mundo intelectual, que se manifestó en una “internacionalización” del compromiso político de los intelectuales (Saítta, 2001; Traverso, 2014; Sarlo, 2020).

María Teresa Gramuglio insiste en remarcar que la Guerra Civil no sólo puso la pregunta por la responsabilidad política de los hombres y mujeres de ideas como primera opción del menú de los intelectuales, sino que también insiste en que la lucha en España *“se convirtió en un verdadero parteaguas para la redistribución de posiciones en el campo literario”* (Gramuglio, 2013: 242). La Guerra en España no sólo

politizó el cuadrante izquierdo de la cultura, también los sectores de derecha de la intelectualidad se estremecieron con los sucesos de la península. La guerra civil aparecía a ojos de muchos intelectuales de derecha como una cruzada donde la tradición y la religión se enfrentaban al avance del “monstruo rojo”, al poder disolvente de las jerarquías que según ellos representaban el anarquismo o el comunismo. Por el contrario, para la intelectualidad liberal y de izquierda, España aparecía como uno de los reductos donde se jugaba el destino o salvación de la cultura universal, de los valores del iluminismo y la razón que el fascismo intentaba con ahínco aplastar.

Luis Franco, como tantos otros intelectuales de su época, fue a sorber el cáliz amargo de España. El estallido del conflicto no hizo más que radicalizar muchas de las preguntas e ideas que el poeta venía macerando en su cabeza desde principios de los años 30. Al desatarse la contienda, le comentó en alguna carta a Samuel Glusberg la posibilidad de trasladarse a España, proyecto que nunca fructificó. Pero el drama español aparece de manera urgente y repetida en la correspondencia con su amigo y editor. A poco de iniciarse la guerra le comentaba: *“La guerra civil española me tiene en tan angustiosa expectativa, que cada día, a las 19 y a las 21, estoy religiosamente junto a la radio (...) A nadie que comprenda un poco puede escapar que hoy en España se está ventilando algo mucho más decisivo y más “novedoso” que la Gran Guerra”*¹⁰⁰. En otra misiva le dijo a Glusberg en tono angustioso: *“Aún confío que el nudo de España puede desatarse favorablemente: o por la ayuda rusa o por la internacionalización del conflicto. En todo caso, tenemos demasiada razón para vivir colgados de él por un hilo. Desde el punto de vista especulativo, comprueba hasta el hartazgo todas las anticipaciones marxistas y leninistas: desde la siniestra miopía de los Prietos y Azañas, hasta la enternecedora catolicidad de los Queipos y Franco y el incorruptible patrimonio de las sotanas”*¹⁰¹.

España se fue volviendo una constante en la reflexión del poeta, un tema medular que atravesó toda su labor intelectual. No solo apareció en su correspondencia sino que también se filtró en su poesía. En 1938 Luis Franco publicó *“Suma”*, por la editorial Perseo. *“Suma”* es uno de los primeros poemarios, donde podemos hallar el cruce incipiente entre arte y política. La Guerra Civil Española resalta en un poema titulado “Fierro proletario”:

“Veraces latidos de hombres

¹⁰⁰ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 20 de agosto de 1936, (Tarcus, 2009: 239).

¹⁰¹ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 28 de octubre de 1936 (Tarcus, 2009: 241).

*alzan ya otro clima humano.
Los de España, los de España
izan el alba con sus manos;
ellos luchan por lo que otros
apenas quieren soñarlo:
mudar en hombre al más viejo
animal domesticado.
Si el mundo se hizo panoplia
contra vosotros, hermanos,
¡ya de lo negro hacéis pólvora,
dinamita de lo blanco!*¹⁰²

Si al principio Luis Franco adhirió al bando republicano casi sin miramientos, con el transcurrir de los años fue puliendo su mirada, volviéndola más nítida en lo que hace a los acontecimientos políticos. Sus análisis de España se plasmaron en su libro *Biografía de la guerra*, trabajo amasado en la soledad de Belén a medida que se desovillaban los acontecimientos. *Biografía de la guerra* fue publicado en 1941 por Ediciones Perseo, perteneciente al editor Carmelo Di Vruno. El libro funge como un cuadro de época, donde Franco ensaya sucintas explicaciones sobre el desarrollo del capitalismo entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, el estallido de la “Gran Guerra”, la Revolución Rusa y el socialismo pre-bélico, el fascismo y el nazismo, la Guerra Civil Española, el pacto Molotov-Ribbentrop y los inicios de la Segunda Guerra Mundial. Es un ensayo histórico ya plenamente inscripto en los carriles del marxismo y donde resaltan, en algunas lecturas políticas e históricas, sus acercamientos con el trotskismo. Para el poeta, la derrota de la “Revolución española” se debía, entre tantas cosas, a la incapacidad y a la falta de voluntad del gobierno republicano por radicalizar el proceso e invertir las relaciones de fuerza entre los sectores subalternos y la burguesía. En cada retroceso y concesión que hacía la república, se cimentaban las condiciones políticas de la derrota. En sintonía con esa lectura, Franco fue un crítico acérrimo de la política de los frentes populares. Así lo asentó en su libro: “*el Frente Popular, con la colaboración stalinista y con todas las incongruencias y menguas que provienen de su falla básica: la renuncia del proletariado a su política de clase, es decir, revolucionaria, en homenaje a su alianza con la burguesía pequeña y media, en una época en que la polarización*

¹⁰² Franco, Luis “Fierro proletario”, *Suma*, Ediciones Perseo, Buenos Aires, 1938, p.190.

*aguda de las fuerzas sociales sólo deja en pie dos verdaderos frentes de lucha (...) la burguesía fascista o fascistizante y el proletariado revolucionario”*¹⁰³.

A la vez que arremetía contra la línea de los frentes populares y las formas políticas desplegadas por el estalinismo, se encarnizó en su crítica al papel de las “democracias occidentales”. Pocos meses antes que la guerra termine, en una misiva a Glusberg le comentaba: *“Pocas cosas me han angustiado tanto como el resultado –no por sospechoso menos infame y sublevante- de la política staliniana chamberliana en España. Sólo nos queda la guerra (...) Yo sigo teniendo una enorme fe a pesar de todo. También la tengo en que poco a poco, pero rápidamente, el patrono de la URSS aparezca como el pope de la contra-revolución en el mundo”*¹⁰⁴. La crítica a Stalin y la política de la Unión Soviética en España fue uno de los ejes de su relato. Para Luis Franco el papel de la URSS en España había sido abiertamente contrarrevolucionario. En *Biografía de la guerra* traza esta línea para condenar al estalinismo: *“El trabajo de infiltración stalinista en la organización obrera menos avanzada y con más elementos pequeño-burgueses -la U.G.T- y la siembra de confusión y discordia en el seno de la poderosa C.N.T que tenía más de un millón de obreros organizados y de las F.A.I, remató poco a poco en la más insidiosa y alevosa conspiración contra todas las conquistas revolucionarias de los obreros y campesinos: desde los tribunales populares a las colectividades agrarias. (...) Aquí como en la Moscú de los “procesos”, la apocalíptica inventiva del stalinismo en la mentira y la difamación corrió pareja con su maestría en el manejo del terror”*¹⁰⁵. Pero la mirada corrosiva de Franco no se detenía ni en Chamberlain ni en Stalin, avanzaba también contra el papel de los intelectuales españoles durante el drama de estos años. Para este ensayista el papel que había jugado el grueso de la intelectualidad española -sea Pío Baroja, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón o José Martínez Ruiz- era por lo menos condenable. Franco les criticaba su vida bajo el paño del *establishment*. Pero en todo drama, hay excepciones. Y una de esas la encarnaba, a sus ojos, el poeta Antonio Machado, del que extrañamente lo único que reivindica, por lo menos en este texto, es su adhesión al bando republicano.¹⁰⁶

¿Cómo leyó el poeta de Belén el levantamiento del general Franco? ¿Incluyó al franquismo como una expresión del fascismo de entreguerras? Franco encasilló el

¹⁰³ Franco, Luis *Biografía de la guerra*, Ed. Perseo, Buenos Aires, 1941, Pp. 125-126.

¹⁰⁴ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 11 de febrero de 1939 (Tarcus, 2009: 255).

¹⁰⁵ Franco, Luis *Biografía de la guerra*, Ed. Perseo, Buenos Aires, 1941, p.133.

¹⁰⁶ Franco, Luis *Biografía de la guerra*, Ed. Perseo, Buenos Aires, 1941, Pp.136-137.

levantamiento contra la república como parte de la cruzada fascista¹⁰⁷. De alguna manera, adhirió a esa generalizada imagen del tríptico fascista compuesto por “Roma-Berlín- Madrid”. ¿Pero cómo leyó Franco al fascismo? ¿Qué características resaltaba de estos experimentos de derecha? Para este ensayista el fascismo era inseparable de la violenta reacción que había generado la Revolución Rusa entre las clases dominantes de Europa y entre algunos sectores de la pequeña-burguesía. También, en la mirada aguda de este poeta, el crecimiento de este fenómeno era indisoluble de la incapacidad de los Partidos Socialistas de darse una orientación revolucionaria, ante la crisis provocada por la guerra y el derrumbe del mundo liberal. Franco veía en el fascismo “*la única actitud que le resta al régimen capitalista ante su propia condena*”¹⁰⁸. Identificó como bases sociales de este nuevo fenómeno político a la gran burguesía y las clases medias de Italia y Alemania. Así lo consignó en *Biografía de la guerra*: “*El fascismo de fuente y psiquis pequeño burguesa, trata de armonizar las dos clases polarmente opuestas; de ahí que sea, política y económicamente, en el terreno de la doctrina, un remendón (...) El estado corporativo, único lado más o menos tangible del doctrinal fascista, es la conciliación arcádica entre patronos y obreros gracias a la virtud disuasoria del aceite de ricino y el manganello*”¹⁰⁹.

A este ensayo histórico Luis Franco no podía cerrarlo sin hacer un ejercicio de lectura sobre el inicio y las consecuencias que, según su mirada, traería la Segunda Guerra mundial. El catamarqueño inscribió la guerra como un proceso “lógico” en el marco de la política europea y del desarrollo del capitalismo. Dijo en ese libro: “*Esta es una guerra archirreaccionaria por ambos frentes, guerra de piratería imperialista por un nuevo prorrato del mundo, esto es, de colonia y mercado y significa una reiteración más grandiosa y tenebrosa de la aventura de 1914-1918, y triunfe quien triunfe será, más de lo que ya es, una calamidad para los pueblos*”¹¹⁰. Lo que anunciaba, de manera casi indefectible, la guerra para Franco era el naufragio de la civilización capitalista; el cañoneo constante y el tableteo de ametralladoras que constituían el canto negro de Europa eran, en la retina del poeta, el réquiem definitivo de la sociedad capitalista. Además de todo lo inhumano y degradante que comportaba la guerra, el catamarqueño - en sintonía con el trotskismo- oteó en ella una posibilidad revolucionaria. Creyó que los

¹⁰⁷ Franco, Luis “Don Paquito” en *Babel. Revista de arte y crítica. Homenaje al pueblo español en el décimo aniversario de su resistencia*, n ° 34, Santiago de Chile, julio-agosto de 1946.

¹⁰⁸ Franco, Luis *Biografía de la guerra*, Ed. Perseo, Buenos Aires, 1941, p.66.

¹⁰⁹ Franco, Luis *Biografía de la guerra*, Ed. Perseo, Buenos Aires, 1941, p.69.

¹¹⁰ Franco, Luis *Biografía de la guerra*, Ed. Perseo, Buenos Aires, 1941, p.165.

efectos de la guerra abrirían –como había acontecido en el marco de la “Gran Guerra”– un proceso revolucionario a escala mundial, una revitalización del movimiento obrero y fisuras al interior de la hegemonía stalinista en el movimiento comunista. Con tono optimista Franco estampó esta frase a fines de 1940: “*La pan-revolución está incubándose dentro de la pan-guerra; las fuerzas del trabajo, ayudadas por la vanguardia de la intelligentsia ajustarán cuentas al viejo amo común*”¹¹¹. Como hemos dicho desde el inicio, los sucesos de España marcarían un punto clave en el proceso de politización de Luis Franco, ya que a partir de ahí se volvió absoluta su desconfianza para cualquier salida de tipo reformista, a la vez que se fue sellando su lento acercamiento a algunas líneas políticas del trotskismo.

El trazo de algunas redes intelectuales y políticas: sus colaboraciones en *Flecha*, *Columna* y *Frente Obrero*

Durante la segunda mitad de los años 30 y principios de la década de 1940, Luis Franco produjo una buena cantidad de textos, sobre todo ensayos y poemas, que irrigaron una serie de publicaciones que animaron la vida intelectual durante esos años. Replegado en la austera tierra de Belén, las colaboraciones en revistas y periódicos, los permanentes cruces epistolares con amigos y compañeros y hasta algunos viajes aislados, fueron la forma que halló Franco para delinear nuevas redes intelectuales y políticas, para mitigar en parte su aislamiento y mantener contactos con un mundo intelectual que no dejó nunca, más allá de ciertos desplantes y desprecios del catamarqueño, de convocarlo una y otra vez.

Luis Franco colaboró en la revista *Flecha. Por la paz y la libertad de América* (1935-1936), dirigida por el cordobés Deodoro Roca; una publicación pletórica de nombres y talentos. “*Flecha*” lanzó diecisiete números y en sus páginas formato diario, hallamos figuras vinculadas al reformismo, como su mismo director, Enrique Barros, Saúl Taborda y Juan Lazarte. También había muchos nombres que balizarían en los años por venir la cultura política de las izquierdas argentinas y latinoamericanas como Elías Castelnuovo, Cayetano Córdoba Iturburu, Héctor Agosti, Raúl González Tuñón, Liborio Justo, Ernesto Giudici, Enrique Espinoza, Benito Marianetti, Tristán Maroff, Julio Dakumbre o Oscar Creydt. También despuntaban los nombres de Lisandro de la Torre o del enorme escritor cordobés Juan Filloy. Algunas muecas intelectuales que hicieron a la especificidad de *Flecha* fueron, como insiste Martín Bergel, su intento de disputar los

¹¹¹ Franco, Luis *Biografía de la guerra*, Ed. Perseo, Buenos Aires, 1941, p.179.

sentidos de algunos sucesos contemporáneos a la prensa hegemónica, su orgulloso anti-belicismo y su ecumenismo de izquierda, que la llevó a reunir a un amplio abanico de intelectuales de izquierda que se oponían vehementemente al crecimiento de las fuerzas de derecha y reaccionarias. En voz de Bergel: “*Flecha de Deodoro Roca pudo haber sido tanto un ensayo de interpelación de las fuerzas democráticas y antifascistas, como una tentativa por hegemonizarlas desde una posición de izquierda*” (Bergel, 2012: 19). Luis Franco apenas colaboró en dos números de la última etapa de la revista. En el número 13 nos encontramos con una nota de César Tiempo que se titulaba “*Escuchando a Luis Franco*”. La nota es, en gran medida, una loa a la politización de su compañero, que se inicia así: “*Luis Franco se ha enrolado en la lucha. Conocemos la seriedad de sus ideas, la dignidad de su vida: renuncia, dueño de la más prolija pobreza, a sinecuras y honores, organiza movimientos reivindicatorios en su aldea natal, profundiza el drama de la explotación, estudia, viaja, observa y, maduro para la entrega, inicia su nueva etapa*”¹¹². El escrito de Tiempo se estructura en todo momento en tono de alabanza, reivindicando desde su politización a la calidad y los temas que hacen a su poesía. De la poesía de Franco, César Tiempo diría: “*Como poeta nada tiene que ver con los violinistas ebrios que deleitan a las burguesitas con su vana música melosa en las fiestas del mundo, ni con los que bailan en todos los bailes con el rostro en el que la soledad ha cavado surcos huraños...*”¹¹³. Lo que Tiempo ensalzaba de la poesía de Luis Franco era el hecho de que no se mostrara ajena al drama social y político de su tiempo, que sus versos sean hijos pródigos de los días que le tocaron en suerte. Saludaba, además, que la politización de su poesía no se hubiera dado en detrimento de la calidad de los versos; vindicaba también la actitud de Franco como escritor de no prestarse a actitudes rastreras con ciertas modas literarias o poéticas que para Tiempo pululaban orgullosas en ese contexto.

César Tiempo en su nota, comentaba la conferencia que Luis Franco había dado en la Sociedad Hebraica de Buenos Aires y que tituló “Arte y realidad social”. Las relaciones entre arte y realidad, poesía y política, compromiso y autonomía del artista, fueron temas centrales en las reflexiones de Luis Franco en los años 30. En concomitancia con los debates que atravesaban a buena parte de las izquierdas, el ensayista se avino a pensar estas cuestiones. De hecho, su primera publicación en *Flecha* en este mismo

¹¹² Tiempo, César “Escuchando a Luis Franco”, en *Flecha. Por la paz y la libertad de América*, N ° 13, Córdoba, lunes 1 de junio de 1936.

¹¹³ Tiempo, César “Escuchando a Luis Franco”, en *Flecha. Por la paz y la libertad de América*, N ° 13, Córdoba, lunes 1 de junio de 1936.

número trece, llevaba por título “Autonomía del artista”. Sintetizando algunas cuestiones de esta intervención, podemos remarcar que para Franco el mundo del arte en los 30 se hallaba jalonado por grandes preguntas y debates. Para el catamarqueño era urgente abandonar la fragmentación en el campo del arte; era necesario volver a pensar al arte de conjunto, como un todo, donde cada expresión de lo humano se uniera. Otra cuestión clave era el problema de la independencia del arte. Si la música o la literatura pretendían ser la expresión más acabada del pulso frenético de sus días, debían renunciar a cualquier tipo de compromiso o dependencia con la “política” tradicional o con los poderes económicos, ya que estos no hacían más que agostar desde el inicio su misma proyección, su capacidad de servir a hombres y mujeres en la lucha por recobrar el sentido pleno de la vida. Sin embargo, la defensa de esa autonomía no implicaba una reivindicación de la idea del “arte por el arte”; no suponía un desconocimiento de la realidad social y política en la que se hallaba inmerso el artista ni del lugar que podía ocupar el arte en un proyecto político transformador. Pero el poeta insistía que la politización del arte, el intento del artista por enraizarse en su pueblo, no suponía el acto de rebajar al arte al umbral de la propaganda política, a una fútil consigna de ocasión. El arte -y la literatura en particular desde la mirada de Franco- debía ser una de las levaduras que ayudaran a fermentar el mundo nuevo. Al cierre del artículo decía: “*La acción del escritor – el pensamiento operante, la creación artística- es tan fecunda como cualquier suerte de acción directa*”¹¹⁴.

Algunos números después, Luis Franco volvería a publicar en el último ejemplar que aparecería de esta revista sostenida por el genio y el esfuerzo de Deodoro Roca. En esta ocasión publicaría un poema, producto de sus últimas creaciones. La poesía tuvo un lugar destacado en la impronta de *Flecha*, cuestión que en gran parte se debió al gusto y la amplia formación literaria de Roca. Las poesías que *Flecha* lanzó a la palestra se desatacaron por la evocación de lo social y lo político. Son todos poemas que de alguna manera intentaron lidiar con la compleja relación entre arte y política, intentaron suturar -quizás de manera imposible- los debates y aporías siempre presentes en torno a este complejo par. Franco publicó “*Coplas del meditabundo*”, acá se puede ver un fragmento para pensar las búsquedas artísticas de Franco en ese momento:

¹¹⁴ Luis, Franco “Autonomía del artista”, en *Flecha. Por la paz y la libertad de América*, N° 13, Córdoba, lunes 1 de junio de 1936. En el mismo número de *Flecha* publicaría también Enrique Espinoza un artículo sobre las figuras de Romain Rolland y León Trotsky. También el editor radicado en Chile publicaría un artículo en la n° 15 sobre el poeta Heinrich Heine.

*Ni sonajero ni ornato
pudibundo:
El arte es la más intensa
versión del hombre y del mundo.
Una sociedad de rábulas
negra de uñas y conciencia
de lo profundo hace fábulas,
de lo chabacano ciencia¹¹⁵.*

La preocupación por las funciones del arte, restalla en este pequeño fragmento de ese poema. En el caso del poeta del interior, este interrogante se jugó en la poesía, en los ensayos y también lo puso a rodar en sus cartas con Glusberg. Unos meses antes de que apareciera este poema, en enero de 1936, Franco comentaba a su amigo: “*Así, pues, mis versos a Trotsky y a la revolución podrán o no estar logrados poéticamente, pero no son versos de circunstancia: son de fondo. Creo que la poesía de hoy tendrá que ser “revolucionaria (esto es, responder a las NUEVAS necesidades vitales y espirituales) o no será tal poesía. El superrealismo y sus alias, de bizantinismo y alejandrinismo tan evidentes, quedarán, no en la retaguardia, sino en la reserva. Eso sí, creo que esa poesía auténticamente nueva tendrá forzosamente que ser casi fatalmente un tanto informe, tosca e impura, como toda cosa de comienzo*”¹¹⁶.

Si bien Luis Franco colaboró en *Flecha*, nunca se sintió totalmente a gusto con el horizonte y la apuesta política de esta publicación. En su largo cruce epistolar con Glusberg volcó algunas inquietudes para con este proyecto revisteril y político: “*La gente de Córdoba –Bermann, Roca, etc.- son gente de bastante calidad y resolución, pero que ven bastante menos claro que nosotros y conservan muchas pequeñas ataduras “pre-históricas”, es decir, que uno se queda con la duda de si han superado de veras la frontera liberal, o mejor, pequeño-burguesa*”¹¹⁷. En otro de los intercambios remarcaría su juicio: “*Sí, **Flecha** es totalmente aguachenta: en lo doctrinario, y también literariamente. Pero el esfuerzo de Roca es dignísimo*”¹¹⁸. ¿Por qué ese malestar con esta revista? Podríamos decir que la vena crítica que recorre la publicación le sentaba bien al catamarqueño, hasta en “*Flecha*” dejaron su marca algunos de los fundadores del

¹¹⁵ Luis, Franco “Coplas del meditando”, en *Flecha. Por la paz y la libertad de América*, N ° 17, Córdoba, lunes 10 de agosto de 1936.

¹¹⁶ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 3 de enero de 1936 (Tarcus, 2009: 232).

¹¹⁷ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 12 de mayo de 1936 (Tarcus, 2009: 236).

¹¹⁸ Carta de Luis Franco a Samuel Glusberg, 2 de julio de 1936 (Tarcus, 2009: 238).

partido trotskista más importante de América Latina como fue el P.O.R boliviano, como Tristán Maroff. ¿Cuál era el eje de esa discusión subterránea? Un aspecto a balancear para entender la distancia crítica de Franco para con la revista, reside en la distancia que siempre mantuvo Luis Franco con el clima intelectual y las herencias de la “Reforma Universitaria”. Si para Deodoro Roca y Gregorio Bermann la “Reforma” constituyó un momento fundacional en su devenir político-intelectual y la pregunta en torno a cómo reactualizar los bríos y sentidos políticos de esta gesta los acompañó hasta su muerte; en cambio, en la nutrida obra franquiana no se hallan siquiera referencias o comentarios sobre los acontecimientos de Córdoba en 1918 y sus ecos políticos en otras provincias y el continente. Quizás esa no mención, ese no darse nunca por aludido en torno a los ecos de la “Reforma”, fue una forma que Franco utilizó para realzar su carácter de pensador extra universitario, mejor dicho anti-universitario. Como ya señalamos Luis Franco fue un intelectual sumamente arisco con el mundo universitario a lo largo de toda su vida¹¹⁹. Esa distancia para con la “Reforma” y sus legados, actuaba reforzando la imagen de un intelectual que se había creado pacientemente a sí mismo; levantaba la imagen de un hombre sin ataduras, sin compromiso con institución alguna. A diferencia de otros marxistas que se acercaron al trotskismo, como Liborio Justo, que sintió retremblar su imaginación política con la “Reforma”¹²⁰, Luis Franco amplificó, exageró siempre esa distancia para con el mundo universitario. Es imposible que los ecos de la reforma no lo hayan rozado de alguna manera, que no hayan empapado algunos de sus debates en los años 20 y 30. De hecho sus años en la facultad de derecho transcurrieron entre 1919-1921, su poesía y su nombre circularon en algunas de las redes intelectuales y políticas tejidas por el reformismo –por ejemplo, en las de Julio Antonio Mella- y a lo largo de su vida mantuvo varios diálogos con personajes que hicieron sus primeras

¹¹⁹ Así como había rechazado un ofrecimiento para trabajar en la Universidad de Tucumán durante la década de 1930, en 1956 en el marco de la reconfiguración de la Universidad posterior al golpe contra el peronismo en 1955, Luis Franco sería convocado por la Universidad Nacional del Sur para sumarse como docente. Al igual que antes rechazaría el ofrecimiento. En carta a su admirado Enrique Banchs, Franco le narraba también rechazo a la Academia Argentina de Letras: “No sé, pero escapa a mi imaginación el poder figurarme académico a un hombre que se ve en el caso –no siempre muy a su gusto- de ordeñar con sus manos sus cinco o seis vacas, o cortar adobes, por ejemplo”. Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina). Departamento de Archivos. Fondo Oscar Hermes Villordo. Sección Documentación Personal. Serie Correspondencia. 146.

¹²⁰ Justo dejaba este fresco de los hechos de la reforma: “la histórica revolución de la Reforma Universitaria que, estallada en Córdoba en Junio del año anterior, se extendía ahora a Buenos Aires y La Plata, como un huracán de renovación que volteaba los muros vetustos en que vivía enclaustrada y carcomida la Universidad, para hacer penetrar, a través de ellos, la luz del sol de la época y el ruido que producían en la calle los grandes acontecimientos del día”. Justo, Liborio *Prontuario*, Ed. Gure, Buenos Aires, 1956, p. 32.

armas políticas en la lucha reformista o bien reivindicaron esa herencia como un baluarte progresista de la cultura argentina y del continente.

En otro plano, también debemos mensurar algunos análisis sobre el devenir político de esos años para entender la brecha entre Franco y Roca. Roca percibió en el derrumbe del orden liberal una pérdida, aún en el naufragio de este ideario, intentó rescatar ciertos aspectos que juzgaba como progresistas, como astillas que debían formar parte del cosmos de una cultura de izquierda. Franco, por el contrario, nunca lamentó ese derrumbe sino que vio en el mismo la oportunidad de la revolución, concentró en el marxismo y la revolución sus esperanzas políticas como forma de salir de la crisis y detener el avance de las derechas. ¿Son esos intentos de Roca de rescatar aspectos del proyecto liberal lo que Franco en carta a Glusberg juzgaba como “*ataduras prehistóricas*”? ¿Franco le exigía a Roca que se fundiera con el marxismo, expurgando de su seno cualquier resabio o pizca de liberalismo? En vez de columbrar en *Flecha* un proyecto nuevo y gregario del mundo de las izquierdas ¿el catamarqueño no dejó de pensar a la publicación cómo el vástago más radical de un liberalismo argentino herido en sus ilusiones?

Esta última cuestión también nos lleva a pensar el tema del anti-fascismo como un eje solapado de la discusión. La revista esbozó muchos de los ademanes de la sensibilidad anti-fascista, desde una convocatoria amplia a intelectuales progresistas al llamado a constituir frentes políticos que permitieran antagonizar con las derechas. Hay que tener en cuenta que durante la década del 30 y principios de los 40, esa sensibilidad, esa “cultura política” que fue el anti-fascismo se manifestó en un sinfín de proyectos culturales, políticos e intelectuales (Pasolini, 2013). Los intelectuales fueron un segmento de la sociedad que se movilizó rápidamente contra el fascismo y se sintió interpelado y atraído por la prédica anti-fascista. Tanto el fascismo italiano como la experiencia nazi constituyeron un ataque al corazón de muchas de las creencias de la intelectualidad “occidental”. Ambos regímenes hicieron culto del irracionalismo, renegaron y condenaron la herencia iluminista y pusieron al intelectual como la encarnación de una de las tantas figuras decadentes de la modernidad. En ese contexto, miles de intelectuales se encuadraron en el antifascismo y se pensaron como el reservorio de una cultura amenazada.

Luis Franco, en contraposición a otros intelectuales de izquierda de esos años, no formó parte de la cultura y los espacios de sociabilidad del antifascismo en la Argentina. Se constata la ausencia total de Franco en algunas revistas emblemas del anti-fascismo

como fueron *Unidad. Por la defensa de la cultura* que publicó tres números en 1936 y otros tres a lo largo de 1937 y en *Nueva Gaceta* (1941-1943). Ni uno de sus ensayos o poemarios fue reseñado en la sección “Libros” que sostuvieron ambas revistas. Estas publicaciones fueron los medios de difusión de la A.I.A.P.E (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores), institución insignia del anti-fascismo, fundada en 1935 y en cuyo comienzos jugaron un rol de primer orden figuras como Aníbal Ponce y Cayetano Córdoba Iturburu. En sus inicios, la A.I.A.P.E tuvo un carácter más pluralista en términos políticos que con el tiempo se fue desintegrando para asumir una cada vez mayor dependencia con respecto al PCA (Pasolini, 2005 y 2013; Petra, 2017).

Los vínculos de Franco con la A.I.A.P.E no pasaron de dictar una conferencia sobre la figura histórica de Juan Manuel de Rosas en 1937, en la filial rosarina de esta organización. Debemos tener en cuenta que la conferencia se daba en los inicios de la A.I.A.P.E, inicios que estuvieron marcados, como mencionamos, por un carácter más abierto y menos partidario (Pasolini, 2013). También, por otro lado, hay que anotar que la lectura del rosismo —como la reivindicación que hacía de Sarmiento— que esbozaba Franco era pasible de ser recuperada por esta organización de intelectuales. La A.I.A.P.E, como buena parte de la tradición de izquierda, hizo una defensa de la tradición liberal —en Franco esta defensa nunca fue tan cerrada ni maciza, salvo en el caso de la figura de Sarmiento—, leída como una herencia progresista, como una posta en la genealogía de una futura cultura socialista. Como recalca Adriana Petra “*“Rosismo y “totalitarismo” pasarán a conformar un binomio inescindible del discurso antifascista sobre el pasado nacional cuyo operatividad política inmediata resultará reforzada con la llegada al poder de Juan Domingo Perón*” (Petra, 2017: 71).

Para entender la lejanía de Franco respecto de instituciones como la A.I.A.P.E o de otros circuitos del anti-fascismo, tenemos que centrarnos en el acercamiento que el poeta venía haciendo con los grupos trotskistas y la reivindicación de ciertos planteos políticos de esta tradición, que nunca cejó ni amainó en su crítica a la política de los Frentes Populares. Si los frentes políticos o los proyectos culturales que animaron la lucha antifascista en nuestro país estuvieron hegemonizados por el PCA, se entiende, a partir de eso, la exclusión de los grupos o intelectuales con ciertas afinidades con el trotskismo.

Otra de las revistas donde Franco aportó alguno de sus textos durante la década de 1930 fue *Columna. Revista de las grandes firmas en defensa de los grandes ideales*,

publicación dirigida desde sus inicios por César Tiempo. La revista editó 34 números entre 1937 y 1943¹²¹. Esta publicación no sólo se caracterizó por su sentido gaseoso en términos políticos, sino también por el formato de la revista. Algunas de sus señas estuvieron dadas por la calidad del papel, por sus páginas a color y por la presencia de la publicidad a lo largo de su recorrido. A medida que la revista avanzaba en el tiempo, más parecía una especie de miscelánea de la cultura, donde lo político aparecía como algo cada vez más amplio y general. Si bien hay varios nombres vinculados a las izquierdas en sus páginas, más bien la publicación buscó sostener con denuedo un sesgo progresista, abierto, por demás de ecuménico antes que una posición clara y tajante en términos políticos e ideológicos.

En esta publicación, a la poesía le cupo un papel importante a lo largo de todos sus números, cuestión en la que debe haber tenido un papel destacado su director. También en sintonía con la figura de César Tiempo, se puede entender la presencia de algunos tópicos de la cultura judía que fueron una constante en este proyecto. De hecho, en *Columna* se publicaron y tradujeron algunos textos del filósofo y escritor Martin Buber. La revista también contó -cosa que se hace patente sobre todo en lo últimos números- con un sistema de corresponsalías que incluía ciudades europeas como Madrid, Londres o Estocolmo pero también una serie de grandes ciudades latinoamericanas como Bogotá, La Paz, Lima y Montevideo. También las corresponsalías se extendían al interior del país en ciudades como Gualeguay, Paraná, Rosario, Córdoba o Catamarca, donde como corresponsal figuraba Luis Franco.

La amplitud política y de temas que surcaron a este proyecto, se manifestaron en la variedad de nombres que lo sostuvieron. Algunas de las firmas que alimentaron “*Columna*” fueron las de Leónidas Barletta, Enrique Dickmann, Arturo Capdevila – nombre clave en esta publicación- Saúl Taborda, Alberto Gerchunoff, José Gabriel, Liborio Justo, Ricardo Levene, Cayetano Córdova Iturburu, Emilio Frugoni, Roberto Giusti, José Portogalo, Amaro Villanueva, Luis Emilio Soto, León Benarós, Artemio Moreno, Bernardo Canal Feijóo, Juan L. Ortiz, Álvaro Yunque, Roberto Mariani, Carlos Mastronardi, Nicolás Olivari, Luisa Sofovich, Enrique Espinoza, Conrado Nale Roxlo, Renata Donghi Halperin, Fausto Hernández, Enrique Banchs, Facundo Marull, Héctor Agosti, Macedonio Fernández, Boleslao Lewin, Amaro Villanueva . También en la publicación hubo una clara intención de convocar escritores e intelectuales

¹²¹ Para ampliar sobre la biografía de César Tiempo véase el capítulo V del libro de Guillermo Korn (Korn, 2017).

americanos, así colaboraron Lázaro Liacho, David Alfaro Siqueiros, Estrella Genta, Manuel Navarro Luna, Pedro Ipuche, Baldomero Sanín Cano, Juvenal Ortiz Saralegui, Jesualdo, Sarah Bollo y otras firmas europeas como las de Rafael Cansinos Assens, Ramón Sender y Antonio Machado.

Más allá de su título de corresponsal y de su fuerte vínculo con César Tiempo, el poeta de Catamarca sólo colaboró enviando dos poemas. En el primer número de la revista apareció uno de sus versos y el otro en el sexto número¹²². Los dos poemas eran un adelanto de *SUMA*, poemario que Luis Franco publicaría en 1938 por la Editorial Perseo con ilustraciones del pintor Demetrio Urruchúa. Este libro reunía parte de su producción de la última década y a la vez sintetizó un hiato en la poética y la vida de Luis Franco. *SUMA*, sobre todo en los últimos tramos del libro, marca de manera clara el cruce entre arte y política, poesía y realidad que Franco venía tratando de hacer y que empezaría a materializarse en este poemario. Además, por este libro, recibiría el Premio Nacional de Literatura. El otorgamiento de este reconocimiento nos hace pensar que su política de descentramiento no significó que dejara de tener presencia en el campo intelectual argentino de esos años. Desde las páginas de *Columna*, César Tiempo levantaría la apuesta de Franco en su poesía: “*acaso lo mejor de la producción de Franco se encuentre en Suma y en la cual surge una nueva voz, un acento de combatiente, palabras de un hombre que no es mero espectador en esta hora trágica del mundo*”¹²³.

No le fue fácil a Franco editar *SUMA*, de hecho César Tiempo aportaría sus contactos y redes para lograr sacar el libro de su compañero. En carta a Tiempo, Franco le narraba las peripecias y malabares que estaba haciendo para editar el libro: “*En efecto, no le encuentro editor gratuito, y como es preciso que el libro aparezca este año, me veo en el trance por primera vez de afrontar la edición particular, contando para ello, con la buena voluntad de un pariente mercenario*” (...) *¿Podría usted ayudarme a buscar al editor o imprenta que sea tan modesta en sus honorarios como yo en mis exigencias*”¹²⁴. Y en otra misiva desde Belén agregaba: “*si la edición pudiera hacerse*

¹²² Franco, Luis “Poema n° 6” en *Columna. Revista de las grandes firmas en defensa de los grandes ideales*, Año I, n°1, Buenos Aires, 1 de mayo de 1937 y Franco, Luis “Poema n°36” en *Columna. Revista de las grandes firmas en defensa de los grandes ideales*, Año I, n°1, Buenos Aires, 1 de mayo de 1937

¹²³ Tiempo, César “*SUMA*” en *Columna. Revista de las grandes firmas en defensa de los grandes ideales*, Año I, n°7, Buenos Aires, 1 de noviembre de 1937.

¹²⁴ Carta de Luis Franco a César Tiempo, 13 de julio de 1937 en Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina). Departamento de Archivos. Fondo Centro de Estudios Nacionales. Subfondo César Tiempo (AR-BNMM-ARCH-CEN-CT).

sin echar mano del capital que yo dispongo, sería mi gran éxito comercial. Si no, habría que tirar la casa por la ventana, aunque esto significaría para mí un sacrificio totalmente heroico como imaginaria”¹²⁵.

Si bien el talante político de *Columna* no se avenía muy bien al de un escritor iracundo que cabalgaba en pleno proceso de politización, el “poeta pagano” no dejaría de colaborar con este proyecto. Las colaboraciones en revistas no sólo eran, como dijimos, una forma de menguar el aislamiento sino también una forma de supervivencia para un escritor que en varios momentos estuvo expuesto a una gran precariedad económica. Franco necesitaba mantener el vínculo con Tiempo, ya que el autor de “*Versos de una...*” le abría espacios y le ponía sus amplias redes intelectuales a disposición. A esto se sumaba un perdurable vínculo que se había formado en los años 20, sobre todo al amparo de la admiración que siempre sintió Tiempo con la poesía de Franco.

El intento de unificación del trotskismo y las colaboraciones de Franco en *Frente obrero*.

Con anterioridad bocetamos los recorridos y búsquedas políticas que hizo el trotskismo argentino desde el surgimiento de los primeros grupos “oposicionistas” a fines de la década de 1920 hasta las organizaciones y figuras que avivaron la vida de esta tradición política por lo menos hasta mediados de los años 30. Para darle un sentido cabal a la participación de Luis Franco en el periódico partidario *Frente obrero*, es necesario remontar la historia y las discusiones del trotskismo desde mediados de los 30 hasta entrada la década siguiente. Entre 1937 y 1938 algunos núcleos del trotskismo argentino, valiéndose de la táctica del “entrismo” -primeros berridos en estas latitudes de una de las armas más singulares del arsenal político trotskista- un grupo de militantes participará de lleno en la feroz interna que durante dos años gangrenó al Partido Socialista (PS). De esa guerra intestina surgirá la breve, efímera, experiencia del PSO (Partido Socialista Obrero), que tendrá como uno de sus cuadros más destacados al dirigente mendocino Benito Marianetti. Entre los saldos positivos de la participación del trotskismo en la “*stasis*” socialista se halla la incorporación, el alistamiento de un renombrado dirigente obrero del gremio de la madera en las huestes pequeñas pero tozudas del comunismo disidente, Mateo Fossa. Éste, junto a Samuel Glusberg, fue de los pocos argentinos que se entrevistaron con León Trotsky en la fortaleza de Coyoacán,

¹²⁵ Carta de Luis Franco a César Tiempo, 24 de septiembre de 1937 en Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina). Departamento de Archivos. Fondo Centro de Estudios Nacionales. Subfondo César Tiempo (AR-BNMM-ARCH-CEN-CT).

ese recinto supuestamente inexpugnable donde invernaba el retoño más puro del sueño soviético, destinado a sembrar tempestuosos vientos de revolución en todo el orbe, y al cual el pico brillante que empuñó Ramón Mercader segaría para siempre¹²⁶.

Como ya mencionamos, a fines de los años treinta –reconstruye Alicia Rojo- se constituyeron dos grandes grupos trotskistas. En 1938 se fundó la L.O.S (Liga Obrera Socialista) animada sobre todo por Antonio Gallo y el dirigente sindical Pedro Milesi. En 1939 se creó el G.O.R (Grupo Obrero Revolucionario) bajo la jefatura de Liborio Justo y del dirigente maderero Mateo Fossa. En diciembre de 1941, después de un arduo y trabajoso proceso de discusión política entre los distintos grupos trotskistas -con la Cuarta Internacional convocando en todo momento a la unidad de los distintos grupos desde su sede en Estados Unidos- saltó a la escena política el P.O.R.S (Partido Obrero de la Revolución Socialista). En el nuevo agrupamiento convergieron los militantes de la L.O.S y también algunos grupos de simpatizantes del trotskismo con asiento en Córdoba y La Plata. El gran ausente del intento de unificación fue el grupo de Liborio Justo, el cual si bien participó de las discusiones no terminó fundiéndose con los otros espacios (Rojo, 2021).

La vida del P.O.R.S fue breve, su derrotero no se extendió más allá de 1943 cuando el partido declinó sacudido por fuertes luchas internas. Pero, en ese breve período de existencia, trató de generar ciertas líneas teórico-políticas, penetrar en algunos gremios y nuclear tras de sí a algunas personalidades e intelectuales que deambulaban cerca de la galaxia trotskista. Entre los mayores dirigentes del partido se hallaron Antonio Gallo, Reinaldo Frigerio, Margarita Gallo, Miguel Posse, Mercedes Bacal, Esteban Rey, Homero Cristalli, Jorge A. Ramos, Aurelio Narvaja y Adolfo Perelman. El P.O.R.S se expresó en un periódico llamado *Frente Obrero*, al cual fue convocado Luis Franco en calidad de marxista cercano al trotskismo.

La colaboración de Franco en *Frente Obrero* fue sumamente acotada, ya que apenas escribió un artículo para el periódico. En 1942, en *Frente Obrero*, apareció una reseña sobre su libro *Biografía de la guerra*, texto donde Franco, entre otras cosas, hizo un análisis de la derrota de la Revolución Española. La reseña, además de glosar marginalmente el libro, se convirtió en una diatriba contra ciertos sectores intelectuales.

¹²⁶ La visita de Mateo Fossa a Trotsky se plasmará en una entrevista que saldrá publicada en la revista *Clave. Tribuna Marxista*. En esta publicación colaboró regularmente el otrora jefe del ejército rojo así también varias personalidades que rodearon y pulularon en el mundo de la Cuarta Internacional. “Entrevista Trotsky-Fossa” Clave, n.º 2, Noviembre de 1938. Disponible en www.americalee.com. Para las impresiones de Samuel Glusberg véase “Con Trotsky en Coyoacán” en *Políticas de la Memoria*, n.º 21, Buenos Aires, 2021.

Se atacaba a la intelectualidad europea por su apatía y falta de compromiso, y eran vilipendiadas las figuras como el británico Bertrand Russel y el español Luis Araquistáin. La crítica, además, se afincaba en el campo intelectual de la Argentina, donde el autor descubría un territorio ahído de miedo y servilismo. Dice en un momento: *“En la galería de intelectuales divorciados de la realidad y de las masas, reluce todo el arco político: desde el anarquista Santillán hasta la muy democrática señora Victoria Ocampo (...) De este espectáculo indigno de la inteligencia Argentina (...) se recorta con todos los atributos del combatiente la figura de un auténtico escritor revolucionario: Luis Franco”*¹²⁷. El libro de Franco cuajaba muy bien dentro de las coordenadas políticas del trotskismo. A lo largo del texto el poeta fustigaba sin clemencia a la Socialdemocracia, a los Partidos Comunistas, a la Internacional, a la Unión Soviética y sobre todo el papel de ésta en la Guerra Civil Española, golpeando con dureza la política de los Frente Populares.

Luis Franco intervino en el periódico con una nota sobre los intelectuales, titulada sarcásticamente “Gendarmes de la pluma”. Para Franco, la Segunda Guerra Mundial había profundizado y vuelto a poner en el centro de la escena el histórico problema de la falta de autonomía de los intelectuales con respecto al poder. El catamarqueño rezongaba una y otra vez, aduciendo que ya casi no quedaban intelectuales libres, por lo menos como él los concebía. ¿Qué debía esperarse de los intelectuales? A esto respondía el poeta: *“es obvio que la función del intelectual es la toma de conciencia de sí mismo y del mundo que lo rodea”* (...). Franco profundizaba y decía que la función de los intelectuales era la *“de responder, de algún modo, a las necesidades vitales de la sociedad que es su raíz y su atmósfera”*¹²⁸. En un contexto de caos y desequilibrio como el que se vivía, el intelectual - remarcaba Luis Franco- debía aspirar al mayor grado de autonomía y libertad. Debía demostrar valentía y coraje a diario, ya que *“el descubrimiento de la verdad no es sólo cuestión de mirada aguda, sino también de coraje, de voluntad combatiente. Por algo entre los griegos, la diosa de la inteligencia, Ateneas, “la de los ojos claros”, era a la vez la patrona de los combates. Entre las más admirables gentes que han existido hasta hoy, la inteligencia fue, pues, lo que debía ser: milicia, no pasatiempo o adorno”*¹²⁹. Para el poeta, el intelectual debía cumplir funciones de vigía, no sólo para alertar sobre los peligros de la hora sino también

¹²⁷ J.S “Biografía de la guerra: el libro de un gran escritor revolucionario” en Frente Obrero n°27, segunda quincena de enero de 1942. Disponible en el CEDINCI.

¹²⁸ Franco, Luis “Gendarmes de la pluma” en Frente Obrero n°34, mayo de 1942.

¹²⁹ Franco, Luis “Gendarmes de la pluma” en Frente Obrero n°34, mayo de 1942.

porque, desde su concepción, era uno de los llamados a avistar la “nueva tierra”, la “nueva sociedad”. Frente a la prédica cínica de las clases dominantes, tendiente a naturalizar el orden de cosas, el intelectual crítico estaba llamado a imaginar y convidar imágenes de futuro. En ese proceso, la intelectualidad se convertiría, en la mirada de Franco, en un núcleo combatiente que no cesaría de denunciar la realidad, en un coro que no haría sino volver más vergonzosa la vergüenza misma de la sociedad; la voz de los intelectuales debía erigirse como un soplo dispuesto a hacer crecer el fuego de la indignación, como para Franco lo habían hecho magistralmente los intelectuales de la Ilustración.

Si bien Franco colaboró con el periódico del P.O.R.S., nunca llegó a forjarse un vínculo orgánico entre él y la organización. Las propias características de Franco como intelectual contribuían a ese tipo de vínculo. El poeta de Catamarca mantuvo siempre un gran margen de libertad y autonomía, que rara vez puso en discusión. También ese tipo de relación, escasamente orgánica para llamarla de algún modo, es inseparable de la inestabilidad propia de las organizaciones políticas trotskistas en esos años. El hecho de que fueran pequeños agrupamientos sacudidos por fuertes discusiones internas, le restaban capacidad de convertirse en un polo de atracción para figuras que orbitaban en algunas de sus zonas de influencia.

¿Cómo quedaba la escena política del trotskismo después de la disgregación del P.O.R.S.? Horacio Tarcus insiste en que durante los cuarenta, no sólo aparecieron nuevas organizaciones provenientes de este tronco de la izquierda sino que al interior de esta tradición política se dio un profundo recambio generacional en los elencos dirigentes (Tarcus, 1996b: 103). Una nueva camada de cuadros asumió la dirección de las organizaciones trotskistas que florecieron en los años 40. En 1943 se fundaría el G.O.M. (Grupo Obrero Marxista) encabezado por Nahuel Moreno. En estos años también se crearon el G.C.I. (Grupo Cuarta Internacional) dirigido por Homero Cristalli -más conocido como J. Posadas-, que en 1947 arrancó a publicar su periódico *Voz Proletaria* y el Grupo “Octubre” encabezado por Jorge Abelardo Ramos, el cual sostendría a lo largo de su vida varias publicaciones. En el transcurso de los años 40 también animarían la escena trotskista el grupo liderado por Enrique Rivera y Aurelio Narvaja y el espacio encabezado por Miguel Posse que se lo conoció como la U.O.R. (Unión Obrera Revolucionaria)¹³⁰.

¹³⁰ Para una reconstrucción del trotskismo véase Rojo, 2021; Tarcus, 1996b; Galasso, 2007; Coggiola, 2006.

Contra lo que podríamos intuir, los años 40 no fueron más benévolos que los 30 para los vástagos del “profeta desterrado”. El asesinato de su líder en 1940, la consolidación de la URSS en la posguerra y su expansión en el mundo, recortaron las posibilidades de crecimiento de los grupos trotskistas. A esto se le sumó que en Argentina, surgiría el peronismo, movimiento político que se convertiría en la identidad política más fuerte de la clase obrera de este país.

Capítulo 3

Sinergias: la compleja relación entre y la política.

En las búsquedas de Luis Franco por articular la literatura con lo político, la figura de Samuel Glusberg fue un interlocutor privilegiado, una referencia de primer orden. La vida de este editor de origen judío está plagada de pequeñas historias, saturada de finas perlas que hacen a la historia intelectual y cultural del país y, en menor medida, a otra escala, a la historia intelectual del continente. Este joven editor, al igual que muchos editores de su época, pensó que el libro era un vehículo de ideas y sentidos políticos; creyó que libros y revistas, de alguna manera, creaban realidades, traccionaban la historia junto a hombres y mujeres. En el amplio prontuario intelectual de este inmigrante judío, se destaca haber sido uno de los principales impulsores de la Primera Exposición Nacional del Libro que se llevó adelante en el país en 1928. Un año después, sería uno de los grandes artífices y promotores de la visita del escritor norteamericano Waldo Frank a la Argentina. Por esos mismos años, fue una de las columnatas que sostuvieron la fundación de la S.A.D.E (Sociedad Argentina de Escritores). También en la trayectoria de este notorio armador cultural, se destaca el haber sido uno de los interlocutores y difusores de la obra de José Carlos Mariátegui, nombre clave en los devenires del marxismo latinoamericano. De hecho, fue uno de los instigadores de la posibilidad de que el “Amauta” se afincase en Buenos Aires; posibilidad que se vería abortada por la temprana muerte del ensayista y militante peruano (Tarcus, 2002). Pero este no fue el único proyecto frustrado donde colaboró este editor de paladar negro; con la visita de Waldo Frank a la Argentina, pululó en el aire la idea de parir una revista de proyección latinoamericana que pudiera cobijar a su interior a dos de los grandes armadores culturales de esa época: Victoria Ocampo y Samuel Glusberg. La revista iba a llevar por nombre *Nuestra América*, pero fue una fruta exquisita que nunca llegó a madurar. Las singladuras vitales de Samuel Glusberg o Victoria Ocampo nunca llegaron a fundirse, apenas si se tocaron en alguna región distante del mapa cultural y político de la Argentina. Notorias diferencias de clase, orígenes culturales totalmente disímiles y profundas diferencias político-ideológicas, sellarán el destino de esa imposible comunidad espiritual.

Si este proyecto de revista no pasó de ser una conjetura -el anhelo por aunar una comunidad política y espiritual tan remota como imposible-, la publicación que sí llegó a madurar antes que Glusberg marchase a Chile en 1935, fue *Trapalanda. Un colectivo*

porteño (1932-1935). Como antes remarcamos, *Trapalanda* fue una pieza peculiar dentro de la plaza cultural de la Argentina. En ella tuvieron un lugar primordial las firmas de Ezequiel Martínez Estrada y Luis Franco. A medida que este proyecto se fue apagando, sus miembros más notorios fueron habilitando distintos destinos. Chile fue el país que albergó el talento de Samuel Glusberg, quien adoptaría el seudónimo de Enrique Espinoza. Su residencia en el país trasandino estuvo inexorablemente unida a la etapa chilena de la revista *Babel*. Desde 1939 a 1951 -afincado definitivamente en Chile desde 1935-, Enrique Espinoza motorizó el proyecto de una nueva revista con ciertos aires continentales. América fue obsesión duradera en la cabeza del editor. Pero antes de lucirse en ese proyecto, este difusor cultural volcó su calidad de editor en el periódico *Onda Corta* (1936-1937), espacio que desde sus inicios se mostró solidario con la España republicana y reivindicó ciertos ademanes del anti-fascismo, y posteriormente, en lo que fue la revista *SECH* (1936-1939), publicación de la Sociedad de Escritores de Chile, cuya acta de fundación data de 1932 (Ferreti y Fuentes, 2015). La revista *SECH* apareció entre julio de 1936 y enero de 1939, llegó a publicar nueve números, reunió a un amplio espectro de la intelectuales chilenos y de colaboradores externos y funcionó como tribuna escritural y gremial de la intelectualidad de ese país. En ella se destacan la participación de Manuel Rojas, Ernesto Montenegro -con posteridad ambos serán dos firmes colaboradores de la etapa chilena de *Babel*-, el periodista y novelista chileno Juan Espinoza y Pablo Neruda. Las firmas de los escritores chilenos conviven con textos de Máximo Gorki, Thomas Mann o León Trotsky. *SECH* funcionó no sólo como una galería de artistas, sino también como un puente más que interesante entre la cultura argentina y la trasandina. El homenaje a Sarmiento en el número ocho de la revista, marca un poco el pulso de ese habla. Además, la estampa de los nombres de Ezequiel Martínez Estrada, Horacio Quiroga, Luis Franco, Alberto Gerchunoff, no sólo delata la presencia inocultable de Samuel Glusberg, sino el diálogo entre parte de esos dos grandes macizos culturales que son Chile y la Argentina. Pero la relación va más allá, y por momentos la revista intenta un súbito paneo de la cultura latinoamericana. Como bien realza Hernández Toledo, entre 1929 y 1939, Enrique Espinoza “*fundó nuevas revistas que generaron un espacio trasnacional nutrido de escritores y de artistas que debatieron sobre el antifascismo, el latinoamericanismo o el papel de la juventud*” (Hernández Toledo, 2019).

La huella indeleble de Enrique Espinoza se descubre en los tópicos de la publicación, en los diálogos y en sus homenajes. En distintos números, se hicieron ediciones homenajes

a figuras como Sarmiento, Hudson y Quiroga, tres plumas que atravesaron la formación de Glusberg y de Franco. Si algo retumba en *SECH* -como en la mayor parte de las revistas político-culturales de esa época- es el vínculo entre el escritor y la política. De ahí que no sea casualidad que, de todos los miembros de la vieja hermandad, quien ocupó un lugar más destacado en la revista fue Luis Franco quien, junto a Glusberg/Espinoza, era quien venía avanzando a galope tendido en un proceso de radicalización política que se inició, de manera nítida, a inicios de la década de 1930. La radicalización de Espinoza, de Franco y de otros tantos intelectuales venía marcada por una constelación de fenómenos -tanto a escala local como internacional- que hacía tambalear los cimientos, las razones y pagodas que habían sostenido los distintos credos de Occidente hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial (Traverso, 2014; Funes, 2006). La politización de Samuel Glusberg y de Luis Franco, a lo largo de los años treinta, se dio como una especie de juego de espejos, que se asentó sobre una relación pre-existente y un suelo de lecturas comunes. Esta politización por izquierda experimentada por ambos no se referenció en el Partido Comunista, sino en el universo del trotskismo. A diferencia de otros intelectuales o artistas, que se vieron conmovidos por la Revolución Rusa apenas ésta ocurrida o durante la década del veinte, Franco y Glusberg comenzaron a centrar su mirada en este proceso recién en los años treinta, participando en los debates sobre las derivas y proyectos de esa revolución. A la vez, en el marco de esta politización, las preguntas en torno al papel de los intelectuales y a la relación entre arte y política fueron vertebradoras de la imaginación de ambos.

Arte y política, una diada compleja

A medida que Franco avanzaba en su proceso de politización, y en el marco de los años 30, el complejo vínculo entre arte y política fue convirtiéndose en un objeto cada vez más persistente de su reflexión. En medio de un proceso de reinención de su propia figura como poeta y en un contexto atravesado por grandes apuestas políticas, Luis Franco fue enhebrando una serie de preguntas vitales: ¿Qué papel le correspondía al artista en ese contexto? ¿Qué debía expresar su poesía para estar a tono con la hora dramática de sus días? Algunas intervenciones de Franco en ciertas revistas nos sirven para adentrarnos en el tema. En el primer número de *SECH* aparece una entrevista a Luis Franco, presumiblemente hecha por el mismo Glusberg, en el marco de una visita del catamarqueño al país vecino en 1936. A Franco se le preguntará por su arte, mejor

dicho por qué concepción de arte defiende y cómo se articulan la política y la creación artística:

- *“Entiendo que su vocación y labor son principalmente poéticas.*
- *Es verdad; mas desde algún tiempo mi preocupación por el problema social en su conjunto, es absorbente. Y en esto no hay contradicción. Creo que la más vieja falla del arte está en considerarlo como un ornato o un pasatiempo. (...) Recuerde Ud. Aquello de Sarmiento: ‘El arte es la realización del hombre’. La intuición le permitió entrever a Sarmiento que el arte no era ni una manifestación de lo Absoluto como creen los místicos, ni un deporte o sonajero como piensan algunos filósofos.*
- *¿Cree Ud. En la posibilidad de un arte nuevo?*
- *Pienso que el arte tiene que ser irrefragablemente expresión de sentimientos universales -“cosa de fundamento”, dice Martín Fierro- o sea de aquellos en que comulgan todos los hombres. El arte de las minorías selectas o deshumanizadas, digamos, el arte contemporáneo, se debate en el vacío. En una sociedad erigida sobre la explotación y la servidumbre cada vez más evidente de la casi totalidad de los hombres, el arte estaba condenando a eso, a volverse un elegante artificio. (..) Una nueva experiencia vital, es lo único que puede engendrar un arte nuevo, verdadero, es decir, para todos los hombres”¹³¹.*

El que va enhebrando las respuestas a estas preguntas ya es un marxista convencido, un escritor que empieza a ver en el cruce con la política la necesidad vital de un nuevo modelo de intelectual que reclama la época, un poeta que se conmueve con las peripecias políticas del trotskismo. La figura del intelectual se insinúa en Franco, como alguien comprometido con el arte de expresar la “verdad”, verdad parcial pero propia. En el caso de Luis Franco, y de tantos otros en su época, el intelectual aparece como aquel que devela, muestra, escruta los fondos de la sociedad para *“romper un poco el grotesco biombo que oculta nuestra sublevante realidad”*. En su retina, una de las tareas que asume el intelectual crítico es la de urticar la sensibilidad plomiza que recubre y estructura el sentido común de la sociedad. La entrevista prosigue, levantando su apuesta política: *“¿Cuál es el problema social más importante de la Argentina?”* Después de un mínimo rodeo Franco responde: *“El capitalismo que ha roto todas las*

¹³¹ Franco, Luis “Una conversación con Luis Franco”, en Revista SECH, Santiago de Chile, Año 1, n° 1, Julio de 1936, p 31.

*fronteras y gobierna todos los gobiernos, es internacional por excelencia. De ahí que la redención de la miseria nacional no pueda ser asunto puramente nacional”*¹³². Es la hora de la revolución y Franco intenta cabalgar ese imperativo, es el tiempo de los espíritus combatientes y no de los indiferentes, no es la hora del sueño plácido sino de los desvelos. Volverá a profetizar desde *SECH*: “o el escritor está con la revolución, que encarna el espíritu viviente, o está en contra, esto es, con las formas momificadas, y entonces su obra es estéril, cualquiera sea el brillo de su ingenio o su técnica” (...) “la causa emancipadora precisa de hombres íntegramente emancipados del fardo milenario de prejuicios que pesan sobre la gente. Entre los más capaces de serlo está el escritor, acaso, entre todos, el más llamado a dar alerta de lo nuevo en un mundo encarcelado e inerte en que toda creación supone revolución”¹³³.

Para Luis Franco, el escritor debía cantar la esperanza, no ser el portador de una aurora mustia y desgana, debía saber aullar los peligros antes que amordazar las conciencias con pesimismo y esterilidad. El pesimismo, para Franco, era una especie de fórceps que atenazaba las potencias de la vida. Este es el mismo Luis Franco que, en el transcurso de los años 30, se había batido a duelo con Ezequiel Martínez Estrada, en torno a la discusión sobre la patria del intelectual. Si para el santafesino el suelo de la inteligencia era la amargura, y el hombre de letras fungía como la cabeza de medusa, que con su mirada ácida del país detenía por unos segundos el horror cotidiano, los aullidos de júbilo que escondían la nación degradada; para el catamarqueño, la tierra del intelectual suponía una zona de combates que pudiera cobijar la esperanza, o mejor dicho, el poeta-profeta debía contribuir a levantar imágenes de futuro, proyecciones que incubaran otras formas sociales. Pero la esperanza en Franco no se dibujaba como un futuro asegurado, una estación superior e ineluctable en la marcha de la humanidad, un territorio futuro que estuviera rapado de injusticias o luchas. Lejos de eso, la invocación a la esperanza era más la posibilidad de pensar y luchar para crear destinos comunes, posibilidades y formas de vida que se desmarquen de las transitadas a lo largo de la historia. Para contribuir a la existencia de esas imágenes de futuro, el intelectual debía prestarse a demoler lo inaceptable de su presente, desnudar y acorrallar las lógicas del poder, descorrerse de sus juegos y convites.

¹³² Franco, Luis “El escritor y el cuadrante”, en Revista *SECH*, Santiago de Chile, Año 1, n° 6, Octubre de 1937, p.17.

¹³³ Franco, Luis “El escritor y el cuadrante”, en Revista *SECH*, Santiago de Chile, Año 1, n° 6, Octubre de 1937, pp. 16-17.

La discusión por la relación entre los intelectuales y la política, entre el arte y la realidad, proseguirá en un viejo escenario de la intelectualidad chilena, la revista *Anales de la Universidad de Chile*, publicación que hasta hoy sigue alimentando con sus zumos el campo cultural chileno. Franco parte de un diagnóstico: la vida del hombre moderno se muestra superficial, falta de sentido. Son mujeres y hombres aislados, despojados de sentido de comunidad, que deambulan anémicos por los distintos teatros de la vida. A este sentimiento de orfandad, tributan la progresiva mecanización de la vida, la creciente alienación moderna, la pérdida de sentidos creadores, la reificación de la vida toda. Aseverará el catamarqueño *“El camino del hombre occidental desde el Renacimiento hasta hoy, camino jalonado de espléndidas hazañas, ha sido no obstante, el de una disgregación progresiva; el hombre separa su cuerpo de su alma, separa su yo de los otros y del mundo, se convierte en una oculta voluntad de aislamiento y esterilidad, bajo su ostensible voluntad de riqueza, de poderío material, de progreso. El agente y símbolo de esta verdadera edad de fierro que tiene por ideal el dinero, es la máquina, que de servidora del hombre, se convierte en ídolo que él alimenta con su carne y espíritu”*¹³⁴.

En la óptica de Franco, nos hallamos ante una humanidad alienada, que encontraba una de sus expresiones en el campo del arte. El arte se volvía nihilista, clamaba por divorciarse de lo social, buscaba ser cósmico porque odiaba los misterios inexplicables de la tierra. Era un arte que soñaba con prescindir de la ruda vida. Diría el poeta con verba cuasi profética *“Pero este desprecio de la realidad es sólo la máscara de una enfermedad antiquísima: el reniego de la vida”*¹³⁵. Si de algo estuvo convencido Luis Franco era de que éste constituía el arte de una civilización agotada, una civilización de espíritus macilentos que ni por asombro podían ser los fautores del orden nuevo. ¿Quiénes son los representantes de este arte decadente? Para Franco podríamos incluir a Paul Valéry, Jean Cocteau, Paul Morand hasta Marcel Proust, de quien el argentino dirá *“un asmático siempre yacente que segrega una prodigiosa literatura para invertebrados”*¹³⁶. En todos ellos, cree constatar un arte de evasión, un arte que no

¹³⁴ Franco, Luis “Arte y realidad”, en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, n° 21, Enero-Marzo de 1936, p 66. Disponible en <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/issue/view/2213>.

¹³⁵ Franco, Luis “Arte y realidad” en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, n° 21, Enero-Marzo de 1936, p 67. Disponible en <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/issue/view/2213>.

¹³⁶ Franco, Luis “Arte y realidad” en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, n° 21, Enero-Marzo de 1936, p 67. Disponible en <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/issue/view/2213>. La mirada de Luis Franco sobre la obra de Marcel Proust fue mutando a lo largo del tiempo. Entre fines de los 20 y principios de los años 30 saludó la obra del escritor francés. A medida que se profundizaba su

puede mirar hacia el futuro, que da la espalda a los grandes desgarros sociales. Se trataba, entonces, de un arte de fuga, de un arte que deserta de la vida porque es incapaz de transformar cualquier aspecto de la realidad.

Tampoco el catamarqueño veía en el surrealismo una apuesta totalmente superadora, la posibilidad de fundir en otro cáliz arte y realidad, compromiso político y contemplación. El surrealismo es una protesta contra el mundo, un claro acto de rebeldía. Pero esos pataleos, esa histriónica defensa de la fantasía como una de las formas de arrancar al mundo de los embrujos de la fetichización, para Luis Franco no son más que estertores de rebeldía, rabieta grupales que no podrían cantar los sentimientos de la nueva vida. *“El rechazo de lo convencional, en efecto, -dirá el poeta- suele pasar apenas de una declamación o una coquetería: la ideología y la emotividad del rebelde son ortodoxas en el fondo: su entraña permanece más o menos intacta”¹³⁷*. Las borrascas políticas que azotaban al mundo, los estentóreos fracasos de la humanidad, mineralizados en el ascenso del fascismo, empujaban a los artistas, creía Franco, a cabalgar a pelo sobre el lomo del compromiso político. Lo que Luis Franco exige en su querrela contra el surrealismo es el paso del rebelde al revolucionario, de la crítica al orden decadente a la comunión con la plebe en una praxis liberadora. Desplazamiento político que Franco estuvo lejos de terminar de modelar en su propia vida, en sus propias peripecias como intelectual de izquierda. Más que un intelectual orgánico, Luis Franco prefirió seguir sosteniendo siempre una posición autónoma, sin que esto le impidiera acompañar algunos proyectos intelectuales y políticos, sobre todo del trotskismo morenista, hasta el final de su vida.

A diferencia de otros marxistas contemporáneos -como Raúl González Tuñón y Cayetano Córdova Iturburu- que, hasta la mitad de la década de 1930, percibieron en el surrealismo una novedosa forma de concebir la diada arte y realidad -como así también una serie de indicios, de pistas para abordar la compleja relación entre arte y política-, el poeta pagano izaría escasas esperanzas sobre ese lábil territorio que empezaba a labrar la vanguardia francesa (Alle, 2019; Saítta, 2005). Como plantea Michael Löwy para algunos marxistas réprobos, el surrealismo era considerado una radical apuesta político-estética, *“un auténtico movimiento de rebelión del espíritu y una tentativa eminentemente subversiva de reencantamiento del mundo (...) una protesta contra la*

proceso de politización, planteó algunas críticas y reparos con el autor de “En busca del tiempo perdido”. Desde los años 50 en adelante, sostendría la reivindicación de la obra y la apuesta de Marcel Proust.

¹³⁷ Franco, Luis “Arte y realidad” en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, n° 21, Enero-Marzo de 1936, p 69.

racionalidad estrecha, el espíritu mercantil, la lógica mezquina, el realismo chato de nuestra civilización capitalista/industrial y la aspiración utópica y revolucionaria a “cambiar la vida” (Löwy, 2006: 9)¹³⁸. Tanto Mariátegui como Benjamin columbrarán en la apuesta surrealista ciertas posibilidades de revitalizar al marxismo, de recorrerlo de sus versiones más duras y rastreras que lo encorsetaban en una racionalidad demasiado rígida, en una científicidad demasiado prepotente¹³⁹. Estos inclasificables marxistas verán ahí un acople fecundo entre la desmesura rebelde y la disciplina revolucionaria. Este movimiento será concebido como una posibilidad de agrietar una vida humana carcomida y despotenciada por el proceso de reificación, como “*un lugar mágico de resistencia*” al decir de Löwy, a lo que parecería ser la omnipotente e irrefrenable marcha del capital. El surrealismo le servía a estas franjas del marxismo crítico, para reivindicar a la política revolucionaria como una apología de la imaginación.

Luis Franco, a diferencia de otros intelectuales y militantes de izquierda, no se sintió nunca plenamente atraído o convocado por el accionar de las vanguardias. Este ensayista compartía algunos diagnósticos con el surrealismo en torno a la alienación y a los efectos devastadores de la técnica en las sociedades modernas. Sin embargo, para Franco, la posibilidad de reencantar la vida, de pensar otra relación entre los seres humanos y la naturaleza, hallaba su único antídoto en la revolución social y política¹⁴⁰. Más allá de que Luis Franco nunca dejaría de anotar varios puntos en el debe del accionar político de los surrealistas, también supo reconocerles ciertos afanes políticos, ciertos ademanes de ruptura. Los surrealistas no rehuían de la política, no daban la espalda a los desastres, no pretendían elevarse por encima de las contradicciones sociales, no tenían la pretensión de poner al saber y al arte a resguardo de las rudas pasiones humanas.

Dos años después de que Franco publicara esta nota, León Trotsky y André Breton se reunirían en la casa azul en Coyoacán. Ahí el organizador político y el artista visceral discutirían en torno a la obra de Émile Zola, a las derivas de Freud y el psicoanálisis, pero sobre todo en torno a la conflictiva relación entre arte y revolución. Ese encuentro

¹³⁸ También véase Gruner, Eduardo y Díaz, Ariane en Díaz, Ariane (Comp), 2016.

¹³⁹ Véase Mariátegui, José Carlos “El grupo surrealista y Clarté”, “El balance del suprarrealismo”, “El Superrealismo y el Amor” en *El artista y la época*, Amauta Editora, Lima, 1987 y Benjamín, Walter *El surrealismo, la última instantánea de la inteligencia europea* disponible <https://bibliotecaignorica.blogspot.com/2009/06/walter-benjamin-el-surrealismo-la.html>

¹⁴⁰ Hay que tener en cuenta que los surrealistas no renegaban de la idea de la revolución social, sino que también la aunaban a su propuesta de revolución estética y espiritual, que transformase por completo la vida humana.

sería la fragua donde se templaría el famoso manifiesto “Por un arte revolucionario independiente”¹⁴¹. No sabemos si Franco tuvo acceso al manifiesto y eso implicó una relectura de algunas de sus críticas al surrealismo. Quizás accedió a él gracias a Samuel Glusberg, quien fue uno de los difusores de la proclama en Chile (Tarcus, 2019). Probablemente Luis Franco hubiera suscripto algunos puntos del manifiesto, como lo eran la defensa de la libertad del artista, la pretensión revolucionaria del arte o la certeza que sólo de las ruinas de la vieja sociedad capitalista se podría construir un nuevo concepto y sentido del arte. También Franco compartió con el surrealismo, en un dialogo imaginario, la tirria a la hora de concebir el arte como ornato y a la vez la reivindicación de un marxismo herético, centrado en una fuerte idea de libertad y autonomía.

En síntesis, para el catamarqueño, el arte del mañana, el arte de la humanidad liberada apelaría al goce irrestricto de las grandes mayorías, no sería tesoro encofrado de los ojos de los desarrapados, no sería gema acunada en tabernáculo sagrado; ese arte de mayoría, sería un arte viviente, un arte que ha sabido jubilar los miedos y dogmas de la sociedad de otrora. Sería un arte que no reconocerá división entre el genio y el vulgo, porque la humanidad entenderá que *“El genio más grande es el más deudor del resto de los hombres. (...) Es la masa anónima, pues, tachada por los filósofos minoristas –Franco embiste contra el filósofo español Ortega y Gasset- de estéril y esterilizante, la que crea al hombre superior y pone en sus manos los materiales acumulados¹⁴²”*. El arte de la nueva era no será pasatiempo, sino expresión profunda y vívida de los grandes desgarros sociales, de las preguntas y anhelos que sajarán a las mujeres y hombres de ese tiempo. No sería un arte al servicio de la religión o de la moral. Sino una creación autónoma porque expresaría *“otra respuesta al misterio, otra intuición del mundo. Significa una experiencia de la realidad, tan válida como el conocimiento científico o el religioso. El arte que transporta al hombre de lo personal a lo universal significa una de las comuniones del hombre con sus semejantes y con el universo. (..) El arte, es pues, ingrediente capital de la civilización, elemento indispensable de la humanidad en su camino hacia una forma de vida cada vez más elevada¹⁴³”*. El arte del mañana debería conmover, sacudir las fibras más íntimas de la humanidad. Ese arte no podría surgir de

¹⁴¹ Bretón, André; Rivera, Diego y Trotsky, León *Manifiesto por un arte revolucionario independientes*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires, 2019.

¹⁴² Franco, Luis “Arte y realidad”, en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, n° 21, Enero-Marzo de 1936, p. 71.

¹⁴³ Franco, Luis “Arte y realidad”, en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, n° 21, Enero-Marzo de 1936, p. 73.

las entrañas de la vieja sociedad capitalista, sino que se erigiría sobre sus ruinas. Sólo a una humanidad liberada, le correspondería un nuevo sentido del arte y la creación. Aseverará Franco *“El artista tiene que ser irrefragablemente sentidor y expresador de la vida profunda, la que viven todos los hombres; de sentimientos en que comulgan todos los hombres”¹⁴⁴*. El arte, la literatura que intente expresar la nueva sociedad, será un arte político. Mas, Franco insiste en no confundir un arte politizado con la propaganda. Lo sublime de la humanidad, la belleza robusta de la naturaleza, no cabe en lo escueto, en la inmediatez irremediable que exige un arte de circunstancia.

Ahora bien, si el catamarqueño fue sumamente crítico de las visiones de un arte escindido de lo social y lo político así como también mantuvo una gran desconfianza con la apuesta surrealista, tampoco vio en el “realismo socialista” la solución al problema de la vinculación entre arte y política. Franco nunca fincó ninguna esperanza en un arte rebajado a mero vehículo de consignas políticas. Si el artista convertía su arte en mera propaganda, para Luis Franco, se traicionaba a sí mismo y a su creación. Para que el arte pudiera ser levadura del mundo nuevo -era una de las funciones que le asignaba Franco- el artista debía mantener su autonomía con respecto a los distintos poderes. El catamarqueño anotaría pensando en la discusión en torno al realismo: *“No obstante, ello no significa que la literatura deba confundirse con la política, pues ambas perderían su carácter, es decir, su eficacia. Si la literatura quiere ser revolucionariamente fecunda, ha de ser arte literario y no propaganda”¹⁴⁵*.

Estas reflexiones en torno a la relación entre arte y política, ¿hallaron rápidamente una nueva forma en su poética? ¿Franco pensó en las formas que debería adoptar el arte nuevo? Siguiendo su producción durante la década de 1930, podemos ver que no fue hasta mediados de esa década que empezó a establecerse un cruce más directo entre su búsqueda poética y la cuestión política. Esta incorporación de la política fue un proceso lento, paulatino, como también lo fue su proceso mismo de politización como intelectual. La asunción del marxismo, sus coqueteos con la política, no se tradujeron linealmente en una renovación temática ni en la aparición de nuevas formas en su arte.

En 1932 –después de cuatro años sin publicar poesía- Luis Franco publicó por editorial B.A.B.E.L, en una edición de lujo, el libro *Nocturnos*. Para algunos críticos de su época, el poemario marcaba un nuevo momento en las búsquedas de Luis Franco. Para

¹⁴⁴ Franco, Luis “Arte y realidad”, en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, n° 21, Enero-Marzo de 1936, p. 74.

¹⁴⁵ Franco, Luis “Autonomía del artista”, en *Flecha. Por la paz y la libertad de América*, N ° 13, Córdoba, lunes 1 de junio de 1936.

nosotros, este libro constituye, uno de los puntos más altos de la poesía franquiana. Si analizamos *Nocturnos* es casi imposible hallar allí huellas de su politización. Más bien, Franco se vuelca allí al despliegue de un tono intimista, por momentos melancólico, en detrimento del panteísmo como argamasa de su constelación poética. Por primera vez, la naturaleza pierde el eje como centro de su canto, lo que hace de *Nocturnos* una pieza bastante particular en la trayectoria poética de Luis Franco.

Sin embargo, a mediados de la década del 30, el cruce entre arte y política comenzó a plasmarse en algunos poemas de Luis Franco como “Coplas del meditabundo”, publicado en la revista *Flecha*¹⁴⁶. También se trasluce el proceso de intersección entre arte y política en su poema “Trotsky” publicado por primera vez en 1937 en *Repertorio Americano*, la revista dirigida por el costarricense Joaquín García Monge¹⁴⁷ y que, posteriormente retocado, volvería a ser publicado en *Babel. Revista de revistas*¹⁴⁸. Fue el mismo Samuel Glusberg en su visita a León Trotsky en Coyoacán quien le hizo llegar el poema al líder revolucionario. Así lo estampa en sus apuntes de viaje por México: “Le llevé (Trotsky) el Repertorio Americano con los versos de Franco (...) Me dice que su estudio sobre Céline fue cosa circunstancial. Se interesa por Repertorio Americano. Hablamos de Franco y Mariátegui (...) Me pregunta quién es Luis Franco y después quién es Luis Alberto Sánchez. Le digo aprista y cree que es Prestes. Se aclara el equívoco”¹⁴⁹. Vale la pena citar algunos fragmentos de este poema enorme:

“Una certeza fortalecida en la gimnasia de todas las dudas
 Hasta dominar el vértigo de precipicios y sepulcros,
 Y una serenidad más ancha que el ademán de las banderas y los sembradores,
 Eso opones a la ceguera y el odio,
 tú, cuya biografía comienza a ser levadura del mundo
 Y cuyo solo nombre imanta lo que hay de fierros en nosotros.
 (...)

Se quemaron las naves del pasado sobre las playas vírgenes del alba
 cuando amaneció Octubre para siempre,

¹⁴⁶ Franco, Luis “Coplas del meditabundo”, en *Flecha. Por la paz y la libertad de América*, N ° 17, Córdoba, agosto de 1936.

¹⁴⁷ Franco, Luis “Trotsky” en *Repertorio Americano*, Año XVIII, N°791, Costa Rica, sábado 20 de febrero de 1937.

¹⁴⁸ Franco, Luis “Vida y muerte de Trotsky” en *Babel. Revista de revistas*, Santiago de Chile, n° 15, enero-abril de 1941. Este poema adquiriría su versión definitiva en la plaqueta publicada en 1967. Franco, Luis *Trotsky*, Chajá/ Ediciones de poesía, Buenos Aires, 1967.

¹⁴⁹ Glusberg, Samuel “Con Trotsky en Coyoacán” en *Políticas de la memoria*, n ° 21, Buenos Aires, 2021.

y el sol descendía a través de todos los cerrojos.
Una vasta esperanza comenzaba ya a colonizar el futuro.
Al fin de una preñez dolorosamente larga
Las masas daban a luz una época nueva.
Natchalo! Novoia jizin! Natchalo!
Y tus jornadas eran de veinticuatro horas cabales,
Lev Davidovich.
Contra toda la herrumbre y el fierro de Europa
Sobre catorce frentes de combatió después,
Y un tren que llevaba la aurora como una hormiga un pétalo
Era tu ferrado caballo de pelea, capitán.
Pero la vida es breve y la guerra es aún larga.
Los muertos siguen de albaceas de los vivos,
Y el canto de la sirena llamada Costumbre
Aun quiere hacer del futuro un sosías del pasado.
La vida no es remanso
Sino río en marcha.
El único dios que no abdicó aún se nombra Comienzo¹⁵⁰.
(...)

En 1938 Luis Franco publica *Suma (1927-1937)*, selección de poemas con ilustraciones de Demetrio Urruchua que recogía parte de sus últimos diez años de trabajo. Por este libro, como se dijo, el catamarqueño ganaría el Premio Nacional de Literatura. Si hubo alguien que reparó en el valor de este libro o mejor dicho en el valor de la poesía de Franco en general, ese fue Roberto Arlt, quien dijo de *Suma* desde las páginas del periódico *Argentina libre*: “Tres años han pasado desde que Luis Franco publicó “Suma”. Un silencio fervoroso ha saludado la aparición de la monstruosa obra de este poeta que, como Walt Whitman, podría decir de sí mismo: ‘Yo no soy sólo un hombre. Soy una batalla’. (...) ¡Tres años de silencio en torno de un bosque de poesía, cuyos altos fuetes tocan el cielo! (...) Leyendo a Franco he recordado la talla de los superhombres que hombrean el Renacimiento y almacenan en sus cuerpos una fuerza

¹⁵⁰ Franco, Luis *Trotsky*, Chajá/ Ediciones de poesía, Buenos Aires, 1967.

cósmica, lo suficientemente vasta para transformar un bosque de piedra en multitud de dioses y gigantes”¹⁵¹.

En el último tramo del libro, que contenía los poemas de última factura, compuestos en la segunda mitad de los años 30, también se hallan algunos intentos de maridar de manera explícita lo poético y lo político, cuestión que se manifiesta a veces de manera más sutil y otras más explícitas en poemas como “Embajada de mediodía”, “Aupa” “Madre revolución” y otros varios desperdigados en el texto. Así, de una manera muy sutil y pensada, sobre todo desde mediados de 1930, el poeta de Catamarca buscó entrelazar sus búsquedas políticas con sus apuestas poéticas.

De regreso de a Octubre

En el marco de su proceso de politización, de su lento acercamiento al marxismo y de sus afinidades con el trotskismo que no llegaron a tener un carácter orgánico, Luis Franco empezó a posar su mirada sobre los sucesos de octubre de 1917. Como mencionamos antes, durante sus años mozos, en la década del 20, el poeta no se había sentido atraído por el campo magnético de la revolución Rusa. A medida que fue avanzando en su proceso de politización, encabalgado ya en el marxismo, los sucesos de Octubre y sus derivas políticas se fueron convirtiendo en una referencia de primer orden dentro su imaginación política. Entre los homenajes que caracterizaron a la revista *SECH*, destaca el número dedicado a la Revolución Rusa, en el que claramente se trasluce la mano y la inteligencia de Glusberg/Espinoza. Tanto Luis Franco como él mismo estamparían sus impresiones en torno a este acontecimiento capital de la historia mundial, y que tuvo en sus derivas vitales, en sus posicionamientos políticos e intelectuales un significado hondo. Este número saldrá publicado en diciembre de 1937, en medio del fragor de los combates en España, de los tenebrosos juicios –que contadas voces de izquierda osaron denunciar, como los grupos opositores en la más absoluta soledad- que se estaban llevando adelante en Moscú, esa inmensa campaña de terror que terminaría de podar lo poco que quedaba del viejo árbol bolchevique. En la elección de los textos para el homenaje, se entrevé una clara definición política. En esa retahíla de nombres resplandecen los de León Trotsky y Anatol Lunacharsky, dirigentes

¹⁵¹ Arlt, Roberto “Un “bosque de poesía”, en *Revista Argentina Libre*, reproducido en el libro *Verdad y poesía de Luis Franco*, Carmelo Di Vruno Editor, Buenos Aires, 1941. Di Vruno fue el editor de *SUMA* y “Biografía de la guerra” en su sello Perseo. También en el “Boletín de cultura intelectual” publicada en Rosario entre 1938 y 1947 y encabezada por Rodolfo Montes I Bradley, apreció una mínima reseña de *SUMA* y se reprodujeron algunos poemas. “Boletín de cultura intelectual”, n° 10, Año I, Rosario, marzo de 1939.

bolcheviques que como pocos sintetizaron una potente mezcla entre el dirigente político y el intelectual. También se destacan los nombres de José Carlos Mariátegui y Marcel Martinet -socialista libertario francés, defensor y amigo de Víctor Serge, además de figura que sobrevoló la galaxia del trotskismo. Por último, Andrés Nin, secretario de Trotsky en algún tiempo -aunque le dedicará posteriormente más de una crítica política al viejo jefe del ejército rojo-, y máximo jefe del P.O.U.M durante la guerra civil española, que sería asesinado por agentes soviéticos en España, unos meses antes de que este número viera la luz. No hace falta mucha suspicacia para descubrir en esta selección, una apuesta por un socialismo anti-estalinista, centrado en la idea de libertad y autonomía.

En su artículo de homenaje, Franco fue anotando una serie de causas para entender el triunfo de la Revolución Rusa. Destaca entre otras cosas el desgaste político del zarismo, la participación del país en la guerra hasta la capacidad de los bolcheviques y de la vanguardia política y proletaria por entender *“que su enemigo más avieso no eran los zaristas sino la burguesía liberal y todas las variedades del socialismo reformista; que sin el traspaso de todo el poder al proletariado no podía ni soñarse en la abolición de la propiedad privada y sus privilegios.”*¹⁵². El ensayista estaba convencido de que, en los años veinte, la revolución hormigueaba en el aire de toda Europa, que había condiciones políticas de sobra para una gran avanzada proletaria, que la clase obrera tenía una realidad palpable que la arrancaba del letargo y la conducía inexorablemente a la lucha. Pero al fin de cuentas, la revolución había sido derrotada y el poeta cargaría las tintas contra el reformismo: *“Los partidos socialistas de Alemania, Italia, Austria, Inglaterra, Francia, parecían lo suficientemente fuertes para justificar esa esperanza.... La verdad era bien otra: intrínsecamente esos partidos eran débiles; el largo contacto con las burguesías más poderosas y comprensivas que la de Rusia los había contagiado de ideología liberal, castrándoles toda visión y voluntad revolucionarias. Tratábase, en efecto, de reformistas convictos y confesos, y por ende colaboradores ufanos del capitalismo: sin violencia y aún sin disonancia alguna, idílicamente, el régimen capitalista se transformaría en sociedad socialista”*¹⁵³. Para Franco, la derrota de la revolución mundial, el aislamiento del país de los Soviets, el paso del “Comunismo de Guerra” a la N.E.P -entendida como una forma de capitalismo de Estado- sumado a la

¹⁵² Franco, Luis “La revolución mundial en Rusia (1917-1937)”, en *Revista SECH*, Santiago de Chile, Año 2, n° 7, Diciembre de 1937, p 4.

¹⁵³ Franco, Luis “La revolución mundial en Rusia (1917-1937)”, en *Revista SECH*, Santiago de Chile, Año 2, n° 7, Diciembre de 1937, pp. 4-5.

muerte de Lenin, fueron creando las condiciones generales para un retroceso y marcando el paso inexorable de “*la democracia dictatorial de los Soviets a la dictadura burocrática de Stalin*”¹⁵⁴.

Si Franco se esforzaba por contornear un friso histórico de la revolución rusa, en cambio Glusberg en su artículo se centraba en la figura del caudillo soviético León Trotsky. En todo momento intenta remarcar el encuentro entre Lenin y Trotsky, la unión de estas dos figuras; ellos son, a los ojos de Glusberg/Espinoza, los símbolos de la nueva Rusia. En un momento en que se están dando los procesos de Moscú, que Trotsky ha sido desterrado y que Stalin –junto a la nueva dirección- intentan un deliberado ocultamiento de la participación de León Trotsky y otros cuadros bolcheviques en la revolución, Samuel Glusberg intenta aunar las dos figuras, volverlas un dije de dos caras inmortalizadas por el triunfo bolchevique¹⁵⁵.

A fines de los años 30, Franco siguió pensando las derivas políticas de los sucesos de octubre. Parte de esa reflexión se plasmó en su libro *Biografía de la guerra* (1941). En este ensayo el catamarqueño levantaba los grandes aportes de la primera revolución comunista triunfante. Resaltaba el hecho que los bolcheviques hayan abolido la nobleza y la monarquía, que hayan expropiado a los nobles y entregado la tierra al campesinado, saludaba la expropiación a los grandes industriales, el avance en la planificación de la economía y la implementación de una educación laica, libre y de vanguardia. Pero si estos habían constituido grandes avances para Rusia y toda la humanidad, ¿cómo se explicaba entonces el ascenso de Stalin y la contracción del proceso revolucionario? Para Franco, la muerte temprana de Lenin, el reflujo revolucionario -posterior a los intentos europeos post 1918- y el rápido desmembramiento de la oposición habían contribuido al avance del stalinismo. Más allá de las críticas vertidas al derrotero político de la revolución en la década del 30, Luis Franco, en sintonía con los distintos grupos trotskistas del mundo, llamaba a defender la URSS, a destronar al stalinismo y revitalizar el proceso revolucionario en el país de los Soviets. Como buena parte del trotskismo, el poeta sostuvo que había que defender el primer estado obrero, más allá de sus contradicciones, más allá de sus palpables regresiones. La caída de la URSS significaría un abierto triunfo de las fuerzas del capital por sobre las fuerzas de la revolución.

¹⁵⁴ Franco, Luis “La revolución mundial en Rusia (1917-1937)”, en *Revista SECH*, Santiago de Chile, Año 2, n° 7, Diciembre de 1937, pp. 4-5.

¹⁵⁵ Espinoza, Enrique “Lenin y Trotsky”, en *Revista SECH*, Santiago de Chile, Año 2, n° 7, Diciembre de 1937.

Conclusiones

Apenas hemos recorrido poco más de cuarenta años en la singladura vital, intelectual y política de Luis Franco. Este verde racimo de palabras tuvo, desde sus inicios, la torpe pretensión de calibrar algunos aspectos de esta vida. Quizás sean mucho los restos vitales de estas épocas que escapen al relato, que se escabullan de la narración, que se vuelvan invisibles en las fuentes. Un enorme cúmulo de apuestas, sensaciones e ideas seguirán enterradas bajo los escombros de una vida. Pero no dudamos de que un sinfín de vigores de época podrán cotejarse en el relato, que humildes avatares individuales o patriadas colectivas, quedarán precariamente enmallados en la narración de esta historia. Esta es una historia de apuestas, desgarros, esperanzas y naufragios. Es también, la historia de duelos intelectuales y connatos políticos, de sueños de revistas y libros desmochados, de imprudentes revoluciones que anidan temblorosas en oscuros socavones de la memoria. Es la historia de ciertas amistades, de aciertas afinidades electivas, de ciertos libros que quisieron sacudir el panteón de los dioses nacionales, de algunas imprecaciones que vinieron a alborotar el debate intelectual, de pequeñas epopeyas políticas e interpretativas que tuvieron a Luis Franco como un personaje central. Un tiempo grave escrutado desde una mínima biografía; los desgarros de algunas décadas narrados desde un punto de vista biográfico.

Este escrito intentó ser el bosquejo de cómo se inventa una vida, cómo se forja una personalidad intelectual. En este pequeño recorrido hemos visto cómo se fue construyendo un intelectual, los primeros roces que Luis Franco tuvo con el campo cultural en un lugar sumamente periférico y lateral como era Catamarca en relación a los polos culturales a principios del siglo XX. Hemos podido ver cómo su desembarco en Buenos Aires significó la ampliación no sólo de su universo de lecturas y posibilidades sino que fue clave en la construcción de redes intelectuales – desde la amistad con Glusberg, que fue central en la construcción de su figura intelectual, al espaldarazo de Lugones- que le permitieron no sólo insertarse en ciertos circuitos de la cultura sino también poner su obra y su apuesta poética en el centro de la escena. ¿Hasta qué punto la obra de Franco hubiera cobrado importancia sin el desembarco en Buenos Aires? ¿Hasta qué punto el talento de Glusberg como armador cultural no fue clave para colocar sus primeros libros en ciertos ámbitos intelectuales? Podemos afirmar que sin la llegada a Buenos Aires, sin el reconocimiento de las grandes figuras que brindaron apoyo a su poesía y sin la labor de Samuel Glusberg, la apuesta de Luis Franco

seguramente hubiera sido no sólo mucho más limitada sino que buena parte de esta búsqueda escritural probablemente se hubiera perdido o hubiera circulado de manera muy restringida. Una especie de “joya” o “gema” poética del interior que hubiera circulado como un murmullo, como un secreto poético a tener en cuenta, como un talismán a preservar por pequeños cenáculos.

Escrutar el recorrido intelectual de Luis Franco nos permite constatar la vitalidad de ese campo intelectual argentino de la década del 20. Un campo intelectual en plena ebullición, en plena expansión. Un campo intelectual con la vitalidad y la capacidad de incorporar -sin por eso desdeñar el apoyo que recibió Franco de figuras como Leopoldo Lugones- a jóvenes recién llegados del interior como Luis Franco. Un joven sin abolengo o prosapia intelectual, que muestra como carta franca en el mundo de la cultura un puñado de pulidos poemas. La singladura de Luis Franco nos permite constatar ese aspecto poroso del campo intelectual de los años 20, no sólo por la capacidad de éste de absorber a ciertas figuras sino también por el entrecruzamiento de nombres y proyectos. El joven Franco creció como poeta e intelectual al amparo de la figura tutelar de Leopoldo Lugones y a la vez integró en sus inicios –de una forma tenue- la mítica revista *Martin Fierro*; ese plinto cultural donde los jóvenes vanguardistas cincelaron su apuesta diferenciadora y a la vez donde trazaron una distancia con el pasado y sus antecesores, sobre todo jugando tiro al blanco con la figura del Lugones.

Otro aspecto clave a resaltar de este breve recorrido que hemos propuesto es el papel vital, nodal, seminal de las revistas culturales y políticas en la consolidación y enriquecimiento de la vida intelectual argentina y latinoamericana de esas décadas y en realidad de todo el siglo XX. Como subraya Horacio Tarcus las revistas fueron “*actores colectivos que jugaron un rol relevante en la construcción de las tramas culturales latinoamericanas*”¹⁵⁶. ¿Se puede entender el recorrido de Franco y sus apuestas sin las revistas que lo cobijaron? De ninguna manera, si no prestamos atención al mundo revisteril, las búsquedas de Luis Franco -y de varias generaciones- se nos vuelven inteligibles. Las revistas fungieron como agrupamientos, como espacios de conexión de distintos ámbitos del arte, como lugar de congregación de variados talentos, como *soportes materiales* de las ideas en pugna. Las revistas fueron vehículos de ideas, que con su circulación, abonaron el mundo cultural y político de la Argentina y de toda

¹⁵⁶ Tarcus, Horacio *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, Ed. Tren en movimiento, Buenos Aires, 2020, p.9.

América Latina. Los distintos proyectos revisteriles fueron espacios de legitimación de nuevas generaciones, espacios de circulación de las literaturas del mundo a través de sus políticas de traducciones e intercambios. Las revistas también quisieron en muchos casos hacer de manifiestos políticos, de bandos de guerra de una intelectualidad que iba tomando partido al calor de los acontecimientos.

Como antes dijimos, no se entiende la singladura intelectual y política de Luis Franco si no se presta atención a la participación – y también a las ausencias- de éste en distintas revistas como también a los tópicos que fue trabajando a lo largo de los años. Escrudiñar la huella de Franco en las revistas nos fue central para entender su inserción en el mundo intelectual, sus lecturas, sus espacios de sociabilidad, sus primeras obsesiones como los cambios que este intelectual fue haciendo en las formas de concebir el arte o la política. El derrotero de Luis Franco es inescindible de la pléyade de revistas que lo cobijaron y le dieron espacio a sus distintas búsquedas.

El itinerario del poeta catamarqueño entre la década de 1920 y 1930 ilumina, entre otras cosas, el complejo problema de la relación entre los intelectuales y la política. Cuando uno se sumerge en la figura de Franco claramente una de las cuestiones que primero resalta es su condición de intelectual de izquierda, de hombre de letras que no rehuyó a posicionarse en el teatro de la vida. Remontar su itinerario, investigar sus huellas nos permite justamente ver cómo fue construyendo Luis Franco su relación con la política. Contra cierta idea monolítica del “intelectual de izquierda”, en la singladura de Franco se pueden trazar distintos momentos que balizan su proceso de politización. En el poeta recién venido de Catamarca, en el joven panteísta que publica sus primeros poemarios y artículos en revistas, no hay rastros de politización, de sensibilización en torno a los devenires del país o los sectores subalternos. Apenas podemos hallar algunas vagas y difusas invocaciones a la libertad del ser humano. Quizás el rasgo más fuerte de su posicionamiento político en estos primeros años fue su anticlericalismo partisanero. Pero a medida que nos internamos en los años 30, las preguntas e intereses que van guiando al catamarqueño empiezan a virar. Jalonado por algunas relaciones –sobre todo el vínculo con Samuel Glusberg y en menor medida con otras personalidades-, aguijoneado por los devenires de la política local, por el ascenso primero del fascismo y luego del nazismo, interpelado a principios de los años 30 por los ecos de Octubre, Luis Franco fue moldeando lentamente algunos principios políticos que irían torneando su derrotero intelectual y artístico. En esta línea, es necesario remarcar que su politización no tuvo un correlato apurado en su poesía. Más bien y de manera inteligente Luis

Franco fue rumiando con calma el cruce entre poesía y política como también fue definiendo lentamente su adscripción a la izquierda. Igualmente, de forma paulatina, fue adhiriendo a un marxismo que se nutrió de distintas tradiciones -aunque tuvo como eje a la figura de León Trotsky-, algunas de ellas lejanas del radar cultural e intelectual de las izquierdas.

En esa politización se inserta la pregunta por la historia y aparece la cuestión del ensayismo a inicios de los años 30. Al igual que otros tantos intelectuales con las más diversas banderías y adscripciones políticas, Franco intentó buscar en el pasado algunas de las claves que explicaran el presente turbulento de la Argentina y el mundo. En el marco de la crisis local y mundial, el pasado se presentaba como un territorio dador de sentidos, como un yacimiento de claves políticas que hacían inteligibles las ondas sísmicas que atravesaban al presente.

También, la reconstrucción del itinerario de este poeta desde sus años mozos hasta finales de la década del 30, nos permite pensar, o mejor dicho problematizar una imagen de Luis Franco muy fuerte que circula en el presente. El escritor de Catamarca aparece siempre motejado como un poeta “oculto”, ensayista “ausente”, escritor raleado, silenciado. Pero el recorrido por sus inicios, por los comienzos de su derrotero como intelectual nos devuelven una imagen bastante distinta de esa figura de esquimal de la cultura que con fuerza gravita en nuestro presente. Luis Franco fue un poeta que se insertó de manera rápida y bastante plena en ámbitos claves del universo cultural. Siendo casi un adolescente recibió la apoyatura y el sostén de figuras de primer orden del campo intelectual. Participó con papeles más o menos destacados en algunos de los grandes proyectos revisteriles que animaron los años 20 como también tuvo una participación más que interesante en un conjunto de revistas que agitaron la vida intelectual y política tanto de Argentina como de Chile en los años 30. Franco, con treinta años recién cumplidos, había publicado seis poemarios, que no sólo habían sido saludados por grandes personalidades de la cultura sino que también circularon en algunas editoriales como B.A.B.E.L o Manuel Gleizer que modernizaron el campo editorial de la Argentina de las primeras décadas del siglo XX.

¿Qué relación se establece entre el intelectual que gozó de cierto reconocimiento desde muy joven y el poeta olvidado cuya obra duerme el sueño de los justos? ¿Qué cuestiones contribuyeron a ralear el nombre y la obra de un poeta que había alcanzado ciertos espacios en el mundo intelectual? ¿Qué lecturas se pueden hacer entre las imágenes del joven publicado y el actual esquimal de la cultura? ¿Cómo cerrar la brecha

entre la imagen que proyecta el espejo del pasado y la que resplandece, opaca, en nuestro presente? Claramente desovillar estas preguntas se constituye en una agenda de futuras investigaciones, un hilo vital para seguir tramando la apuesta de Luis Franco. Pero en este breve recorrido que hemos surcado, creemos que nos hemos topado con un elemento que sirve para poner en tensión ciertas imágenes y responder algunos de los interrogantes que flotan en esta investigación. Si Franco se fue deslizándose desde ciertas áreas centrales del campo intelectual hacia zonas más marginales, esto se debió en gran medida a su política de autoaislamiento. Aunque no constituya una de las estrategias más comunes entre los intelectuales, Luis Franco hizo de la auto-marginación una forma de intervención política al interior del campo intelectual que se fue profundizando con el correr de los años. A medida que el catamarqueño ahondaba en su compromiso político, se le hizo más urgente, apremiante, definir una política propia para con el mundo intelectual. La línea de intervención que adoptó Franco, entre otras, fue la del recogimiento, entendido como impugnación a ciertas cuestiones que desdeñaba del campo intelectual. Para Luis Franco no se trató de construir al interior del campo una nueva hegemonía, más bien entendía que había que desplazarse hacia fuera de ese campo magnético y disparar a mansalva contra todo lo que aborrecía. De a poco fue tomando distancia de los ámbitos de sociabilidad de los intelectuales, fue rehuyendo las invitaciones a banquetes y convites, fue teniendo modales cada vez más rudos con las figuras y las obras de sus pares, se alejó de los centros de la cultura para radicarse por más de veinte años en un pueblito del oeste catamarqueño. Reivindicó para sí una especie de ascetismo rojo, una ascesis autoimpuesta que el intelectual nuevo debía llevar adelante si quería romper con las viejas ataduras del pasado. Luis Franco pensó, quizás de manera un poco ingenua, que retirarse de ciertos ámbitos, guarecerse en zonas más inhóspitas del campo cultural, era la mejor forma de denunciar los berretines de pasarela, los manoseos, las devociones por las modas y los toma y daca que constituyen buena parte de las tramas políticas del campo intelectual.

Pero si la pregunta por el ensombrecimiento de la obra y la figura de Luis Franco se ensancha hacia el futuro y marca el impulso de nuevos caminos investigativos, a esta se le agregan una suma de interrogantes que jalonan el afán por indagar en el derrotero de este intelectual. ¿Cómo se paró Luis Franco ante el sismo que significó la irrupción del peronismo en la sociedad argentina? ¿Construyó una lectura singular de este fenómeno político clave de nuestro país? ¿El catamarqueño, como otros intelectuales de izquierda, se plegó a la furia golpista de 1955? ¿En qué revistas publicó y cuáles fueron sus

intereses centrales durante los años 50? ¿En qué editoriales vieron la luz sus nuevos ensayos? ¿Algunos aspectos de su obra y su nombre sobrevolaron la imaginación de la generación del 60? ¿Hay rastros de su apuesta en las revistas y las formas de intervención de la nueva izquierda intelectual? ¿En qué situación se encontraba el viejo poeta al inicio de los años 70? ¿Qué fue de la vida de un modelo de intelectual de izquierda en franca extinción en el marco de la dictadura más sangrienta de la historia argentina? ¿El ensayista fincó alguna esperanza en la salida democrática de 1983? ¿Cómo leer su compromiso sostenido con el M.A.S (Movimiento al Socialismo) hasta su muerte en 1988? Claramente en estos variados interrogantes, descansa parte de la grilla de preguntas que balizan nuestro futuro recorrido.

Por último, no intentaron ser estas palabras una apología en torno al valor intrínseco de libros gastados, escritos que quizás envejecieron y reposan ahí, anclados en librerías de usados, como barcos herrumbrados sobre las costas de un puerto viejo. No fue nuestra intención pulir la losa memoriosa que señale y cubra dónde yacen los restos de una terrible apuesta. Nunca nos convocó la emoción de labrar el más bello epitafio, el estandarte que presente a Franco en el mundo de los muertos. No son estas palabras el óbolo que exige Caronte, ni el salmo que resucite a Lázaro. Ni epicedio ni elegía.

Lo que este recorrido buscó fue ensanchar las napas de preguntas en torno a la vida intelectual y sus dilemas. Intentó, por lo menos en sus afanes, aprehender o asir algo de la emoción y la vitalidad que rezuman la poesía, los ensayos, las apuestas políticas e intelectuales que marcaron la singladura de Luis Franco. No se puede narrar una vida en tono neutro, sirviéndonos de un abecedario desgarrado. Aún la vida más miserable e insignificante merece ser repuesta con la emoción de sus brillos, con el negro de sus pesares. Se nos dirá que estas páginas trasuntan una admiración excesiva por el biografiado, y es totalmente cierto. Quizás es un error donde hemos caído, un pozo – entre tantos- donde nos hemos empantanado. Pero sería un gesto fatuo u obsceno no reconocer la admiración por este hombre que solo admitió prosternarse ante la naturaleza y el dios del movimiento, porque las grandes religiones y sus admonitorios dioses, no eran para él más que la manifestación de la pérdida de confianza de hombres y mujeres en sí mismos. Ese hombre que afanosamente buscó que los prejuicios solamente fueran los restos amarillentos de la vieja partitura de la humanidad, ese hombre que hizo de su vida una apuesta por jubilar los miedos. Ese hombre que entrevió en las rocas antiquísimas, en los árboles milenarios y en la sutil complejidad de las flores, un alfabeto que glosaba la historia del mundo. Voluntad que no reconoció

como sagrado ningún templo, ninguna pagoda; lo que más podía asemejarse a lo sacro, a lo excelso en su mirada, era el arrullo de un pájaro en el repliegue de la tarde o un puñado de palabras empujadas por la torpe pretensión de rozar lo eterno. No son estas palabras más que una humilde reconstrucción de una vida fértil y sus apuestas. No son más que la invitación a descubrir e internarse en una obra que vale la pena, que algunos de sus fragmentos se nos vuelven violentos fogonazos que iluminan nuestro tétrico presente. He aquí un sucinto recorrido por el derrotero de un poeta que pretendió hacer de la vida una batalla, que intentó hacer historia a martillazos, que se reclamó como justo heredero de lo mejor de la tradición helénica, que en su faena intelectual reivindicó la risa y la razón como forma de perforar los dogmas fúnebres que constreñían las potencias de la vida. He aquí algunos bocetos sobre la vida de Luis Franco, “*de un poeta pagano que ama la vida y la canta porque la siente bella en la delicia de su amor*”¹⁵⁷.

¹⁵⁷ Lugones, Leopoldo “Un poeta pagano” en *Babel. Revista de bibliografía*, Año IX, N° 29, Buenos Aires.

Bibliografía

Acha, Omar (2009a) “Nacionalismo y progreso histórico en Milcíades Peña”, en *Revista Herramienta*, n° 23, Buenos Aires.

----- (2009b) *Historia crítica de la historiografía argentina, Vol I: Las izquierdas en el siglo XX*, Editorial Prometeo, Buenos Aires.

Acha, Omar (2021) “Marxismo e historia intelectual en la Argentina (y más allá): notas para una investigación”, en *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, n°18, pp. 15-36.

Alle, María Fernanda (2019) Una poética de la convocatoria. La literatura comunista de Raúl González Tuñón, Beatriz Viterbo, Rosario.

Altamirano, Carlos (2005) *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires.

----- (2011) *Peronismo y cultura de izquierda*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

Beigel, Fernanda (2006) *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Ed. Biblos, Buenos Aires.

Bergel, Martín (2011) “El anti-antinorteamericanismo en América Latina (1898-1930)”, en *Revista Nueva Sociedad*, N° 236.

----- (2012) “Flecha, o las animosas obsesiones de Deodoro Roca”, *Estudio preliminar a Deodoro Roca, Obra Reunida IV. Escritos Políticos*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

----- (Coord.) (2018) *Los viajes latinoamericanos de la reforma universitaria*, Humanidades y Artes Ediciones, Rosario.

Bourdieu, Pierre (2011) “La ilusión biográfica” en *Actas sociológicas. Revista de la universidad Nacional Autónoma de México*, n° 56.

Bruno, Paula (2016) “Biografía, historia biográfica, biografía-problema” en *Revista Prismas*, n° 20.

----- (2020) “Notas sobre la historia intelectual argentina entre 1983 y la actualidad”, en *Cercles. Revista d’història cultural*, n° 13, pp.157-162.

Camarero, Hernán (2013a) “El período formativo de un intelectual: Milcíades Peña y el trotskismo en la década de 1940-1950” en *Revista Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Año II, n°3, 9-33.

----- (2013b) “Antiguas controversias, nuevos enfoques: clase obrera, sindicalismo y comunismo en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Un estado de la cuestión”, en *PolHis (revista del Programa Buenos Aires de Historia Política)*, año VI, 11, Buenos Aires, pp. 129-146. (ISSN 1853-7723).

----- (2017) *Tiempos rojos. El impacto de la revolución rusa en la Argentina*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

----- (2019) “Algunas notas de agenda sobre la historiografía de la clase trabajadora y las izquierdas”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, N° 14, Buenos Aires, pp. 163 – 185.

----- (2020) “Contra la corriente. La Oposición de Izquierda en Argentina, 1929-1933, *ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Año IX, n°17, Buenos Aires.

- Campione, Daniel (2008) “Estudio preliminar” a *La pampa habla*, Ed. Biblioteca Nacional, Buenos Aires.
- Campione, Daniel (2018) *La guerra civil española, Argentina y los argentinos*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2018.
- Canavese, Mariana (2021) “Notas para una historia intelectual de la historia intelectual. Un estado del campo en la Argentina” en *Políticas de la memoria*, n° 21, Buenos Aires, pp. 20-29.
- Cattaruzza, Alejandro (2003) “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas” en Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Alianza Editorial, Buenos Aires-Madrid.
- (2007) Cattaruzza, Alejandro “Historias rojas: Los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930”, en *Prohistoria* n° 11, Rosario.
- Chicote, Gloria (2014) “Ediciones Selectas de América: Samuel Glusberg antes de *Babel*” en *Filología*, n° XLVI, pp. 57-69.
- Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro (2003) *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Alianza Ed., Buenos Aires.
- Coggiola, Osvaldo (2006) *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Ed. Razón y revolución, Buenos Aires.
- Correas, Beatriz (1962) *Luis Franco*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires.
- Cragolini, Mónica (2020) “(Ausentes) Presencias de Nietzsche en la cultura Argentina (entre dos Lucías)” en *Revista Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas*, 24-25, pp.75-88
- De Diego, José Luis (Dir.) (2014) *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Editorial Fondo de Cultura, Buenos Aires.
- Devés, Magalí (2020) *Guillermo Facio Hebequer. Entre el campo artístico y la cultura de izquierdas*, Ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Díaz, Ariane (Comp) (2016) *El encuentro de Breton y Trotsky en México*, Ediciones IPS, Buenos Aires.
- Dosse, François (2007) *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Ed. Universitat de Valencia, Valencia.
- (2007b) *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Ed. Universat de Valencia, Valencia.
- Dujovne, Alejandro (2014) *Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires.
- Ferrer, Christian (2012) “Otro nombre por Argentina” en *Trapalanda. Un colectivo porteño*, Edición facsimilar, Ed. Biblioteca Nacional, Buenos Aires.
- Ferreti, Pierina y Fuentes, Lorena (2015) “Los proyectos culturales de Samuel Glusberg. Aportes a la historia de la edición independiente en la primera mitad del siglo XX latinoamericano”, en *Revista Andamios*, vol 12, n° 29, pp.183-206.
- Fiorucci, Flavia (2011) *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Ed. Biblos, Buenos Aires.
- Funes, Patricia (2006) *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Galasso, Norberto (2007) *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina*, Tomo 1, Ed. Nuevos Tiempos, Buenos Aires.

- Gilman, Claudia (2006) “Florida y Boedo: hostilidades y acuerdos” en Montaldo, Graciela (Comp.) *Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916-1930). Literatura argentina siglo XX*, Vol. II, Paradiso-Fundación Crónica General, Buenos Aires, pp. 44-62.
- Gramuglio, María Teresa (2013) *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, Ed. Municipal de Rosario, Rosario.
- Halperin Donghi, Tulio (2005) *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.
- Hernández, Sebastián (2012) “Samuel Glusberg/Enrique Espinoza: revistas culturales y proyectos editoriales en Argentina (1921-1935) en *Revista Universum*, n°27, Vol II.
- Hernández Toledo, Sebastián (2019) “Entre *Babel* y *Babel*. Proyectos editoriales y culturales de Enrique Espinoza en Argentina y Chile (1928-1939)”, en *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, n° 13, pp.65-90.
- Kohan, Martín (2014) *El país de la guerra*, Eterna Cadencia editora, Buenos Aires.
- Korn, Guillermo (1997) “El hombre de los pájaros”, en *El Ojo mocho. Revista de crítica cultural*, N° 11, Buenos Aires.
- (2017) *Hijos del pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la Marcha*, Editorial Las Cuarenta, Buenos Aires.
- López, María Pía (2010) *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*, Ed. Eudeba, Buenos Aires.
- Löwy, Michael (2006) *La estrella de la mañana: surrealismo y marxismo*, Ediciones el Cielo por asalto, Buenos Aires.
- Muñiz, Manuel María (2013) “Julio Antonio Mella y la revista Juventud: la construcción de un nosotros político y cultural en el espacio intelectual latinoamericano de la década de 1920”, en *X Jornadas de sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Myers, Jorge (2015) “Discurso por el contexto: hacía una arqueología de la historia intelectual en Argentina” en *Prismas*, n°19, pp. 173-182.
- Nállim, Jorge (2003) “De los intereses gremiales a la lucha política: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). 1928-1946, *Revista Prismas*, Vol. 7, n° 1, Buenos Aires.
- Parson, Guillermo (2007) *Luis Franco: un intelectual oculto*, Ed. Sarquís, Catamarca.
- Pasolini, Ricardo (2005) “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955 en *Desarrollo Económico*, Vol 45, n°179.
- (2013) *Los marxistas liberales. Antifacismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Penelas, Carlos (1991) *Conversaciones con Luis Franco*, Torres Agüero Editor, Buenos Aires.
- Petra, Adriana (2017) *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Ed., Fondo de Cultura, Buenos Aires, 2017.
- Pittlagua, Roberto (2015) *Soviets en Buenos Aires, la izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Prado Carlos y Lauria Monteiro, Marcio (2020) “Historia e historiografía del trotskismo brasileño”, en *Revista ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Año IX, n°17, Buenos Aires.

- Rama, Ángel (1983) “José Martí en el eje de la modernización poética: Whitman, Lautréamont, Rimbaud”, *Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)*, pp. 96-135.
- Rojó, Alicia (2012) “Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera” en *Revista ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n°1, Buenos Aires.
- “Los trotskistas y la cuestión nacional en la Argentina de los años 40: la Liga Obrera Revolucionaria y el Partido Obrero de la Revolución Socialista” en *Revista ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Año IX, n°17, Buenos Aires.
- Romano, Eduardo (1984) “Las revistas argentinas de vanguardia en la década de 1920”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 411.
- Saítta, Sylvia (2001) “Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda”, en Cataruzza, Alejandro (Dir) *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Nueva Historia Argentina, Tomo VII, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, pp. 383-428.
- (2005) (estudio preliminar) *Contra. La revista de los franco-tiradores*. Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Sandor John, Steven (2020) “De Prinkipo a Pulcayo: consideraciones sobre la historia del trotskismo boliviano” en *Revista ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Año IX, n°17, Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz (2020) *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.
- Sazbón, José (2001) “Aspectos de la recepción temprana de Nietzsche en Francia” en *Revista Prismas*, Vol. 5, n°1.
- Schelckov, Andrey (2020) “Un trotskismo a mitad de camino: el *hidalguismo* en Chile”, en *Revista ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Año IX, n°17, Buenos Aires.
- Tarcus, Horacio (1996) “Samuel Glusberg, entre Mariátegui y Trotsky”, parte I y II, *El Rodaballo*, año 2, n°4, otoño-invierno 1996 y año 3, n° 5.
- (1996b) *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Ed. El cielo por asalto, Buenos Aires.
- (2002) *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- (2007) *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Ed. Emecé, Buenos Aires.
- (2009) “Un estudio de afinidad electiva” en *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Ed. Emece, Buenos Aires.
- (2019) “En arte, todo está permitido. Vicisitudes del Manifiesto por un arte revolucionario independiente” en *Manifiesto por un arte revolucionario independientes*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires.
- (2020) *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, Ed. Tren en Movimiento, Buenos Aires.
- Terán, Oscar (2017) “Amauta: vanguardia y revolución”, en *Discutir Mariátegui*, Hilo Rojo Ed., Buenos Aires.

Traverso, Enzo (2014) *¿Qué fue de los intelectuales?*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires.

Tula, Jorge (2000) “Vida y muerte en la poesía de Luis Franco”, en *Letralia. Revista de los escritores hispanoamericanos*, Año 5, N° 90, Venezuela.

Viñas, David (2007) “Luis Franco: de Lugones a la heterodoxia”, Prólogo a Franco, Luis *El general Paz y los dos caudillajes*, Ed. Sarquis, Catamarca.

Zanatta, Loris (2005) *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo (1930-1943)*, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

Fuentes

Libros de Luis Franco

Franco, Luis *La flauta de caña*, Ediciones Selectas de América. Cuadernos mensuales de letras y ciencias, Buenos Aires, 1920.

Franco, Luis *Coplas*, Ediciones Selectas de América. Cuadernos mensuales de letras y ciencia, Buenos Aires, 1921.

Franco, Luis *El libro del gay vivir*, Editorial B.A.B.E.L, Buenos Aires, 1923.

Franco, Luis *Coplas del pueblo (1920-1926)*, Manuel Gleizer editor, Buenos Aires, 1927.

Franco, Luis *Los trabajos y los días (1920-1926)*, Editorial B.A.B.E.L, Buenos Aires, 1928.

Franco, Luis *América Inicial. Arco, parábolas y otras curvas.*, Ed. B.A.B.E.L, Buenos Aires, 1931.

Franco, Luis *El General Paz y los dos caudillajes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1935.

Franco, Luis *Walt Whitman. Poesía y democracia*, Ed. Americalee, Buenos Aires, 1945.

Franco, Luis *El otro Rosas*, Ed. Reconstruir, Buenos Aires, 1956.

Franco, Luis *Trotsky*, Chajá/ Ediciones de poesía, Buenos Aires, 1967.

Otros libros

Justo, Liborio *Prontuario*, Ed. Gure, Buenos Aires, 1956.

Vignale, Pedro Juan y Tiempo, César (comps.) *Exposición actual de la poesía Argentina (1922-1927)*, Ed. Minerva, Buenos Aires, 1927.

Revistas (por orden de aparición)

Caras y Caretas. Disponible en <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/card?sid=3963057>.

Babel. Revista de arte y crítica. Disponible en <https://americalee.cedinci.org/?s=babel>

Campana de palo. Disponible en <https://ahira.com.ar/https://americalee.cedinci.org/?s=campana+de+palo>

Síntesis. Artes, letras y ciencias. Disponible en <https://ahira.com.ar/revistas/sintesis/>

Martin Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre. Disponible en <https://ahira.com.ar/revistas/martin-fierro/>.

Cuadernos literarios de Oriente y Occidente. Disponible en <https://americalee.cedinci.org/portfolio-items/cuadernos-oriente-occidente/>

Amauta. Disponible en <https://www.mariategui.org/revista-amauta/numeros-de-la-revista/>

La vida literaria. Crítica información, bibliografía. Disponible en <https://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-vida-literaria/>.

La literatura Argentina. Revista bibliográfica. Disponible en <https://ahira.com.ar/revistas/la-literatura-argentina/>

Conducta al servicio del pueblo. Disponible en <https://ahira.com.ar/>.

Revista Pan. Síntesis de toda idea mundial. Archivo personal de Sebastián Merayo.

Trapalanda. Un colectivo porteño. Edición facsimilar. Ed. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2012.

Columna. Disponible para consulta en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Flecha. Disponible en <https://americalee.cedinci.org/portfolio-items/flecha/>.

Frente obrero. Disponible en el CEDINCI.

SECH. Disponible en <https://americalee.cedinci.org/portfolio-items/sech/>

Revista Anales de la Universidad de Chile. Disponible en <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/issue/view/2213>

Boletín de cultura intelectual. Disponible en <https://ahira.com.ar/revistas/boletin-de-cultura-intelectual/>

Diarios

Diario *La Capital*